

**Alonso Aguilar M.
Fernando Carmona**

**¡HAGAMOS CUENTAS...
CON LA REALIDAD!**



ALONSO AGUILAR M.
FERNANDO CARMONA

¡HAGAMOS CUENTAS...
CON LA REALIDAD!



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A.

Autores: Alonso Aguilar M. y Fernando Carmona
Portada: Irma Carrión

Coleccion: LATINOAMERICA AYER Y HOY

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Universidad 771-103 y 104
Delegación Benito Juárez
Código Postal 03100
México, D. F.

ISBN 968-427-179-4

Primera edición: 1991

Derechos reservados conforme a la ley.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

CONTENIDO

ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

| | |
|--------------------|---|
| PRESENTACION | 7 |
|--------------------|---|

REFLEXIONES SOBRE EL DESARROLLO LATINOAMERICANO Y LA REALIDAD DE HOY

| | |
|---|----|
| EN TORNO A LA TEORÍA DE LA REALIDAD | 9 |
| <i>El reto de la modernización</i> | 9 |
| <i>Teoría y realidad concreta, extremos de una compleja contradicción</i> | 14 |
| <i>La realidad, base de una teoría que pretenda validez científica</i> | 20 |
| RESCATE DE LO MEJOR DE NUESTRO PENSAMIENTO | 23 |
| <i>José Martí, 25; Julio Antonio Mella, 28; Rubén Martí- nez Villena, 29; Enrique José Varona, 29; Raúl Roa, 30; Juan Marinello, 31; Carlos Rafael Rodríguez, 31; Juan B. Justo, 33; José Ingenieros, 33; Alfredo Pala- cios, 35; Anibal Ponce, 35; José Carlos Mariátegui, 37; Narciso Bassols, 38; Luis Cabrera, 38; Vicente Lombardo Toledano, 39; Salvador de la Plaza, 39; Carlos Quijano, 39; Manuel Agustín Aguirre, 40.</i> | |
| TENDENCIAS RECIENTES DEL PENSAMIENTO PROGRESISTA LATINOAMERICANO | 40 |
| <i>Contribuciones diversas, desde México, Chile y otros paí- ses de América Latina</i> | 43 |
| <i>Aporte de economistas, sociólogos y otros estudios de la rea- lidad latinoamericana</i> | 46 |
| <i>Papel de la lucha revolucionaria</i> | 52 |

| | |
|---|-----|
| <i>El aporte de Fidel Castro y Ernesto Che Guevara</i> | 55 |
| <i>Allende y el gobierno de la unidad popular en Chile . . .</i> | 64 |
| <i>La revolución sandinista en Nicaragua</i> | 68 |
| LA REALIDAD DE HOY | 75 |
| <i>El proceso de globalización y modernización, 75; El capitalismo latinoamericano en la apreciación de la realidad de hoy, 81; Agresividad imperialista, 84; La integración regional, 86; Las fuerzas democráticas y nacionalistas, 89; Solidaridad con el Tercer Mundo, 98.</i> | |
| CRISIS DEL SOCIALISMO | 104 |
| <i>Confrontación, anticomunismo y guerra fría, 106; Limitaciones, fallas y errores, 109; La perestroika, 112; La historia y la complejidad de la transición, 118.</i> | |
| RESPONSABILIDAD DE LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS | 126 |

FERNANDO CARMONA

EUA/ AMÉRICA LATINA LA DEFENSA DE NUESTRA SOBERANÍA, EL MAYOR DESAFIO

| | |
|--|-----|
| El pensamiento social latinoamericano y el imperialismo | 137 |
| Dos décadas de afirmación del dominio trasnacional | 142 |
| Es una nueva "hora del recuento" | 145 |
| El imperialismo, categoría histórica insoslayable . . . | 149 |
| ¿Hacia dónde el pensamiento económico y social latinoamericano? | 158 |
| Desafío histórico para la ciencia social latinoamericana | 166 |
| Objetivo irrenunciable: defender la soberanía e independencia nacionales | 175 |

REFLEXIONES SOBRE EL DESARROLLO LATINOAMERICANO Y LA REALIDAD DE HOY*

ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

EN TORNO A LA TEORÍA Y LA REALIDAD

El reto de la modernización

América Latina vive uno de los momentos más dramáticos de su historia. La década de los años ochenta, concretamente, fue en general de estancamiento e inclusive de retroceso; y lo que en principio fue visto por algunos como un desajuste pasajero y leve que no afectaba la estructura económica ni la estabilidad política de nuestros países, pronto demostró ser un fenómeno de otra dimensión, en realidad una crisis profunda y persistente, de mayor alcance y complejidad que todas las previas sufridas hasta ahora.

Así como entonces faltó rigor en la apreciación de lo que acontecía, hoy se afirma en actitud análoga que la crisis quedó ya atrás; y lo que es una recuperación vacilante, endeble y desigual se presenta como el inicio de una nueva larga fase de expansión económica y de desarrollo autosostenido. Lo cierto es que, una vez más, se da la espalda a la realidad y

* Este trabajo, en una inicial y breve versión fue ponencia del autor al Simposio Internacional "Teoría y Realidad de América Latina": 20 años de pensamiento económico-social latinoamericano, realizado por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, del 26 de febrero al 1o. de marzo de 1990. Parte del mismo, además, se presentó el 4 de octubre del mismo año a la Academia Mexicana de Economía Política, y posteriormente, de la revisión y ampliación de ambos textos resultó el material que ahora se ofrece al lector en el presente libro.

se cae en un superficial y demagógico triunfalismo que, por lo demás, pese al empeño publicitario, a casi nadie convence de que las cosas son como se dice.

No es nuestro propósito recapitular aquí acerca de lo ocurrido a la economía latinoamericana en los últimos años. Ni siquiera pretendo examinar las posiciones más socorridas, a partir de las cuales se intenta salir de la crisis y reanudar o impulsar el desarrollo. Pero acaso sea útil, sobre todo para quienes no siguen de cerca el proceso económico, recordar lo que parece más característico de la política e incluso de la estrategia de desarrollo hoy dominantes en casi todos nuestros países.

Las fuerzas en el poder admiten, en general, que el subdesarrollo latinoamericano se acentuó en el último decenio y que los niveles de crecimiento económico, de ingreso, de empleo y de vida de nuestros pueblos se deterioraron gravemente. A menudo repiten, en tal virtud, que la tarea más ingente a estas horas es empezar de nuevo a crecer. Para lograrlo aceptan que la clave es que tales economías se modernicen, eleven rápidamente su eficiencia y su capacidad competitiva, y esto —nos dicen— sólo podrá lograrse en tanto se abran al exterior —los tratados de libre comercio son la nueva moda— a fin de que el intercambio comercial, los avances tecnológicos y el movimiento internacional de capitales se realicen en las mejores condiciones posibles.

Pese a la diferente situación y niveles de desarrollo de los países latinoamericanos, la política con la que se pretende responder a la crisis y abrir paso al crecimiento es fundamentalmente la misma, es decir una política monetarista, como suele decirse “neoliberal” y de hecho ultraconservadora, cuyas principales características son éstas:

- El nuevo motor del desarrollo es el llamado mercado “libre”, que por cierto nada tiene de libre, y que en

- realidad opera fundamentalmente bajo la influencia del capital monopolista nacional y extranjero;
- Para que dicho motor funcione adecuadamente, es preciso dar a los inversionistas privados, y en particular a los grupos industrial-financieros más poderosos, las mayores facilidades, esto es la oportunidad de obtener altas tasas de ganancia y en general un tratamiento favorable a sus intereses;
 - La inversión extranjera, en particular, debe ser atraída a campos que hasta hace poco le estuvieron vedados, o en los que su participación fue minoritaria y de escasa importancia, y aun permitirle, sobre todo cuando contribuya a exportar, operar bajo un régimen que entraña privilegios especiales;
 - La política de privatización de las empresas públicas debe, concretamente, demostrar la disposición del Estado a replegarse, a limitar su radio de acción y a dejar en manos de los particulares —usualmente poderosos monopolios privados— numerosas empresas que antes controlaba o en las que intervenía directamente;
 - Para combatir la inflación y restablecer la estabilidad, el Estado acepta reducir el déficit presupuestal, más que incrementando sus ingresos disminuyendo sus gastos y concretamente el gasto social e incluso la inversión productiva; así como mantener bajo control los precios de algunos productos y servicios básicos y, sobre todo, los salarios;
 - Ante la dificultad para obtener nuevos créditos del exterior y cubrir el oneroso servicio de una enorme deuda —lo que incluso se ha hecho al precio de grandes sacrificios—, se recurre una y otra vez a la renegociación de ésta, la que sin embargo sigue siendo muy pesada. El caso de México, recientemente, es el primero en Latinoamérica en el que, en el marco del llamado “Plan Brady” los bancos comerciales acreedores acep-

tan, a solicitud de los deudores y de la tesorería norteamericana una quita al monto acumulado del principal, una disminución de las tasas de interés y en menor escala el otorgamiento de nuevos préstamos;

- Para activar su comercio internacional, numerosos países de la región se adhieren al GATT y aceptan liberalizar su política comercial, eliminando restricciones no arancelarias y reduciendo sustancialmente sus aranceles, pese a que los países industriales mantienen su tradicional proteccionismo;
- Frente al peligro de que la apertura comercial resulte en un creciente déficit de la balanza de bienes y servicios, y en un momento dado, en un obstáculo para poder pagar la deuda externa, las economías subdesarrolladas de Latinoamérica se orientan hacia la exportación, fundamentalmente de minerales, petróleo y otros productos primarios, aunque Brasil y México, y en menor escala otros países se convierten, a la vez, en exportadores de manufacturas, que fundamentalmente proceden de empresas extranjeras y de algunos grupos monopolistas nacionales;
- En México, en mayor medida que en otros países, para impulsar la exportación se atrae a poderosas empresas extranjeras maquiladoras que, dada la vecindad con el mercado norteamericano utilizan sobre todo la faja fronteriza del norte como plataforma estratégica que, al amparo de un régimen de excepción, les permite contar con una infraestructura barata y bajos costos especialmente en las fases del proceso productivo que requieren más mano de obra;
- La liberalización comercial, el fomento a la exportación y a la industria maquiladora extranjera, las crecientes facilidades al capital del exterior y el apoyo del Estado al capital monopolista nacional, constituyen probablemente los principales soportes de un avance tecnológi-

co que si bien se realiza lenta y desigualmente, en el caso de algunos grupos industriales extranjeros y nacionales tiene, sin duda, importancia;

- La nueva tecnología se introduce en el marco de un proceso de reestructuración del capital —y de reforzamiento de ciertos grupos monopolistas— que se da en economías que crecen, en general, muy lentamente y con muy bajas y aun declinantes tasas de acumulación, y en las que los incrementos de productividad por hombre ocupado resultan a menudo, más que de la introducción de nuevos equipos y métodos de producción avanzados, de la reorganización corporativa, del recorte de personal, de la política de contención salarial, de la reducción de prestaciones y de la mayor explotación de la fuerza de trabajo;
- Es tan obvio que a menudo se busca salir de la crisis a costa de los trabajadores, que en años recientes no sólo se produjo un vertical descenso de los salarios reales sino que, en general, se redujo sustancialmente la participación de los salarios en el ingreso nacional, se impidió el ejercicio de derechos laborales como el de huelga y otros, se debilitó a las organizaciones obreras e incluso se lanzó una intensa campaña contra el movimiento sindical, como si las modestas conquistas logradas a menudo gracias a duras luchas, fueran una traba que es preciso remover;
- Quienes defienden tal política económica subrayan que, ante los cambios en marcha a escala mundial, el proceso de “globalización” e internacionalización que rebasa todas las fronteras, y las exigencias de una modernización a la que ningún país puede sustraerse o dar la espalda, Latinoamérica sólo podrá crecer y fortalecerse, en tanto sea capaz de responder al reto que esa modernización entraña y, con base en una mayor eficiencia

se reinserte en la economía internacional a partir de las políticas "neoliberales" en boga.

Lo cierto, se nos dice sentenciosamente, es que tal camino es el único a nuestro alcance e incluso el único viable. Pensar en otros términos es inconducente y ocioso. Esta no es hora de abrigar vanas ilusiones sino de encarar los hechos tales como son. Si hemos de ser realistas, es preciso aceptar que si bien la estrategia en acción puede no responder plenamente a nuestras expectativas y aspiraciones, es una estrategia que nos abre la posibilidad de crecer de nuevo y de que, gradualmente y sobre bases firmes, nuestros pueblos empiecen a recuperar el poder adquisitivo que perdieron en los últimos años. Modernizarnos es pues, la exigencia fundamental que la realidad de hoy nos plantea, y gústenos o no, es una exigencia inevitable.

*Teoría y realidad concreta, extremos
de una compleja contradicción*

Quienes piensan así, pretenden legitimar sus posiciones a partir de que éstas se sustentan no en meras palabras ni en ideologías desprovistas de base científica sino en realidades que, en definitiva, son las que verdaderamente cuentan. Curiosamente, empero, quienes objetan tales posiciones y ven las cosas desde otras perspectivas aseguran, a su vez, que si bien suelen tener cierta coherencia interna, aquellos planteos se apartan de la realidad y son incapaces de explicarla adecuadamente y, más todavía, de resolver los más graves problemas. Y que una y otra cosa están siendo demostradas por los hechos.

Lo que quiere decir que, como en tratándose de otros términos y aun de ciertas categorías históricas, el repetirlos no

basta para que su sentido y alcance sean precisos y signifiquen, para todos, lo mismo.

¿Hasta dónde es cierto que, como sostienen sus defensores, las políticas neoliberales sean realistas y se apoyen firmemente en hechos que nadie puede negar? Algunos de sus elementos tienen, desde luego, una base real. Por ejemplo es indudable que vivimos un momento en el que, en parte debido a la llamada revolución científico-técnica, y en parte a consecuencia del creciente rezago provocado por la crisis y de otros hechos, la modernización es, en efecto, indispensable. Lo es también que la internacionalización económica y de otros aspectos de la actividad humana alcanza niveles y formas hasta hace relativamente poco tiempo desconocidos, y que lugares antes apartados y en cierto modo ajenos o sólo parcialmente incorporados a la economía internacional, hoy forman parte de ésta y resienten sus fluctuaciones y, en particular, sus crisis.

Parece asimismo cierto que, ante los estragos de una severa y persistente inflación y el peso de enormes déficit presupuestales, éstos deban reducirse sustancialmente y que, en tales condiciones, se intente impulsar a la inversión privada. Es comprensible que si la deuda externa entraña una carga ruinosa que nos despoja de buena parte del excedente, se renegocie en busca al menos de cierto alivio, y que si el crédito del exterior se ha encarecido y no afluye ya como en años pasados, ahora se busque atraer a la inversión privada directa del exterior.

Lo es inclusive que si el Estado llevó su intervención a campos de la economía en que no se justificaba y aun resultaba demasiado costosa, inaconsejable o insostenible, hoy se ofrezcan ciertas empresas al capital privado. Es también explicable que, dada la contracción del mercado interno y el interés en concurrir a los grandes mercados de los países industriales y la posibilidad de hacerlo con base en nuevas tecnologías, en condiciones más competitivas, ciertas actividades se

orienten hacia la exportación y se reduzcan restricciones a la importación, que a menudo sobreprotegieron a empresarios ineficientes y privilegiados que no supieron responder a tal estímulo.

En fin, es lógico que la crisis y a la vez la respuesta del capital a ciertos desajustes se exprese en una reestructuración del proceso productivo, y que en ciertos casos con nuevas tecnologías y en otros sin ellas, se busque elevar la productividad y las tasas de explotación de la fuerza de trabajo, para así restablecer e intensificar la tasa de ganancia y la acumulación de capital; e inclusive es una expresión, digamos de realismo de conveniencia el que, en vez de tratar de remontar la corriente y hacer frente a tenaces obstáculos, se opte por dejar las cosas como están, se respeten los intereses creados y se intente marchar en la dirección en que sopla el viento, o sea aquélla en favor de la cual se inclinan los organismos financieros internacionales y el capital extranjero y que, en general también, prefieren los grupos monopolistas nacionales más poderosos.

Pero si bien lo anterior revela que la estrategia de desarrollo en boga no es totalmente ajena a ciertos hechos y a problemas que reclaman atención, su relación con la realidad es limitada, casi siempre unilateral e incapaz de descubrir y, con mayor razón, de actuar eficazmente sobre las contradicciones fundamentales que condicionan el proceso de desarrollo. O en otras palabras su realismo es formalista, convencional, semejante al del pragmatismo o el positivismo tradicionales, que ve los hechos como dados y dispersos, estáticamente y sin entender su dinámica interna, sus causas ni sus complejas interrelaciones; que parte de un diagnóstico erróneo, que si bien se adorna a menudo con un tecnocratismo y aun con despliegues matemáticos vistosos, carece de una base teórica seria y, por tanto es incapaz de situar los problemas en su justa perspectiva histórica, de entender la verdadera dimensión de los obstáculos a superar y la necesidad de una trans-

formación social profunda que, naturalmente, rebasa con mucho los cambios más o menos inocuos y superficiales que admiten las clases en el poder.

Y porque tal estrategia es en el fondo desarrollista, porque no repara en los problemas estructurales del subdesarrollo, porque ignora o deja de lado categorías históricas, esto es fenómenos fundamentales que son el centro mismo de la realidad, porque procede de imitaciones extralógicas, de traslados mecánicos y de improvisaciones que rompen con lo mejor de nuestro pensamiento, y es en gran parte un producto de importación que los organismos financieros internacionales nos imponen, como si la actual división internacional del trabajo asignara a los países ricos la tarea de pensar y a los pueblos del Tercer Mundo el deber de aplicar lo que, pese a desconocer sus realidades, otros decidan por ellos; por todo esto la estrategia de que hablamos no logra superar la crisis y abrir nuevos caminos al desarrollo latinoamericano, o en otras palabras, ni consigue lo que dice son sus metas principales, ni menos aún resuelve los graves problemas sociales que hoy aquejan a nuestros pueblos.

Quienes, hasta los años setenta asumieron la responsabilidad de políticas diferentes y menos conservadoras que las actuales y que, bajo condiciones menos difíciles contribuyeron a cierto desarrollo capitalista, critican a su vez las líneas monetaristas de acción hoy en curso, aun cuando, más que ofrecer una verdadera alternativa aconsejan en realidad volver atrás, retomar posiciones de corte neokeynesiano, restablecer lo que fue propio de la industrialización sustitutiva de importaciones y, a partir de una activa promoción pública y privada, impulsar la exportación y la inversión nacional, sin perjuicio de tratar de que los países industriales acepten un nuevo orden económico internacional. Para tales personas, proceder así es lo único sensato y realista. Pero lo que escapa a su consideración es que la política que sugieren —la del viejo liberalismo— ya mostró serias limitaciones, incluso fracasó

y llevó a un estado de cosas muy difíciles, y que, de entonces a acá se han registrado cambios que a menudo vuelven no sólo inaconsejable sino imposible hacer lo que antes se hizo. O sea que, en tales posiciones falta también un planteo teórico correcto, y tampoco se toma en cuenta la realidad concreta.

En los últimos decenios, sobre todo en ciertos partidos y otras organizaciones políticas, en segmentos del movimiento obrero y, a menudo, en círculos académicos cobra importancia el estudio, desde posiciones marxistas, de la problemática del desarrollo capitalista latinoamericano y la búsqueda de nuevos caminos. Y si bien tales planteos entrañan un progreso en la ciencia social y a veces en la lucha política, y por primera vez reparan con seriedad en cuestiones fundamentales que la sabiduría convencional tiende a ignorar, y subrayan que, a la luz de una ya larga experiencia parece cada vez más difícil y aun imposible superar el subdesarrollo sin cambios profundos, realmente estructurales, sobre todo a partir de que el pueblo conquiste el poder, en general exhiben también fallas y limitaciones que a menudo dejan ver debilidad teórica y, pese a todo lo que suele decirse, desconexión con la realidad.

Conciente de que, para evaluar tales fallas sería preciso examinar con cuidado las posiciones y las formas en que se exhiben, y que ello desborda el objeto de estas reflexiones, me limitaré a mencionar algunas comunes y frecuentes. Por ejemplo:

- se maneja la teoría dogmáticamente, como si fuera infalible e intocable, y como si todo estuviera dicho y resuelto para siempre;
- se sustituye el análisis riguroso de los hechos y la realidad siempre compleja y cambiante, por esquemas y simplificaciones inaceptables;
- se deja el análisis en planos abstractos, o sea sin llevarse a lo concreto;

- se cae en cierto “seguidismo crítico”, pues en vez de centrar la atención en procesos fundamentales, se actúa bajo la influencia y aun a la zaga de la ideología dominante, y se repara más en aspectos secundarios;
- se tiende a cierto academicismo y se divorcia el análisis de la acción propiamente política y, en particular, de la lucha revolucionaria;
- se postula a menudo que sin teoría revolucionaria no puede haber un movimiento revolucionario; pero ni se sabe con precisión que es aquella ni cómo lograr una y otro;
- se divorcia al marxismo del leninismo, y a ambos de las revoluciones posteriores —concretamente de América Latina— y de los principales avances del pensamiento socialista;
- se ignora muchas veces la experiencia de los países socialistas, o bien se adoptan posiciones apologéticas y se hacen traslados mecánicos, lo que impide evaluar críticamente esos nuevos procesos, conocer sus avances y fallas, y aprender de los mismos;
- se opta por un marxismo libresco, que más bien deviene marxologismo especulativo, que ni explica la realidad ni, menos todavía, contribuye a transformarla;
- se repiten verbalmente ciertas categorías, pero como parte de un discurso formalista que no profundiza en el desarrollo dialéctico de los procesos a que corresponden, y
- en fin, debido a todo ello resulta muy difícil actuar sobre la realidad concreta, evaluar con rigor la siempre cambiante correlación de fuerzas y hacer lo que corresponde a cada fase del proceso revolucionario. De hecho la relación indisoluble que debe haber entre la teoría y la práctica, y con mayor razón entre la estrategia y la táctica, se pierde o desdibuja. Y al no aplicarse creadoramente la teoría a una realidad determinada, resulta

imposible también descubrir la dialéctica interna de ésta y, por tanto, las leyes que rigen su desarrollo, lo que en el plano de la lucha política se traduce a menudo en fallas, tropiezos y aun dolorosas derrotas.

*La realidad, base de toda teoría
que pretenda validez científica*

Se advierten tan frecuentemente fallas y errores del tipo de los antes señalados, que aun a riesgo de sólo repetir cuestiones bien conocidas, recordaré algunos planteos clásicos que ayudan a comprender la relación entre la teoría y la realidad concreta en el escenario latinoamericano.

“El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva —observa Marx en su segunda tesis sobre Feuerbach—, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa sobre la realidad o irrealdad de un pensamiento aislado de la práctica, es un problema puramente escolástico”.¹

El propio Marx, en sus palabras finales a la segunda edición de *El Capital*, recoge el siguiente comentario de M. Blok, sobre el método empleado en esa obra.

“Marx sólo persigue una finalidad: descubrir la ley de los fenómenos en cuya investigación se ocupa. Pero no sólo le interesa la ley que los gobierna cuando ya han cobrado forma definitiva y guardan entre sí una determinada relación de interdependencia, tal y como puede observarse en una época dada. Le interesa además, y sobre todo, la ley que rige sus cambios, su evolución, es decir, el tránsito de una forma

¹ Carlos Marx. Tesis sobre Feuerbach, en Carlos Marx y Federico Engels. *Obras Escogidas*, tomo II. Moscú, 1952, p. 376.

a otra . . . Una vez descubierta esta ley procede a investigar en detalle los efectos en que se manifiesta dentro de la vida social . . . Por tanto, Marx sólo se preocupa de . . . demostrar mediante una concienzuda investigación científica la necesidad de determinados órdenes de relaciones sociales y de poner de manifiesto . . . los hechos que le sirven de punto de partida y de apoyo . . .”

A lo que Marx añade que en eso consiste el método dialéctico, y específicamente el materialismo; o en sus palabras: “La investigación ha de tender a asimilar en detalle la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos internos. Sólo después de coronada esta labor, puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real . . .”²

A menudo hemos visto que, no sólo entre investigadores sino en los partidos y en la lucha política se olvida que el marxismo, como estudio del desarrollo histórico de la sociedad moderna, tiene bases empíricas, procede del conocimiento riguroso de hechos reales, o sea que no es una secta sino una nueva fase en el desarrollo de la ciencia.³

El materialismo consiste, precisamente, en entender los procesos reales en sus interrelaciones, o como decía Lenin, en “el examen multifacético de las relaciones en su desarrollo concreto.” “ . . . La dialéctica no es un conjunto de procedimientos formales de descripción ni cierto esquema dado de antemano e impuesto al objetivo . . . el enfoque dialéctico de la realidad es, en primer término, la exigencia de ‘sumergirse’ en el material concreto económico, político, etc., es decir en la propia dialéctica objetiva de la realidad . . .”⁴

Todo esto, empero, no es sencillo sino sumamente com-

² Carlos Marx. *El Capital*, tomo I, Vol. I. México, 1946, pp. 15 a 17.

³ Véase: Maurice Cornforth. *Communism and Philosophy*. Londres, 1980, pp. 144.

⁴ V.I. Lenin. *Obras*, tomo XLII, p. 333.

plejo, y por eso no es extraño que al intentarlo, como en cualquier otro campo de la ciencia, se cometan errores. De la realidad todos hablan, pero incluso no es fácil saber en qué consiste, y a veces se confunde la esencia de las cosas con su mera apariencia.

El marxismo no se limita, como el empirismo tradicional, a registrar o describir hechos aislados. Lo que más le importa son las relaciones reales entre la gente, relaciones sociales cuyo carácter cambia de una fase a otra de un proceso.

Hoy incluso es muy difícil conocer la realidad porque la sociedad y la vida cambian de prisa, se diversifican y vuelven más complejas; porque falta información, ésta suele ser parcial y no es fácil tener acceso a ella; porque si bien nunca se contó con tantos y tan eficaces medios de comunicación, de éstos sólo disponen unos cuantos; porque la ideología dominante es una gruesa pantalla que oscurece, deforma y aun tergiversa mucho de lo que ocurre, y porque la teoría burguesa y los métodos con los que habitualmente se enseña en las universidades no explican de manera rigurosa el funcionamiento del sistema socioeconómico, o sólo reparan en ciertas variables y en aspectos, en general, secundarios. Y porque, como ya dijimos, incluso las posiciones teóricas más avanzadas se desenvuelven a menudo en planos relativamente abstractos y no se sustentan en un conocimiento riguroso de la realidad concreta.

Esta limitación suele ser decisiva porque, en un sentido profundo la realidad sólo puede comprenderse y desde luego cambiarse, a partir de una explicación teórica seria que sirva de guía a la acción revolucionaria, y tal explicación, a su vez, debe basarse en hechos, entre los que el desarrollo del pensamiento propio de cada país tiene, sin duda, especial importancia, pues la teoría no puede ser algo importado, sobrepuesto, traído de fuera y ajeno a la realidad, a la que pretende aplicarse.

A estas horas, por ejemplo, para comprender la realidad en la que se desenvuelve Latinoamérica se requiere entender

la época en que vivimos y lo que es propio de ella, el carácter y modalidades del capitalismo latinoamericano y lo que su desarrollo nos ha permitido y, a la vez, nos impide; los cambios más importantes que exhibe el desenvolvimiento económico, social y cultural de nuestros países; la fase que recorre el capitalismo y las contradicciones y leyes que rigen su desarrollo; el papel del capital monopolista; las nuevas formas que adopta el imperialismo, sobre todo norteamericano y la manera cómo nos afecta; el alcance y naturaleza de la actual crisis; los profundos desajustes que ésta produce en los más diversos planos; las causas de la inestabilidad sin precedentes que sufren nuestras economías ahora no ya sólo económica sino social y política; la descomposición que revela el agravamiento del desempleo, de la miseria, el narcotráfico, la inseguridad y la violencia; la intensidad de la lucha de clases y de otros conflictos; las diversas y complejas manifestaciones del problema nacional y la importancia del nacionalismo; el funcionamiento del sistema político, de las estructuras de poder y, concretamente, del Estado. Y desde luego, las luchas a través de las cuales unos intentan preservar el actual estado de cosas y otros, cambiarlo; la forma en que se lesiona y, a la vez, defiende la soberanía nacional; las limitaciones y posibilidades de la democracia burguesa, y tanto la situación que priva en los países capitalistas y en los países socialistas y en los movimientos de liberación como el alcance y significado de las transformaciones en marcha; la nueva dirección en que tales procesos se desenvuelven y la medida en que todo ello afecta la correlación internacional de fuerzas y, de una u otra manera, las posibilidades de acción de nuestros pueblos.

RESCATE DE LO MEJOR DE NUESTRO PENSAMIENTO

Y, desde luego, al evaluar una situación tan vasta y compleja debemos hacerlo a partir de nuestras propias realida-

des, sin caer en el pragmatismo ni en el idealismo, sin hacer de la improvisación una supuesta virtud sino, al contrario, rescatando lo mejor del pensamiento, de la cultura, la historia y las luchas de nuestros pueblos. Porque tenemos una rica herencia que a menudo menospreciamos, y que es preciso conocer, reapreciar, reivindicar y enaltecer.

Sin la intención de mostrar aquí lo que tal herencia significa, permítasenos recordar brevemente, sobre el tema que nos ocupa, a algunos de nuestros más ilustres pensadores. Pero al hacerlo quisiera dejar bien claras varias cosas. Desde luego no se trata de sacralizar o de congelar lo que es esencialmente creativo y vital. Repetir dogmáticamente incluso lo más valioso de ese pensamiento y, desde luego, recoger frases hechas —así sean muy bien hechas—, por tentador e impresionante que en ciertos casos pudiera ser, carecería de sentido y no tendría mayor utilidad.

Lo que pretendemos no es éso. Tratamos más bien de entender nuestra realidad, y de hacerlo partiendo de ella y, a la vez, de los intentos más lúcidos de desentrañarla. Vemos la realidad en perspectiva histórica, como un proceso siempre en movimiento cuya continuidad es preciso restablecer para comprender la dirección en que se desenvuelve el pensamiento como parte integrante de ella y al mismo tiempo como el medio que más puede ayudarnos a comprenderla, el pensamiento que, de diversas maneras y desde diferentes ángulos, trata de explicarla.

Somos concientes de que ello es especialmente difícil; tan difícil que, en parte quizás a eso obedezca que incluso en círculos académicos, lo usual es que la enseñanza y aun la investigación se realicen tradicionalmente y en no pocos casos aún hoy, a partir y con base en textos extranjeros, de quienes poco o nada conocen nuestra realidad.

Y lo que vuelve muy difícil reapreciar nuestro pensamiento, rescatar lo mejor de él y recoger sus más valiosas enseñanzas es que en gran parte lo desconocemos porque circula

poco, a veces se recoge en viejos volúmenes agotados desde hace años, porque se tiende a menospreciarlo, porque su desarrollo suele ser muy desigual y porque se desenvuelve en muy diversos campos, de manera muy distinta y en épocas diferentes en cada uno de nuestros países, entre los cuales la comunicación es todavía pobre e insuficiente.

Sería muy interesante y provechoso recordar cómo, al menos en los países que hacen quizás los mayores avances y las principales contribuciones, se desenvuelve su pensamiento concretamente en la ciencia social. Pero esto rebasa con mucho lo que podemos intentar en estas breves y rápidas reflexiones. Por eso me limitaré a destacar sólo algunas ideas.

José Martí, por ejemplo, sin ser marxista hace aportes extraordinarios porque, como dice Juan Marinello, su obra “se produce prendida de las cuestiones esenciales de su isla, de los problemas vitales de su América y de las más trascendentales inquietudes de su tiempo.”

Y en verdad sorprende la profundidad y la vigencia de sus ideas, expresadas hace ya cien años o más.

“Cambiar de dueño —escribe Martí— no es ser libre.”
“Cuba debe ser libre de España y de los Estados Unidos.”

“Peleamos en Cuba por asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.”

“El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América.”

“De la tiranía de España pudo librarse la América Española y ahora . . . urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar la segunda independencia . . .”

“Pueblo y no pueblos, decimos de intento, por parecernos que no hay más que uno del Bravo a la Patagonia.” “ . . . la gran hazaña consiste en captar las realidades nacionales de modo que no estorben la comunicación americana . . .”

“... hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar la América...”

“¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea?”

“Injértese en nuestras repúblicas el mundo pero que el tronco sea el de nuestras repúblicas.”

“Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete lenguas. Es hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.”⁵

“... Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga... a unión política... La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otras...”⁶

Y un día antes de su muerte, en su emotiva carta al amigo entrañable, Manuel Mercado, escribe Martí:

“... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan sobre nuestras tierras de América con esa fuerza más, ... de lo que se trata es de impedir que se abra, por la anexión de los imperialistas... el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso...”⁷

Es tan rico y sugerente el pensamiento de Martí, que aun

⁵ José Martí. *Obras Completas*. La Habana, 1975, tomo 6 p. 46; Juan Marinello. *Martí, escritor americano*. La Habana, 1962, pp. 257, 272, 304, 302, 224, 307, 284 y 280; Alonso Aguilar M., “Martí y el Che en la lucha por la liberación de nuestra América.” *Estrategia* No. 89, México, septiembre-octubre de 1989.

⁶ José Martí. *Ibid*, tomo 6, p. 160.

⁷ José Martí. *Nuestra América*. La Habana, 1974, p. 473.

los breves pasajes antes transcritos definen y esclarecen cuestiones fundamentales. Los largos años que nuestro autor vive en Nueva York y su estudio de la sociedad norteamericana le permiten entender que el expansionismo y las nuevas y más agresivas formas que éste adopta no son hechos circunstanciales ni pasajeros. Al creciente poder y a la decisión de los Estados Unidos de intervenir en los asuntos internos de otros países, subyace —y Martí lo advierte con singular penetración— el desarrollo del capital y concretamente, del capital monopolista, o en otras palabras, se anuncia la fase propiamente imperialista del desenvolvimiento del sistema.

Martí descubre, además, que hay dos Américas, no una sola: la América nuestra, y la otra. La primera es atrasada y pobre, de origen indolatino; la segunda, rica y en pleno desarrollo, de origen anglosajón. Y, con esos y otros elementos forja una línea de acción que en lo esencial sigue siendo válida para orientar la lucha por nuestra plena independencia.

Martí comprende que, en el caso concreto de Cuba, librarse de España no basta. Es preciso, además, no caer bajo la dominación de Estados Unidos. Por eso afirma que “cambiar de dueño no es ser libre.” Y el peligro de que ello ocurra no sólo amenaza a Cuba sino a todos nuestros países, incluso a aquellos que desde años atrás conquistaron formalmente su independencia política. Esta es la razón que lo convence de que “ha llegado la hora de declarar la segunda independencia.”

Otro aspecto muy importante del pensamiento de Martí es el relativo al papel que juega la lucha por la independencia de Cuba. Para ésta, desde luego, es decisivo; pero fundamental también para el resto de nuestra América, pues lo que se pretende con aquélla es detener la anexión de esos pueblos “al norte revuelto y brutal que los desprecia. . .” O sea que Martí comprende que la fuerza de nuestros pueblos consiste en no actuar aislados sino en conjunto, unidos, apoyándose unos a otros, y liberando así su verdadero potencial. “Es ho-

ra —nos dice— del recuento y de la marcha unida. . . .” Sólo así podrá detenerse al “gigante de las siete leguas.”

Martí enaltece el valor de nuestra cultura y de nuestra historia, rechaza el europeísmo, el extranjerismo y el modernismo superficiales, sabe que, sobre todo en los países con mayor población indígena, el asegurar a ésta una vida digna es la condición del progreso. Y si bien es profundamente cubano, acaso por ello es también un genuino latinoamericano y un verdadero internacionalista, abierto al intercambio y la cooperación de todos los pueblos. “La unión —como hemos visto, la aconseja— con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otras. . . .”

¿Quién puede hoy dudar de la vigencia de ese profundo pensamiento? Y su actualidad obedece a que Martí fue, en verdad, un hombre de su tiempo, “siempre enganchado a la realidad concreta”, a que su pensamiento se ligó indisolublemente a la acción política, y a que consideró que “lo real es lo que importa, no lo aparente.” [Y] En la política, lo real es lo que no se ve. . . .”

Con razón comenta Marinello que “Ningún meditador americano de su día ha dejado tantas pruebas de entender la historia como un cambio continuado, de señalar nuevos matices nacidos de nuevas realidades, de proclamar con insistencia que cada tiempo trae su faena, y con ella su expresión. . . .”⁸

Martí ocupa, sin duda, un lugar especial en el pensamiento cubano y de América Latina. Y, a menudo bajo su influencia, después de él destacan en Cuba otros distinguidos intelectuales a quienes, en este rápido recuento tendríamos al menos que mencionar, pues cada uno de ellos contribuye a que entendamos mejor la realidad en la que nos movemos.

Julio Antonio Mella actualiza el ideal Bolivariano de unidad de nuestros pueblos; encabeza en Cuba la reforma universi-

⁸ Juan Marinello. *Ob. Cit.* p. 312.

taria como un movimiento popular antimperialista de la juventud contra el monopolio de la cultura; es de los primeros en rescatar el aporte revolucionario de Martí, y critica a los intelectuales para quienes “la vida de hoy, con sus problemas, sus luchas y sus enseñanzas, no existe. . .”, y para quienes “donde termina el texto de historia, o de filosofía, el viejo texto oficial, allí termina su cultura. . .”⁹

Rubén Martínez Villena, como Mella, es otro joven excepcional que vive poco, pero ejemplarmente, y aporta mucho. Poeta y cultivador de otros géneros literarios, en realidad excelente escritor, se interesa y conoce a fondo el proceso cultural de su país así como la realidad social y política que, como militante revolucionario, contribuye a transformar.

Enrique José Varona, a partir de una formación filosófica diferente más bien positivista, desde su ensayo “El imperialismo y la sociología” escrito a principios de siglo, empieza a reparar —desde luego no sin fallas y contradicciones— en el marco en que Cuba se desenvuelve y a cobrar conciencia antimperialista. Y ya viejo conquista creciente autoridad como maestro y educador, y defiende, con ejemplar honestidad y decisión, la plena independencia y la transformación social de Cuba. En un escrito de los años veinte comenta que su país no logra independizarse, ahora de los Estados Unidos. “Salida ayer de Colonia ha vuelto (Cuba) —dice—, casi por su propio peso a la colonia. Impulsada, con oculto pero firme empuje por la banca norteamericana, va tomando su antigua posición, doblada sobre la caña con la mocha en la diestra.” Y en una carta a Jorge Mañach, del año 1930, escribe: “¿Y el colosal imperio americano? Su sombra se proyecta sobre nosotros, sobre nuestros vecinos. Tremenda

⁹ *Marxistas de América*. Artículos sobre Cultura y Sociedad. La Habana, 1985, pp. 41, 43 y 73.

amenaza silenciosa, que va paralizando como secreta ponzoña nuestros miembros. . .”

“¡En pie, pueblos del Caribe! Las comunidades humanas no valen sólo por sus millones en hombres y en oro, sino principalmente, por lo que realizan en la región superior del espíritu.

“El mundo se transforma, concluye Varona; hagámonos dignos de vivir en los tiempos que alborean.”¹⁰

Discípulo de Varona y, de excepcional honradéz también es *Raúl Roa*, singularmente cubano, militante revolucionario desde muy joven y cuya entrega a la causa de la liberación americana es de toda su vida. Roa se consideró fundamentalmente periodista. Al hacerle un merecido reconocimiento la Unión de periodistas de Cuba, cinco años antes de su muerte, decía: “Sí, periodista es lo que he sido, lo que soy y me propongo seguir siendo en el campo de la escritura. He emborronado, a lo largo de mi vida, miles de cuartillas. . .”¹¹

En efecto Roa fue un brillante periodista, o como dice Carlos Rafael Rodríguez: “un escritor político, marcado por medio siglo de batallas que lo han reclamado de continuo.”¹² Y añadiríamos nosotros: un intelectual comprometido con las luchas de nuestros pueblos, de vasta cultura, de gran sensibilidad, fresco, antidogmático, quien como Canciller de la Dignidad defendió siempre resueltamente la soberanía de Cuba y de toda nuestra América, y como autor, sobre todo a través de su última obra (*El Fuego de la Semilla en el Surco*), contribuyó a reapreciar aspectos fundamentales de la vida política y de la lucha popular en su país, antes de la Revolución.¹³

¹⁰ Juan Marinello. *Contemporáneos*. La Habana, 1976. Tomo Primero, pp. 125 y 129.

¹¹ Enrique de la Osa. *Visión y Pasión de Raúl Roa*. La Habana, 1987, p. 399.

¹² *Ibid.* p. 399.

¹³ *Ibid.* p. 391.

Otro nombre que no podría faltar en esta breve recapitulación es el de *Juan Marinello* quien, como dice Carlos Rafael Rodríguez, desde muy joven, quema "las naves literarias" para ocuparse del quehacer político. Marinello es uno más de nuestros grandes pensadores, un conocedor profundo y un intelectual que representa, a la vez, lo mejor de nuestra cultura; un hombre extraordinariamente sensible, modesto, inteligente, cabalmente honrado, creador y crítico literario, ensayista; en fin: escritor y luchador político, y que no obstante proceder de una familia acomodada, dedica los mejores años de su vida a defender a los humildes, a los trabajadores de Cuba y de toda nuestra América.

"Sin desarrollo democrático —dice Marinello— no hay progreso en nuestras patrias; pero no hay desarrollo democrático sin transformación progresiva de nuestra economía. Y no habrá transformación económica si no se quiebra lo que la impide y estorba. . . . Luego el peligro está en permitir que se mantenga y robustezca la fuerza externa que deforma nuestra economía."

"... tenemos que revisar . . . el sentido de los vocablos políticos. Lo democrático no es un apellido sino una realidad. Todo lo que perturbe el desarrollo progresista de nuestros pueblos es antidemocrático, aunque se presente con engañosa etiqueta. . . ."

"Necesitamos absorber y practicar todas las técnicas, naturalizar todas las ciencias, entender todos los mensajes. Sin ello nuestro retraso será irredimible. . . . Pero hemos de tener. . . mirada. . . independiente y leal. . . ." Más que nunca, la cultura ha de abrir los cauces de la libertad. . . ."¹⁴

Cabría recordar también a *Carlos Rafael Rodríguez*, excelente escritor que desde otros ángulos: la economía, la filosofía, la teoría marxista y la política —más que las letras—, se intere-

¹⁴ Juan Marinello. "Discurso a los escritores venezolanos" en *Marxistas de América...* pp. 338, 339 y 431.

sa desde siempre en Cuba y América Latina, en su cultura y su historia —desde luego en las más ricas tradiciones populares— y en aspectos importantes del capitalismo neocolonial cubano, que por cierto examina en actitud crítica —a partir de los hechos mismos— y no apologética.

Como otros intelectuales de su país, Carlos Rafael se vincula desde muy temprano al periodismo y a la lucha política, a la que se entrega como verdadero militante. Y desde los últimos meses de la lucha en la Sierra Maestra que desenlaza en el triunfo de la Revolución Cubana, se liga estrechamente al movimiento que encabeza Fidel Castro. Y como otros intelectuales de aquellos cuya obra tiene mayor vigencia, Carlos Rafael se esfuerza por usar la teoría no como algo que sustituye a la realidad o encasilla a ésta rígidamente en uno u otro tipo de esquemas, sino como un método, una guía, un instrumento fundamental de análisis que permita conocerla a fondo y contribuya, a la vez, a transformarla.

Como dice el propio autor en las líneas que “A manera de excusa” preceden al primer tomo de *Letra con Filo*: “En todo este modo de ver nuestra historia y el proceso de la cultura y el pensamiento cubanos está implícito el esfuerzo, que no creemos del todo fallido, de evadir el encuentro dogmático... y de recuperar el método creativo que Marx y Engels usaran en el Dieciocho Brumario y en las Guerras Campesinas...”¹⁵

La anterior es, obviamente, una muy incompleta lista de algunos autores cubanos que, a partir de Martí y de la tradición martiana —que en no pocos casos se entrelaza con el pensamiento marxista—, hacen contribuciones muy valiosas al conocimiento de la realidad de su país y de América Latina. Y a ella podrían añadirse, desde luego, otros nombres sig-

¹⁵ Carlos Rafael Rodríguez. *Letra con Filo*. La Habana, 1963. Tomo 1, pp. XIV y XV.

nificativos como los de Fernando Ortiz, Ramiro Guerra, Blas Roca.

En muchos de nuestros países encontraríamos, seguramente, figuras relevantes. En Argentina, por ejemplo, Sergio Bagú destaca tres contribuciones muy valiosas de otros tantos intelectuales.¹⁶

Hacia fines del siglo pasado, *Juan B. Justo*, activo además en la lucha social y política, traduce por primera vez *El Capital*, de Marx, al español, y unos años después escribe y publica *Teoría y Práctica de la Historia*.

José Ingenieros, a su vez, desde 1913 llama la atención con su ensayo "Principios de Psicología Biológica", obra que —señala Bagú— "se inserta dentro de la gran corriente que intenta explicar el fenómeno psicológico humano, como fenómeno fisiológico y que, en la época de Ingenieros, se enfrentaba a la interpretación filosófica-literaria de lo psicológico. . .", pero que a partir de los años cuarenta empieza, de nuevo, a cobrar gran importancia.¹⁷

En 1918, Ingenieros publica un nuevo trabajo: *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, en el que critica el espiritualismo y el positivismo, y que, según Bagú, empieza a circular cuando "apenas se iniciaban las primeras conversaciones entre quienes luego formarían el Círculo de Viena, y que en los años veinte y treinta harían significativos avances."¹⁸

Por entonces, además, José Ingenieros, quien desde la publicación de *El Hombre Mediocre* había empezado a atraer a la juventud más inquieta, se convirtió en inspirador de la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba, que tanta influencia

¹⁶ Sergio Bagú. "América Latina: Evocación sobre la capacidad de crear nuevas ideas." *Revista del Centro de Estudios Latinoamericanos*. UNAM. No. enero-junio de 1987, pp. 35 a 39.

¹⁷ *Ibid.* p. 36.

¹⁸ *Ibid.* p. 36.

ejergería en otros países latinoamericanos. Y, simultáneamente comenzó a hacer notar la importancia de la revolución de octubre, en Rusia, y empezó a publicar *La Evolución de las Ideas Políticas Argentinas*. “Ante los ojos de los jóvenes argentinos —comenta Bagú— a propósito de esta obra, revivió las luchas del siglo XIX y señaló en ellas, como columna vertebral que va vinculando las épocas unas a otras, la persistencia de un ideal liberador. Con recogerlo, no más, los revolucionarios de hoy iban a encontrar su filiación en la entraña misma de la historia patria. . . . “Y ahora sabrían los esforzados forjadores de un mundo nuevo. . . . (que) no les pertenecía tan sólo el futuro. . . . sino también lo mejor y más noble del pasado. . . .”¹⁹

Ingenieros es de los primeros latinoamericanos que comprende el carácter imperialista de la guerra de 1914-18 y la importancia de la revolución de octubre y de la nueva época histórica que se abre con ella.

“El antagonismo de intereses entre las plutocracias de los Estados más poderosos —escribe— desencadenó la guerra. . . . Para asegurar la preeminencia de sus privilegios, los imperialismos económicos se disfrazaron de patriotismo e idealidad. . . .” “. . . .Ante esa corrupción moral, que ha sido la consecuencia del régimen capitalista, es forzoso reconocer la ineficacia de todo remedio que no se proponga eliminar las instituciones que lo apuntalan. . . .”

“. . . el episodio ruso no es una revolución históricamente concluída, sino el comienzo de una revolución apenas iniciada; no puede limitarse a Rusia ni es concebible que en todos los países se manifieste con sus mismos caracteres. . . .”

“. . . El privilegio y la justicia son incompatibles; si uno —escribe— se perpetúa, la otra debe sucumbir; si ésta se impone, aquél debe desaparecer. Las partes en lucha tienen ya

¹⁹ Sergio Bagú. *Vida ejemplar de José Ingenieros*. Buenos Aires, 1936, pp. 191 y 192.

clarísima conciencia de su función...; ningún optimismo autoriza a suponer que el pasado cederá sin resistencia al porvenir.” “... Los términos medios están excluidos: las engañosas cataplasmas ‘reconstructivas’ parecen artificios de prestidigitación. Los hombres capaces de optar están frente a un dilema sin tangentes: o se repudia la moral del parasitismo... o se defiende el régimen capitalista...”²⁰

Alfredo Palacios es, también, un exponente destacado del pensamiento argentino, que trabaja en diversos campos en los que hace contribuciones significativas. De singular importancia es su estudio pionero sobre *La Fatiga y sus Proyecciones Sociales*, que publica a principios de los años veinte, y múltiples son los ensayos en los que examina problemas de América Latina y cómo ésta debiera unirse y conjugar esfuerzos para afirmar su independencia.

En fin, *Anibal Ponce* es otro distinguido pensador. Su obra toda es creadora y antidogmática; es siempre una invitación a pensar por nosotros mismos, a partir de nuestra realidad concreta.

“Cuando el renacimiento le quitó al hombre moderno la tutela del dogma —escribe en uno de sus ensayos—, le dejó casi a ciegas con el instrumento maravilloso de su propia inteligencia.”

“... la historia prepara entre el juego ciego de sus fuerzas —añade— el advenimiento inminente de una nueva realidad. A sabiendas los menos, ignorándolo los más, todos van arrastrados por aquel empuje irresistible. Nadie puede impedirlo, contenerlo, desviarlo. Los mismos que intentan remontar su curso son pasajeros que caminan para atrás en el interior de un tren en marcha...”

²⁰ José Ingenieros. *Los Tiempos Nuevos*. Reflexiones optimistas sobre la guerra y la revolución. Madrid, 1921, pp. 223, 230 y 232.

“Sin el estudio profundo de la realidad social, sin el conocimiento acabado de sus pensadores y de sus teóricos, sin la reflexión crítica. . . , sin la madurez que sólo dan las meditaciones precozmente comenzadas, toda invocación a la revolución por resonante que sea, no pasará más allá de un gesto o un saludo.”²¹

Para conocer la realidad no basta la ciencia; sirve también el arte, la novela, la poesía e incluso echar a volar la imaginación, todo lo cual es también parte de la realidad. “Ningún marxista es completo —solía decir Lenin— si no sabe soñar.” “El sueño no tiene que ser necesariamente una evasión, una fuga.” “El desacuerdo entre sueño y realidad no es perjudicial siempre y cuando la persona que sueña. . . considere atentamente la vida, compare sus observaciones y sus castillos en el aire, y trabaje concienzudamente en la realidad de su fantasía; cuando no nos acerca a la realidad, nos sirve bien poco. . .”²²

“La tarea revolucionaria de la literatura, hoy día —comenta Ralph Fox—, es restaurar su gran tradición, romper los lazos del subjetivismo y la especilización limitada, traer al escritor creador cara a cara con su única tarea importante, la de ganar el conocimiento de la verdad, de la realidad. El arte es uno de los medios por lo cuales el hombre atrapa y asimila la realidad. Al forjar su propia conciencia interior, el escritor toma el metal de la realidad al rojo vivo y lo modela. . .”²³

La mejor literatura, como pensaba Martí, debe “ofrecer una obra que refleje la propia e intransferible de cada país. . .”, nacionalismo que, en palabras de Marinello, es “otra piedra

²¹ Aníbal Ponce. “Los deberes de la Inteligencia”, en *Marxistas de América*. pp. 181, 186 y 187.

²² *Ibid.* pp. 266, 267 y 148.

²³ Ralph Fox. *La novela y el pueblo*. Editorial Nuestro Tiempo. México 190, pp. 45-46.

de toque. . . que revela su tamaño como libertador. . . en el ámbito de la cultura. . . ”²⁴

José Carlos Mariátegui trabaja en la misma dirección, y al ahondar en el conocimiento crítico de la realidad peruana, contribuye sin duda a enriquecer el pensamiento latinoamericano.

Como a todo verdadero revolucionario, lo que más le interesa es la realidad siempre cambiante y la posibilidad de influir en su curso.

“Descartemos inexorablemente —reclama— todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos cuentas, seria y francamente, con la realidad.”

Y al iniciar la publicación de su revista *Amauta*, escribe: “...no vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continúa, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. . . ”

“...En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos expectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: Socialismo. . . ”

“No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestros propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva. . . ”²⁵

Incluso la poesía de César Vallejo (“¡la cantidad enorme

²⁴ *Marxistas de América*. pp. 375 y 377.

²⁵ *Ibid.* pp. 151 y 152.

de dinero que cuesta el ser pobre!”) y la obra de otros peruanos contribuye a conocer la realidad de nuestros países.

En México hay asimismo, desde luego, pensadores que vinculados principalmente a la Revolución Mexicana o al impulso que dió al desarrollo nacional el cardenismo, desde diferentes posiciones ideológicas hicieron aportes valiosos al conocimiento de la realidad. Andrés Molina Enriquez y, en cierto momento José Vasconcelos, Ricardo Flores Magón, Luis Cabrera, Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán y Pedro Henriquez Ureña. Y años más tarde destacan muchos otros: Narciso Bassols, Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Manuel Gamio, Fernando González Roa, Enrique González Aparicio, Alfonso Teja Zabre, Jesús Silva Herzog, Isidro Fabela, Luis Chávez Orozco, Alfonso Caso, Víctor Manuel Villaseñor, Manuel Mesa Andraca y Daniel Cosío Villegas.

El momento de hoy corresponde —escribía el mexicano *Narciso Bassols* ya en los años veinte— a una ponderación más honda y cabal de lo nuestro, de lo medularmente propio, a un nacionalismo cultural.”

“Los partidarios de la inversión extranjera libre e ilimitada. . . —decía años después— oscurecen y tratan de escamotear en forma ilícita un hecho importante, de categoría histórica —como que tiene enormes alcances económicos y políticos— . . . y que no es otro que el ‘precio’ que los pueblos débiles como México tienen que pagar, no sólo en réditos de los capitales que invierten en condiciones de desigualdad y ventaja los monopolios de los países dominantes, sino sobre todo en pérdida de libertad, en menoscabo de la autonomía nacional con todas las consecuencias que esto implica, y en subordinación colectiva al nuevo conquistador. . .”

Como dice *Luis Cabrera*, “. . . un siglo después de haber perdido a manos de los Estados Unidos nuestro territorio, ahora de lo que se trata es de entregarles la mitad de nuestra inde-

pendencia. Que en realidad, sería tanto como entregarles la independencia entera.”²⁶

Y en una reflexión sobre la política y la historia de México, *Lombardo Toledano* escribe: “La política es una ciencia, la ciencia del conocimiento de las leyes objetivas que rigen el desarrollo de la sociedad humana y de la utilización de esas leyes para garantizar el bienestar y acelerar el progreso de la humanidad en todos los órdenes. La política implica, por tanto, una teoría y una práctica. Los políticos que sólo opinan sobre los problemas de la sociedad, sin militar en la política, son *dilettanti*; los que actúan en la política sin ajustar su conducta a una teoría, son simples braceros de la política.” “... Hasta hoy la historia de nuestro país la han escrito, principalmente, dos tipos de historiadores: los de la corriente conservadora y los de la corriente liberal. Sus obras están plagadas de errores porque más que estudiosos del pasado, han sido defensores de una corriente ideológica y además uno y otros han carecido de un método científico para juzgar los hechos.”²⁷

En fin, al menos tres figuras de otros tantos de nuestros países que quisiera mencionar son Salvador de la Plaza, venezolano; Carlos Quijano, de Uruguay y Manuel Agustín Aguirre, de Ecuador.

De la Plaza es un distinguido profesor e investigador universitario, un estudioso serio y ejemplarmente honesto de la problemática socioeconómica de su país, un latinoamericano y un luchador revolucionario que sufre la cárcel y el exilio.

Carlos Quijano dedica buena parte de su vida al periodismo y se da a conocer en Latinoamérica como director de *Marcha*,

²⁶ Alonso Aguilar M., “Narciso Bassols: 30 años después.” *Estrategia*, No. 88, julio-agosto de 1989.

²⁷ Vicente Lombardo Toledano. *La perspectiva de México. Una democracia del pueblo. Problemas de Latinoamérica*. Vol. II. Núm. 3. México 1955, pp. 14 y 15.

y en sus últimos días, por el trabajo —siempre crítico y de muy alta calidad profesional— que realiza en su exilio mexicano. “Marcha fue, desde su primera línea hasta el último día de su existencia —comenta Bagú—, latinoamericana. Esto implica que fue también antifascista, antimperialista y que se comprometió profundamente con las soluciones populares y progresistas en todo el continente.”²⁸

Por último, *Manuel Agustín Aguirre* es un prestigioso profesor e investigador ecuatoriano, autor de múltiples estudios sobre problemas sociales, económicos y políticos de su país, un intelectual comprometido con las mejores causas de su pueblo y un latinoamericano antimperialista siempre dispuesto a defender la causa de la independencia, la unidad y la solidaridad de nuestra América.

Podríamos, en otras breves referencias, recoger significativos pasajes de la obra de otros latinoamericanos sobre el tema que aquí nos interesa. Pero lo que pretendemos es solamente subrayar que si hemos de intentar abrir nuevos caminos al desarrollo, a partir de nuestras propias realidades, el rescate de lo mejor de nuestro pensamiento es una tarea fundamental e impostergable.

TENDENCIAS RECIENTES DEL PENSAMIENTO PROGRESISTA LATINOAMERICANO

Quienes trabajamos en el campo de la ciencia social, sabemos que en los últimos 30 a 40 años se avanzó significativamente en el estudio de la problemática del desarrollo latinoamericano, desde posiciones avanzadas. Cuestiones fundamentales que hasta entonces eran ajenas a los centros académicos e in-

²⁸ Sergio Bagú. La larga marcha de don Quijano de la Marcha. *Nexos*, No. 31, julio de 1980, p. 56.

cluso al quehacer de las organizaciones políticas y al debate público, empezaron a ser objeto de atención.

Las explicaciones convencionales de nuestros problemas fueron crecientemente impugnadas; y en vez de repararse sólo en aspectos parciales, el proceso de desarrollo, y concretamente el subdesarrollo, comenzaron a verse en una perspectiva propiamente histórica y a explicarse desde posiciones teóricas nuevas y más acordes con la realidad.

Hasta entonces la ciencia social latinoamericana exhibía una gran laguna. Si bien en algunos textos pioneros se reparaba en la importancia del fenómeno capitalista,²⁹ en muchos más se hablaba de éste en abstracto, se le suponía privativo de las economías altamente industrializadas y se ignoraba el carácter de nuestras formaciones sociales. No pocos investigadores se conformaban con la explicación, en el mejor de los casos insuficiente y ya del todo anacrónica, de que la sociedad latinoamericana, de hecho había sido semifeudal y aun feudal hasta etapas muy recientes, sin que se precisara cuándo y cómo el capitalismo había empezado a abrirse paso, hasta convertirse en el modo de producción dominante, y cómo se había desarrollado, a partir de entonces.

Con frecuencia se aludía al carácter supuestamente precapitalista, rural y agrario de nuestras sociedades, sin repararse en que el fenómeno capitalista había desgarrado y, a la vez, empezado a reestructurar tales sociedades desde décadas atrás; en que las condiciones del campo habían cambiado, el proceso de urbanización estaba en ascenso, algunos países avanzaban aunque desigualmente y no sin tropezar con serios obstáculos, en el intento de industrializarse, y todo ello alteraba la estructura social y de clases, hacía crecer y cambiaba la composición del proletariado, creaba condiciones propicias para la expansión de las capas medias e influía en la diferen-

²⁹ Como en el ensayo de Sergio Bagú: *Economía de la Sociedad Colonial*, publicado en 1949.

ciación de la burguesía, en la consolidación de su poder y en la conformación de una nueva oligarquía, ya entonces fundamentalmente sustentada en las más dinámicas e importantes actividades propiamente capitalistas.

Del imperialismo, en cambio, se hablaba y escribía a menudo, pero la indagación teórico-histórica, y por tanto la ubicación rigurosa del mismo se descuidaban. A menudo se reparaba sólo en aspectos secundarios y tendía a vérsese, más que como una fase del desarrollo capitalista que influiría decisivamente en la dialéctica interna del sistema, como una variable externa e incluso como mera expresión de una política lesiva a nuestros países. Todo lo cual contribuyó a no entender el movimiento real del capital y las contradicciones del proceso de acumulación y, a partir de cierto momento el papel fundamental del capital monopolista, así como a volver muy difícil y aun imposible el trazo de una estrategia antimperialista eficaz.

En tales condiciones resultaba también difícil entender los cambios en la estructura social y el carácter de la lucha de clases, la misión del Estado, la naturaleza del subdesarrollo, el por qué de ciertas deformaciones estructurales, las limitaciones de una industrialización realizada en ese rígido marco y el papel del mercado interno, el lugar de nuestros países en la cambiante división internacional del trabajo, la naturaleza estructural de la dependencia y la medida en que, bajo el capitalismo del subdesarrollo, es o no posible lograr un desenvolvimiento nacional independiente.

Acaso la principal limitación de las posiciones dominantes al menos en ciertos círculos progresistas, consistía en que si bien se subrayaba la importancia de ese desarrollo y concretamente de la independencia económica, a menudo tendía a pensarse, en forma un tanto simplificada, que el desarrollo capitalista, a la manera digamos clásica conocida en otros países y otros tiempos, haría posible esa independencia y que la burguesía, a la que se suponía nacionalista, progresista e

incluso antimperialista, jugaría un papel fundamental en tal proceso. Aun en el seno de no pocos partidos comunistas, desde luego en buena parte del movimiento sindical latinoamericano y entre numerosos intelectuales solía pensarse de esa manera, lo que sin duda impidió la forja de un pensamiento liberador propio y verdaderamente revolucionario y colocó a tales fuerzas, pese a su pretensión de ser destacamentos de vanguardia, en posiciones débiles, con frecuencia meramente reformistas y subordinadas a las clases en el poder y sobre todo a sus segmentos liberales, más o menos nacionalistas.

Contribuciones de diversos centros de estudios en América Latina

Sin pretender recordar aquí los múltiples esfuerzos desplegados en centros de estudios latinoamericanos para avanzar en la comprensión de nuestros grandes problemas, podría mencionar que en México, por ejemplo, esa inquietud fue manifiesta ya, sobre todo entre 1948 y 1952. Por entonces, además, empieza a trabajarse en nuevas direcciones en la CEPAL y en diversas instituciones, quizás sobre todo de los países del sur: Chile, Argentina y Uruguay, aunque también en Brasil, Venezuela, Colombia y otros.

El trabajo que la CEPAL realiza, a partir de 1949 y durante los años cincuenta es, sin duda, importante. El estudio de Raúl Prebisch sobre El Desarrollo de América Latina y sus principales problemas —en el que demuestra que, contra lo que muchos esperaban, el comercio de Latinoamérica con los países industriales exhibía un evidente y perjudicial deterioro de la relación de intercambio de nuestros países—, causó explicable revuelo. Y también despertaron interés los planteos que sobre la inflación y varios aspectos del desarrollo harían, unos años después, en la propia CEPAL, economistas como Juan Noyola, Aníbal Pinto, Celso Furtado, Pedro Vúskovic, Oswaldo Sunkel y otros.

Desde fines de los años cuarenta, en México se replantean críticamente ciertas cuestiones, lo que mencionaré por serme más familiar que los cambios probablemente análogos, que se registran en otros países de nuestra América.

La creación y el desarrollo inicial del Partido Popular, por ejemplo, sobre todo en 1947-49, alientan el examen crítico de la realidad nacional y de las nuevas formas de subordinación de nuestra economía a las exigencias de un arrogante imperialismo norteamericano que a partir del llamado Plan Clayton, la Conferencia de la Habana de 1947 y la creación de la OEA, al año siguiente, empieza a reconquistar y aun a fortalecer sus posiciones latinoamericanas, temporalmente debilitadas con motivo de la Segunda Guerra Mundial. El impulso a la lucha por la paz y por un desarrollo independiente, a partir del primer Congreso Americano celebrado en México en 1950 y el prestigio de las corrientes progresistas en grupos de intelectuales y en diversos centros universitarios, contribuyen también a que, de nuevas maneras, se discutan aspectos importantes del desarrollo de nuestros países.

Entre 1950 y 1952, en torno a la revista *Índice* colaboran diversas personas interesadas en el análisis político, que desde diferentes formaciones profesionales examinan críticamente la política del gobierno de Miguel Alemán y la forma en que, sobre todo la nueva posición del imperialismo norteamericano, empeñado en restablecer y reafirmar su hegemonía en nuestra América, nos afecta. En este modesto pero significativo esfuerzo participan, entre otros, Narciso y Angel Basols Batalla, Fernando Carmona, Víctor Manuel Villaseñor, Jorge Carrión, Eli de Gortari, Ernesto Madero, Manuel Mesa Andraca, Paula Gómez Alonso, Alfonso Magallón, Rafael Ramírez y el que esto escribe.

En medios universitarios, en algunas organizaciones políticas y entre intelectuales y artistas se advierten inquietudes análogas. En la Escuela Nacional de Economía, por ejemplo, y seguramente en otros centros académicos de la UNAM se

debaten, vinculadas ya al desarrollo de nuestro país, diferentes cuestiones teóricas.³⁰ E incluso en centros de investigación de instituciones de diverso tipo, controladas por el gobierno, se inician estudios en los que se examinan aspectos del desarrollo, desde nuevas perspectivas.³¹

Tales inquietudes afloran poco tiempo después en el Círculo de Estudios Mexicanos, organismo que agrupa a buen número de profesionistas e intelectuales y que, entre 1954 y 1960 se ocupa a menudo de examinar, desde una posición crítica, la política de los Estados Unidos hacia Latinoamérica y subraya la necesidad de reorientar el desarrollo a partir de nuestro propio esfuerzo, del empleo racional de nuestros recursos y de una posición nacionalista, antimperialista y democrática, que tenga profundo arraigo en nuestra historia y haga posible afirmar la independencia y mejorar sensiblemente las condiciones de nuestros pueblos.

El triunfo de la revolución cubana, en 1959, es como un rayo en cielo despejado, un estallido que resuena en todo el continente. En un primer momento no se comprende su verdadera dimensión; pero cuando empiezan a registrarse cambios profundos que casi nadie esperaba, nuestros pueblos comienzan a reparar en la importancia de esa revolución. El general Lázaro Cárdenas visita Cuba ya en julio de 1959, y desde entonces mantiene una posición muy solidaria porque advierte que la liberación del pueblo cubano es una gran victoria latinoamericana.

³⁰ Véase, por ejemplo, del autor de esta ponencia, la conferencia titulada "El Mercado y el Desarrollo Económico", dictada en los Cursos de Invierno de esa escuela, en 1952, y publicada en *Investigación Económica* Tomo XII, Núm. 1, del primer trimestre de ese año, así como el ensayo "Una década crítica. El mercado de capitales en México (1900 a 1910), elaborado también en 1952 y recogido en el libro del autor, *Problemas Estructurales del Subdesarrollo*. UNAM, México, 1971.

³¹ Estructura Económica y Social de México. Presentación e Introducción General. Fondo de Cultura Económica. México, 1951.

En marzo de 1961, o sea en vísperas de la invasión yanqui a Playa Girón, Cárdenas preside y juega un papel fundamental en la organización de la Conferencia Latinoamericana por la Emancipación Nacional, la Independencia Económica y la Paz, que se celebra exitosamente en la ciudad de México, en la que se presentan y discuten interesantes ponencias que revelan nuevos avances en la ciencia social y en la lucha política en nuestros países. De particular interés son los planteos sobre el imperialismo y su responsabilidad en el subdesarrollo latinoamericano, y sobre la liberación nacional en nuestra América, a propósito de la cual se acuerda promover, en los países en donde ello sea viable, movimientos de liberación que respondan a sus condiciones particulares y que contribuyan a movilizar y organizar a las fuerzas populares en defensa de la independencia nacional, el desarrollo y el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de nuestros pueblos.

Aporte de economistas y sicólogos

En los años sesenta adquiere importancia la labor realizada en las reuniones de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, la 3a. de las cuales se celebra en México en 1965. En ella se logra un amplio consenso en torno a ideas como éstas:

- Los principales obstáculos que frenan y deforman el desarrollo económico de América Latina son de carácter estructural.
- El estudio de los problemas del desarrollo latinoamericano requiere de una teoría propia, que sin perjuicio de los aportes constructivos que recoja de otros países, surja esencialmente de la observación y el análisis sistemático de nuestra realidad.

- El ritmo lento e inestable del desarrollo económico de América Latina, más que a la falta o escasez de recursos productivos, obedece a la defectuosa utilización y aun a la forma en que se dilapida el potencial de inversión.
- La inflación y los desajustes de las balanzas de pagos son también estructurales y deben atacarse al margen de las fórmulas monetarias ortodoxas.
- Las inversiones extranjeras directas producen efectos desfavorables de diverso alcance y deforman nuestro desarrollo.
- Deben diversificarse las fuentes de créditos internacionales, mejorar sus condiciones y no llevar el endeudamiento externo más allá de ciertos límites.
- Es preciso diversificar el comercio exterior y comerciar con todos los países, sobre bases recíprocamente ventajosas.
- La integración económica regional puede y debe contribuir a elevar el desarrollo de nuestros países.
- La reforma agraria no puede limitarse a la mera entrega de la tierra; debe ser integral.
- América Latina requiere de la planificación para aprovechar más racionalmente sus recursos e intensificar el ritmo de su desarrollo, reducir el consumo suntuario y los gastos improductivos, canalizar mejor los recursos financieros, utilizar en mayor medida la capacidad instalada de producción, y seleccionar las técnicas más ventajosas.

“La planificación no puede sustituir a las reformas estructurales... Estas deben consistir esencialmente en la distribución de la riqueza social, y en particular de la tierra; la limitación del radio de acción de la empresa privada en el manejo de las actividades básicas y la correlativa ampliación de la esfera de acción del Estado; la transformación a fondo del

sistema de distribución comercial, así como del sistema tributario, monetario, bancario, educativo, y de los programas de salud pública y seguridad social.”

“Es necesario, además, modificar el marco en que se desenvuelven las relaciones económicas, financieras y técnicas internacionales y asegurar una vida democrática interna en América Latina.³²

Después, otras reuniones similares como la de Maracaibo (1969) y Quito (1974), ahondan en ese análisis y, concretamente, en el examen de la crisis capitalista que se inicia hacia fines de los años sesenta y afecta gravemente nuestro desarrollo. Y en otros centros académicos entre los que destacan aquellos que forman parte de las principales universidades de América Latina, se trabaja en una dirección análoga.

Entre sociólogos, historiadores y otros estudiosos de la realidad social y política latinoamericana, sobre todo desde los años sesenta, la literatura crítica que pone en entredicho muchas de las verdaderas convencionales, empieza también a cobrar impulso. Al respecto cabría recordar, a manera de ejemplo, dos trabajos de Camilo Torres y otros de diversos investigadores.

Pablo González Casanova menciona entre los primeros “Un Nuevo Paso en la Sociología Latinoamericana, artículo aparecido en *El Tiempo*, de Bogotá, en 1961, y “El problema de la estructura de una auténtica Sociología Latinoamericana”, preparado también entonces pero que se publica en 1966, en Chile, y señala que, a partir de 1965, los sociólogos latinoamericanos empezaron a criticar la “Sociología científica y desarrollista”. De ese año menciona el trabajo de Octavio Ianni, “Sociología de la Sociología en América Latina” y “Siete tesis equivocadas sobre América Latina” de Rodolfo Stavenhagen. De 1967 y 68 recuerda, entre otros, los artí-

³² Véase: *Investigación Económica*, No. 100, Vol. XXV, 4o. Trimestre de 1965, Tomo tercero, pp. 851-854.

culos de Theotonio Dos Santos "La ofensiva ideológica del cientificismo" y "La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina"; de Andre Gunder Frank: "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la Sociología" y de él mismo (González Casanova) su artículo "La nueva Sociología y la crisis de América Latina," de 1968, y la guía para el estudio de la Sociología, con la colaboración de otros autores, que dos años después publicó la UNAM.³³

Orlando Fals Borda, a su vez, hace notar que "el adiestramiento en Ciencias sociales para la América Latina debe incluir la investigación autónoma e independiente de los hechos sociales del área, estimulando el pensamiento creador y la originalidad para liberarnos de antiguas o presentes tutelas de toda clase..."; "...impulsar activamente el logro revolucionario de una sociedad superior a la existente puede brindar, en fin de cuentas, al mejor tipo de adiestramiento sociológico en el momento actual..."

La tendencia renovadora se expresa en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en México en 1969, que representa "...la culminación de una actitud intelectual de real compromiso con el cambio social, con la acción necesaria para transformar revolucionariamente la sociedad latinoamericana..." Por eso tiene importancia la Declaración de México, en la que se postula que:

"En la fase actual de crisis y de transición hacia una nueva forma de vida económica, social y política, los países de América Latina necesitan de la colaboración crítica de los especialistas en ciencias sociales... (No) anhelamos regalías académicas, ni privilegios sociales, sino el derecho de ejercer nuestras actividades de enseñanza y de investigación con plena identificación, con los intereses y angustias de nuestros pue-

³³ Pablo González Casanova. América Latina. Las críticas a las Ciencias Sociales y las tareas inmediatas.

blos. Queremos y exigimos la existencia normal de condiciones de trabajo que permitan convertir las ciencias sociales, en nuestros países, en un instrumento de conciencia crítica, en factor de autonomía cultural y política y en un medio de lucha contra la miseria y las desigualdades sociales. Nuestro objetivo más amplio consiste en poner las ciencias sociales al servicio de los derechos fundamentales del hombre y de la creación de formas auténticas de democracia económica, social y política.”³⁴

En diversos centros académicos, en organizaciones sociales y políticas y en revistas especializadas, sobre todo desde los años sesenta empezaron a debatirse problemas del innegable interés para las ciencias sociales, que ayudaron sin duda a comprender mejor el proceso de desarrollo de nuestros países.

Tan sólo por lo que hace al modesto esfuerzo realizado en nuestro Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, durante 20 años se publica la revista *Problemas del Desarrollo* y desde 1973 hasta ahora, en el Seminario de Teoría del Desarrollo participan decenas de investigadores mexicanos y de otros países latinoamericanos, así como buen número de europeos y norteamericanos, en más de doscientas sesiones académicas en las que se examinan problemas fundamentales. Y, desde luego, en otras dependencias de la UNAM — como el Instituto de Investigaciones Sociales, el Centro de Estudios Latinoamericanos y la División de Posgrado de la Facultad de Economía—, así como en la FLACSO, la UAM, el Colegio de México y el Instituto Politécnico Nacional, se realiza también una seria labor de investigación.

Y desde luego ello ocurre, además, en otros países. En Venezuela, por ejemplo, tanto en el Centro de Desarrollo (Cendes) como en la Facultad y el Instituto de Investigaciones

³⁴ Orlando Fals Borda. *Ciencia Propia y Colonialismo Intelectual*. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1970, pp. 30-31.

Económicas se forma un grupo de destacados investigadores, entre los que cabría mencionar a D.F. Maza Zavala, Héctor Malavé Mata, Armando Córdova, José Agustín y Héctor Silva Michelena y Francisco Mieres.

En torno a la Universidad Nacional y alrededor de la revista *Desarrollo Indoamericano* y varios esfuerzos editoriales, trabajan el distinguido investigador Antonio García, el economista José Consuegra, Orlando Fals Borda, Luis Nieto Arteta, Jaime Mejía Duque y otros colombianos y autores latinoamericanos.

En Brasil, vinculados a diversos centros y organizaciones, desde diversas corrientes y, trabajando en diferentes campos son bien conocidos, entre otros, los renovadores trabajos de Josué de Castro, Caio Prado Jr., Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Darcy Ribeiro, Octavio Iani, Florestan Fernández, Fernando H. Cardoso, Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra.

El aporte chileno tan sólo en las décadas recientes a que hacemos referencia, es también muy importante para el conocimiento de los problemas fundamentales de nuestros países. Desde la CEPAL, universidades y centros de estudios así como organizaciones políticas y ciertas publicaciones, realizan valiosos estudios, numerosos autores como Volodia Teitelboim, Clodomiro Almeida, Aníbal Pinto, Pedro Vúskovic, Oswaldo Sunkel, Luis Vitale, Luis Maira, Orlando Caputo y otros.

Desde Argentina, trabajando en diversos campos y en los años de la dictadura militar y desde el exilio, vinculados a centros de estudio en otros países, entre muchas otras valiosas contribuciones podría recordarse aquí las de Sergio Bagú, Raúl Prebisch, Gregorio Weinberg, Jorge Graciarena y Tulio Alperín.

De Uruguay ya mencionamos a Carlos Quijano cuya obra es sin duda importante; pero aun en una lista muy incompleta habría que añadir nombres como los de Carlos y Angel

Rama, Vivian Trías, Eduardo Galeano, Enrique Iglesias y Samuel Lischsteintein.

De Ecuador, aparte de Manuel Agustín Aguirre merece mención el trabajo que, vinculado en parte a la Universidad de México realiza Agustín Cueva, y el que, desde su país, hacen José Moncada y René Báez.

En Perú varios conocidos investigadores colaboran en el Instituto de Estudios Peruanos y en diversas revistas. Entre otros cabría recordar a Aníbal Quijano, Humberto Espinoza Uriarte, Matos Mar, Julio Cutler y Carlos Malpica.

En fin, de Centroamérica, Panamá y el Caribe, seguramente entre muchos más estarían Luis Cardoza y Aragón, Guillermo Toriello y José Luis Balcárcel, Edelberto Torres Rivas, Nils Castro, Xabier Goroztiaga, Gerard Pierre Charles, Suzy Castor y Manuel Maldonado Denis, sin contar la excepcional contribución que hace posible la revolución sandinista en Nicaragua, a la que nos referimos más adelante.

Sin menospreciar lo que se hace en múltiples centros académicos, sin embargo, el mayor aporte al desarrollo del pensamiento latinoamericano proviene a mi juicio de la lucha revolucionaria de nuestros pueblos y de la participación de sus principales dirigentes e ideólogos.

Papel de la lucha revolucionaria

La Revolución Mexicana de principios de siglo, por ejemplo, tiene sin duda un profundo sentido renovador, popular y antimperialista que alienta nuevas corrientes de pensamiento y nuevas leyes e instituciones que implican el abierto rechazo al cientificismo superficial, al pragmático y positivismo mecanicista, al extranjerismo desnacionalizador, al latifundismo, a la reelección antidemocrática y, en general, a la sabiduría convencional del porfiriato, que tantos elogios mereció de la

clase dominante y de los países a los que más benefició ese estado de cosas.

La revolución guatemalteca, en otro momento, demuestra cómo incluso los países más atrasados y pobres pueden avanzar en su desarrollo si sus pueblos se deciden a luchar y los países hermanos los apoyan y se solidarizan con ellos, frente al enemigo común.

Pero sin duda, la más importante, más profunda y de mayor proyección internacional de esas luchas es la Revolución Cubana, con la que en realidad se inicia la revolución socialista latinoamericana. En verdad tal hecho no es sólo una nueva y rica experiencia de nuestros pueblos: es el mayor aporte de éstos a la práctica e incluso a la teoría de la liberación latinoamericana.

La revolución cubana no acaba de ser comprendida, concretamente por muchos intelectuales latinoamericanos. Algunos la vieron siempre como algo estrictamente cubano, en tanto que otros la menosprecian, la critican sin fundamento y aun pontificalmente la descalifican y condenan porque no ha sido lo que, según ellos, debiera ser. Más lo cierto es que es un hecho histórico sin precedentes, un profundo sacudimiento que rompió con todos los marcos preestablecidos y demostró la invalidez de las posiciones imperiales de la fatalidad geográfica y el destino manifiesto.

Cuba es el primer país de nuestra América en el que el heroísmo y la audacia de un puñado de jóvenes revolucionarios, la aplicación creadora del marxismo-leninismo y su fusión con el martianismo y lo mejor de la herencia cultural latinoamericana, hacen posible el triunfo de un pueblo hermano frente al poderoso imperialismo norteamericano. Con esa victoria se vienen abajo las posiciones derrotistas tradicionales. Cuba, como dice Marinello, "tiene el raro privilegio de jugarlo todo a la carta de la libertad amenazada". Y de un golpe, que desde luego no es simplemente de suerte, demuestra que

nuestros pueblos no están condenados a la servidumbre sino que pueden ser libres y dueños de su propio destino.

Al calor de la revolución cubana muchas cosas cambian en América; y aunque a veces se incurre explicablemente en el error de querer "quemar etapas" y convertir la experiencia cubana en un "modelo" mecánicamente aplicable en otros países, el enemigo así sea a regañadientes, ante el temor de que la ola revolucionaria se extienda, ofrece lo que antes se negaba a conceder; propone mecanismos reformistas apaciguadores como la Alianza para el Progreso, y en el marco de la solidaridad con Cuba las fuerzas democráticas, a su vez avivan la lucha antimperialista.

La Habana, hasta poco antes relativamente alejada del resto de nuestra América se convierte en un cruce de caminos, en el lugar en que se encuentran y discuten, una y otra vez, numerosos latinoamericanos que empiezan a pensar por sí mismos. También en este sentido, el aporte de la revolución cubana al desarrollo del pensamiento y al impulso de la lucha liberadora en nuestros países, es enorme. Bastaría tan sólo recordar la espléndida labor de La Casa de las Américas, el estímulo que los premios anuales han significado para la creación intelectual y las múltiples reuniones de intelectuales y artistas por ella organizados. Y a esto habría que añadir lo hecho en el mismo sentido por el Ministerio de Cultura, por el Centro de Estudios de América, el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, el de Estudios Internacionales y el Grupo de Desarrollo (DES) de la Universidad de la Habana, la Unión de Escritores y Artistas, la Academia de Ciencias, las organizaciones de trabajadores, estudiantes y de la mujer, por Prensa Latina y otros organismos.

En esos centros o cerca de ellos trabajan numerosos investigadores que ahondan en el conocimiento de su país y de problemas diversos que afectan a nuestros pueblos, en su conjunto. Entre muchos otros, tal es el caso de Armando Hart, Antonio Núñez Jiménez, Julio le Riberend, Manuel Moreno

Fraginals, Oscar Pino Santos, Roberto Fernández Retamar, Oswaldo Martínez, José Luis Rodríguez y Fernando Martínez.

Es tan rico el aporte cultural de la revolución que, seguramente muchas personas más, intelectuales y aun modestos trabajadores de base, en el seno de cada organización y en el conjunto del movimiento de masas contribuyen a que afloren a menudo nuevas ideas que enriquecen el conocimiento de la realidad. Y desde luego, dos dirigentes sobresalen no sólo por el papel que juegan en la revolución sino por su talento, por su vasta cultura y por la lucidez y profundidad con que examinan muchos de los problemas de Cuba y de América Latina: *Fidel y el Che*.

Requeriría un trabajo especial ocuparse de estas dos señeras figuras del pensamiento y la acción revolucionaria de nuestros pueblos, pues ambas son, sin duda, exponentes de lo mejor y más representativo de nuestra cultura. Ante la imposibilidad de hacer tal cosa me limitaré a señalar, en unas cuantas palabras, algo de lo más característico y significativo del pensamiento de uno y otro, que por demás tanto tiene en común.

Nuestro punto de partida debiera ser un hecho indiscutible: la Revolución cubana, pese al bloqueo y la agresividad de los Estados Unidos, pese a la herencia capitalista del subdesarrollo, pese a muchos otros problemas y limitaciones, pese incluso a fallas y errores que con frecuencia se han reconocido con ejemplar honradez, en el corto lapso de sólo tres decenios produjo el cambio más profundo y el mayor avance social en la historia de América.

El investigador cubano Fernando Martínez Heredia señala que el socialismo cubano ha significado: "... el pleno empleo durante dos décadas, ingresos familiares crecientes, necesidades básicas aseguradas para todos y una enorme seguridad social, con la cobertura y la gratuidad total de educación y salud, grandes logros en la pacificación de la existencia,

mortalidad infantil de 11.1 por mil y esperanza de vida de casi 75 años (1989), igualdad real ante los servicios básicos, aumento sostenido de la solidaridad social, bancarrota del prestigio de la propiedad y la iniciativa privada, motivadas por el lucro, fuerte disminución de las diferencias por el ingreso, extraordinaria movilidad social, etcétera . . .” Y agrega: “Nunca se ha dado en América una redistribución de la riqueza social tan profunda y abarcadora como la que se produjo aquí, por lo que el ritmo creciente del grande y sostenido esfuerzo inversiónista nacional no sacrificó a una parte de la población, sino al consumo suntuario y a ciertas áreas no básicas. . .”³⁵ Pues bien, en ese marco de rápidos y profundos cambios se expresa, modifica, enriquece y pone en práctica el pensamiento de Fidel y del Che.

Fidel no improvisa, no saca de la manga lo que ha de hacerse. Como él mismo ha recordado en varias ocasiones, el proyecto revolucionario que encabeza tiene una estrategia que se forja y pone a prueba en la lucha misma.

Como explica a Frey Beto:

“ . . . Desde antes del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, yo tengo una concepción revolucionaria y hasta una idea de cómo llevarla a cabo. . . ”

“ . . . yo concibo una estrategia . . . para llevar a cabo una revolución social profunda, pero por fases, por etapas; lo que concibo fundamentalmente es hacerla con aquella gran masa rebelde, inconforme, que no tenía una conciencia política madura para la revolución, pero constituía la inmensa mayoría del pueblo. ”

“ . . . esa masa estaba sumamente irritada y descontenta; [pero] no comprendía la esencia social del problema . . . todo lo atribuía, o casi todo, a la corrupción administrativa, a las malversaciones, a la perversidad de los políticos . . . Al siste-

³⁵ Fernando Martínez Heredia. *El socialismo cubano*.

ma capitalista y al imperialismo le atribuía poca responsabilidad. . . .”

“ . . . una de las cosas claves que me enseñó el marxismo, y que también me enseñara la intuición, era que había que tomar el poder para hacer la revolución, y que por los caminos tradicionales de la política que hasta entonces se habían seguido no se llegaba a nada. . . .”

“ . . . Para mi estaba claro que había que derrocar a Batista mediante las armas y volver a la etapa anterior, al régimen constitucional. . . .”

La gente acogió con entusiasmo el triunfo de la Revolución; “el régimen de Batista era muy odiado, había cometido muchos abusos y muchos crímenes”. “Las dificultades comienzan con las primeras leyes revolucionarias. . . .”³⁶

“ . . . una de las primeras leyes. . . fue la ley de la confiscación de todos los bienes malhabidos. Todos los bienes de la gente que había robado a lo largo de la tiranía fueron confiscados. . . .”

“Lo segundo. . . fue llevar a los tribunales. . . a todos los responsables de las torturas y crímenes. . . , porque miles de personas habían muerto asesinadas y torturadas. . . .”

Después se promulgaron algunas leyes de tipo económico, como la de la rebaja de las tarifas eléctricas, (lo que) empezó a crear ciertos conflictos con empresas extranjeras”. Más tarde viene la rebaja de alquileres; ya ésta fue una ley de carácter social y económico de mucha importancia. . . .”, que culminó en la Ley de Reforma Urbana.

Junto a esas leyes se dictaron muchas otras medidas tendientes a combatir el desempleo, la discriminación y la desigualdad social.

³⁶ Fragmentos del libro *Fidel y la Religión*, Conversaciones con Frey Betto. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado. La Habana, 1985. Recogidos como apéndice en *La Estrategia Política de Fidel*, de Marta Harnecker. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1986, pp. 119, 120, 122, 128 y 130.

La Ley de Reforma Agraria “fue la primera . . . que verdaderamente estableció la ruptura entre la Revolución y los sectores más ricos y privilegiados del país . . .”

“En definitiva, lo que nosotros hicimos inicialmente fue poner en práctica el programa del Moncada . . .” Y “lo que contribuyó extraordinariamente al avance político y a la educación política de nuestro pueblo fueron las leyes revolucionarias, porque desde el primer momento el pueblo vio que había un gobierno, por fin, que era su gobierno . . .”

El programa del Moncada “. . . no era todavía un programa socialista, pero era un programa capaz de conquistar el apoyo de grandes masas . . . y la antesala del socialismo en Cuba . . .”³⁷

La revolución cubana constituye, pues, toda una nueva experiencia para América Latina, una estrategia diferente, un nuevo camino para impulsar el desarrollo, en beneficio del pueblo y no sólo de una minoría. Se trata de una revolución que se gesta en el seno mismo de Cuba y que si bien se vincula desde un principio a la Unión Soviética y otros países socialistas, porque al calor de la guerra fría, en un momento dado son los únicos que la apoyan, nunca deja de ser profundamente latinoamericana. Y el pensamiento de Fidel, que sin duda tanto contribuye a forjar la estrategia de la victoria y a sortear los graves problemas a que la revolución se enfrenta en cada fase de su desarrollo, a la vez que cubano es también latinoamericano. Y por eso es tan valioso para entender aspectos fundamentales de la problemática global de nuestra América.

Todos conocemos, por ejemplo, el oportuno y penetrante planteo que hace el comandante Castro acerca de la carga que entraña la deuda externa de nuestros países y la imposibilidad de pagarla. Sobre la actual crisis observa:

“Se ha ido creando una tremenda crisis económica y so-

³⁷ Ibid. pp. 130, 131, 132, 133, 134, 137 y 126.

cial en América Latina, la más grave de toda su historia, mucho más grave que la de los años treinta.”

“...la América Latina está perdiendo ya cada año alrededor de 70 000 millones de dólares, de ellos... 45 000 en dinero sustraído ilegítimamente mediante manipulaciones monetarias y por el tipo de relaciones económicas que existe entre el mundo desarrollado y los países subdesarrollados. ¿Cuáles son esos 45 000 millones?... 20 000 por intercambio desigual; 10 000 por fuga de divisas; 10 000 por exceso de intereses y 5 000 por sobrevaluación del dólar. Es el más grande saqueo... que ha existido en la historia de la humanidad...”. “El colonialismo jamás saqueó en los siglos pasados a los países de esta forma...”³⁸

“...Los países desarrollados —añade Fidel— y fundamentalmente los países occidentales...”, no han respondido a la crisis que sufre América Latina. No lo han hecho por diversas causas: por indiferencia, indolencia y despreocupación real; por inconciencia e irresponsabilidad; por egoísmo, y porque se han acostumbrado a un sistema de privilegios.³⁹

“El subdesarrollo no es, desde luego —agrega Fidel— la única causa de la miseria de las masas, pues a esto se suman muchos casos de explotación del pueblo por las oligarquías reaccionarias y las burguesías nacionales. La solución exige no sólo el cese del intercambio desigual, sino también la supresión de toda forma de explotación del hombre por el hombre.”⁴⁰

Pero el alcanzar todo eso no es fácil. “El conjunto de los países subdesarrollados no formamos, desde luego, un todo homogéneo. Algunos se oponen al imperialismo y luchan con-

³⁸ Fragmentos de *Un encuentro con Fidel*. Entrevista realizada por Gianni Miná. La Habana, 1988. pp. 30, 131 y 134.

³⁹ *Ibid.* pp. 157-58.

⁴⁰ Fidel Castro. *Problemas Actuales de los países Subdesarrollados*. La Habana, 1979. p. 96.

tra él, otros en cambio están muy cerca del imperialismo e incluso en muchos casos actúan como aliados suyos... De ahí lo difícil de elaborar una política común que vele por los mejores intereses de nuestros pueblos...⁴¹

Habiéndose mantenido en el poder y defendiendo firmemente tales posiciones, la revolución cubana ha sido a menudo el blanco preferido de los Estados Unidos, un blanco contra el que se ha lanzado, entre otras armas, una sucia y permanente campaña de desprestigio, a base de mentiras y calumnias. A Cuba se la presenta como un país totalitario que no respeta los derechos humanos e interviene ilegalmente en los asuntos internos de otros pueblos. Y si bien confunden probablemente a muchos con tal propaganda, el pueblo cubano y sus dirigentes se han mantenido firmes y no se han dejado amedrentar. “Los imperialistas —dice Fidel— intentan ridículamente presentar a nuestro país como un régimen de fuerza... Efectivamente hay fuerza, pero la fuerza no está en las armas, ni en las leyes ni las instituciones del Estado; está en el pueblo, en las masas, en las convicciones revolucionarias y en la cultura política de cada ciudadano. La fuerza no está en la mentira ni en la demagogia, sino en la sinceridad, la verdad y la conciencia. Las armas además las tiene el pueblo y con ellas defiende la revolución, sin torturas, sin crímenes, sin batallones de la muerte, sin desaparecidos, sin ilegalidades ni arbitrariedades, como ocurre a diario en los países doblegados al imperialismo para mantener regímenes reaccionarios de injusticia y opresión...⁴²

El pensamiento de *Ernesto Che Guevara* es también profundo y esclarecedor. Desde muy joven repara en que el imperialismo deforma gravemente nuestras economías; su acción “...da por resultado una economía monstruosamente distorsionada... , es decir, el subdesarrollo.”

⁴¹ *Ibid.* p. 110.

⁴² *Un Encuentro con Fidel...* pp. 202 y 203.

“¿Qué es subdesarrollo?”

“Un enano de cabeza enorme y tórax henchido es ‘subdesarrollado’ en cuanto a que sus débiles piernas o sus cortos brazos no articulan con el resto de su anatomía; es el producto de un fenómeno teratológico que ha distorsionado su desarrollo. Esto es lo que en realidad somos nosotros... en verdad países coloniales, semicoloniales o dependientes... , países de economías distorsionadas por la acción imperial...”

Guevara advierte y examina en varios textos los múltiples medios —económicos y financieros, tecnológicos, políticos y diplomáticos, sociales y culturales— que el imperialismo emplea para mantener a nuestros pueblos en el atraso y el subdesarrollo. Comprende claramente que la defensa hoy en boga del “mercado libre” y de la “libre empresa” representa en realidad apoyo a los monopolios, a los que con frecuencia tienen que financiar nuestros países.” “Libre competencia —comenta el Che— para los monopolios —y añade— zorros libres entre gallinas libres...”⁴³

Guevara sabe que sin estrategia y una táctica correctas, basadas en el conocimiento riguroso de la realidad en que se actúa, no es posible la liberación. “Nosotros —escribe— hemos tomado el poder político, hemos iniciado nuestra lucha por la liberación con este poder... El pueblo no puede soñar siquiera con la soberanía si no existe un poder que responda a sus intereses y sus aspiraciones...”⁴⁴

“El poder es el objetivo estratégico *sine qua non* de las fuerzas revolucionarias y todo debe estar supeditado a esta gran consigna. Los procesos electorales pueden ser importantes, pero la lucha no puede, desde luego, limitarse a ellos... el poder es el instrumento indispensable para aplicar y desarrollar el programa revolucionario, pues si no se alcanza el po-

⁴³ Ernesto Che Guevara. *Escritos y Discursos*. La Habana, 1977, tomo 9, pp. 28 y 348.

⁴⁴ *Ibid.* pp. 255, 256 y 298.

der, todas las demás conquistas son inestables, insuficientes, incapaces de dar las soluciones que se necesitan. . . .”⁴⁵

El Che concibe la liberación como una dura y larga lucha. El “. . . no piensa desde luego como lo hacen los reformistas: que la liberación se logrará bajo el capitalismo, y menos bajo un capitalismo subdesarrollado y deforme como el que nuestra América padece, y tampoco cree en un capitalismo independiente como la perspectiva viable, a estas horas, para América Latina.” “Marx concibió el socialismo —escribe— como el resultado del desarrollo. Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo.”⁴⁶

Guevara sabe que nos enfrentamos a un enemigo poderoso, pero no invencible. Sabe que ello nos obliga a proceder con responsabilidad, a partir de realidades concretas no de ilusiones, pero también a actuar con decisión y aun con audacia. El protagonista central de esa lucha son los propios pueblos, que al decidirse a librarla deben comprender que en ella no puede haber vacilaciones ni términos medios, sino la decisión de llevarla adelante hasta el final, pues ésta es “la forma de triunfar”.

Quienes ven al Che sólo como un idealista que incluso no advierte la verdadera dimensión de los obstáculos a vencer, seguramente no conocen a fondo su pensamiento, a menudo singularmente crítico e incisivo. Lo que ocurre es que él no ve la realidad como un dato dado e invariable, sino como algo que el hombre, quien en última instancia hace su historia, puede cambiar. Pero esto desde luego requiere altos niveles de organización y de conciencia. La conciencia revo-

⁴⁵ Ernesto Guevara. *Táctica y Estrategia de la Revolución Latinoamericana*. México, 1977, p. 63 y Escritos y Discursos, ya citado, tomo 9, p. 33.

⁴⁶ Fernando Martínez Heredia, *El Che y el Socialismo*. México, 1989, p. 119. Citado por Alonso Aguilar M., en “Martí y el Che en la lucha por la liberación de nuestra América”. *Estrategia*. No. 89. México, septiembre-octubre de 1989. p. 90.

lucionaria y su importantísimo papel, en particular, son temas a los que el Che vuelve una y otra vez, pues los considera fundamentales sobre todo en países subdesarrollados como los nuestros, en los que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es, en general, bajo; “. . . la conciencia —dice— es una fuerza real *con la que sí contamos*, una fuerza que tiende a crecer y reproducirse si el trabajo revolucionario es eficaz...”⁴⁷

“En resumen, —como señalamos en otra reflexión— el pensamiento antimperialista del Che... tiene una continuidad dialéctica como la del propio proceso histórico. En cada fase de la lucha por la liberación adopta formas diferentes y se expresa en categorías de diverso alcance.

Pero la esencia de la lucha es fundamentalmente la misma: de lo que se trata es de acabar, en definitiva, con la explotación del hombre por el hombre. Y para lograrlo, en cada fase del proceso hay que hacer lo necesario para abrir y recorrer con éxito la siguiente. Lo que supone no sólo una estrategia correcta sino una visión teórico-histórica de largo plazo, en la que en ningún momento se desdibuje o deje de tenerse en cuenta el objetivo final.”⁴⁸

Fidel y el Che son dos grandes figuras de la revolución latinoamericana, ambos mundialmente conocidos y el segundo, por la forma en que vivió y en que murió, incluso una leyenda. Mas lo cierto es que como sucede con otros destacados dirigentes de las luchas de nuestros pueblos que sin duda son a la vez pensadores profundos, en nuestros centros académicos, en el movimiento de masas e incluso en organizaciones políticas progresistas poco se conoce ese importante aspecto de su vida y su obra, y aun muchos estudiantes de ciencias sociales, de aquellos que tanta atención suelen prestar a autores extranjeros de cuarta o quinta fila, probable-

⁴⁷ Fernando Martínez. *Ob. Cit.* p. 70

⁴⁸ Alonso Aguilar M. *Martí y el Che... Ob. Cit.* pp. 91-92.

mente los ignoran. Lo que deja ver cuánto tenemos que rescatar de nuestra cultura y nuestra historia.

Desde los años sesenta y sobre todo desde la primera mitad de los setenta, el intento de abrir nuevos caminos a la lucha de nuestros pueblos concita la hostilidad del enemigo. En 1964 es derrocado en Brasil el gobierno progresista de Goulart; al año siguiente, ante lo que la OEA considera una "revuelta subversiva" encabezada por el coronel Francisco Caamaño en la República Dominicana, ésta es invadida por una fuerza militar norteamericana. Poco después caen otros gobiernos constitucionales y, en general, ante el reclamo de cambios democráticos las clases en el poder responden con la violencia e instalan, en un país tras otro, dictaduras militares.

Las condiciones en que esto se hace en Chile son especialmente dramáticas, pues ahí había triunfado electoralmente el gobierno de unidad popular presidido por el doctor *Salvador Allende*. Y aunque su vida fue breve, tanto el Programa de la Unidad Popular como los profundos cambios realizados en menos de tres años y el aporte personal del doctor Allende y de varios de sus principales colaboradores, son valiosas contribuciones al desarrollo del pensamiento latinoamericano.

El Programa de la Unidad Popular pretende ser el medio a través del cual el pueblo chileno conquiste el poder. En septiembre de 1970, Salvador Allende triunfa en las elecciones, lo que hace posible que encabece el gobierno; pero el poder está todavía lejos, en manos de una minoría burguesa que inclusive está dispuesta a retenerlo por la fuerza.

La victoria popular de Allende y los cambios progresistas que el nuevo gobierno auspicia, hacen de Chile un país ejemplarmente democrático. Como lo había anunciado el Programa, "...la libertad de conciencia, de palabra, de prensa y de reunión, la inviolabilidad del domicilio y los derechos de sin-

dicalización y de organización...”, se respetan como nunca antes. Casi de inmediato, las organizaciones populares más diversas empiezan a participar en la toma de decisiones en sus diversos campos, y la presencia del pueblo comienza a dejarse sentir en el gobierno, el que a su vez amplía grandemente la base social en que se sustenta.

Junto a lo que de hecho significa un nuevo sistema político, empieza también a abrirse paso una nueva economía. En una primera fase se nacionalizan la gran minería del cobre, la banca privada, el comercio exterior y varias grandes empresas, hasta entonces monopolistas, que tienen importancia estratégica y que hacen del área estatal la dominante, aunque a su lado quedan numerosas empresas privadas y un sector de propiedad mixta.

El programa anuncia una reforma agraria que hasta entonces sólo se había realizado parcialmente y con grandes limitaciones, que contribuya a modernizar la agricultura, a impulsar el desarrollo industrial y a democratizar el campo. Y en cuanto al desarrollo económico en conjunto se destaca el propósito de acelerar el crecimiento, elevar el nivel de empleo, mejorar el reparto de la riqueza y el ingreso, lograr mayor estabilidad y liberar a Chile de la subordinación al capital extranjero, todo lo cual se espera redunde en un mejor nivel de vida material y cultural del pueblo, así como en mayor independencia nacional y un reforzamiento de la solidaridad latinoamericana.

“Nuestro país inicia así —diría Clodomiro Almeyda unos meses más tarde ante la OEA— conforme a su peculiar condición nacional y a su tradicional vocación democrática, una difícil y promisoría experiencia social, destinada a vencer el subdesarrollo, romper su dependencia, remover los obstáculos que dificultan el despliegue de sus fuerzas productivas y lograr finalmente... formas superiores y más justas de convivencia colectiva...”

“La cabal realización de esta política exige y supone, en

el contexto internacional, la plena vigencia de los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos...’’⁴⁹

Pero la seriedad de las reformas, el impulso a la democracia y el reclamo de respeto a la soberanía de Chile provocan creciente hostilidad del enemigo. Los poderosos intereses extranjeros no reconocen el derecho del pueblo chileno a disponer de sus más valiosos recursos como el cobre y tratan de hacer fracasar la política del nuevo gobierno. La *International Telegraph and Telephone* y otras grandes empresas transnacionales hacen todo lo que está a su alcance para que se ejerza presión sobre el gobierno popular y se desestabilice la economía. Los cambios en proceso alarman a los grupos más conservadores que explícitamente intentan defender el viejo orden de cosas y preservar sus privilegios, y todos esos intereses, a la postre se imponen y logran que el ejército, pese a su tradición de respeto a la ley y a las instituciones republicanas pero en cuya dirección pesan grandemente unos cuantos generales reaccionarios, recurra a la violencia, rompa la legalidad y decida asesinar al presidente constitucional y derrocar al gobierno de la unidad popular.

Momentos antes de morir, Salvador Allende envía a su pueblo un último mensaje, de hecho su testamento político. Y esas breves y conmovedoras palabras enriquecen, sin duda, el pensamiento de nuestra América.

“La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada...”

“Es posible que nos aplasten, pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores...”

“...Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos...”

“...¡Yo no voy a renunciar! ...pagaré con mi vida la lealtad del pueblo ... tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no

⁴⁹ Clodomiro Almeyda. *Liberación y Facismo*. México, 1979, pp. 31 a 33.

podrá ser cegada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

“Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse ...mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pasa el hombre libre, para construir una sociedad mejor...”⁵⁰

La experiencia chilena deja inapreciables enseñanzas. La represión en que se sostienen las dictaduras en varios países impone un alto precio, cancela la libertad de pensar y obliga a numerosos intelectuales a abandonar su patria y a emigrar a lugares lejanos. Y si bien esto es desgarrador y lamentable, y detiene y aun impide la investigación en centros como Santiago, Buenos Aires y Montevideo, en más de un sentido contribuye, sin embargo, a reapreciar desde una nueva perspectiva la realidad regional e incluso no pocos viejos problemas. La ciudad de México, en particular, al recibir a centenares de estudiosos de casi todos los países victimados por los regímenes militares se convierte en un gran centro cultural latinoamericano, en el que a menudo por primera vez trabajan en común a esa escala, intelectuales que proceden de muy diversos países y que intercambian valiosas experiencias. La Habana y Caracas acogen a otros latinoamericanos en el exilio, y juegan también un papel importante en ese proceso que, de nuevas a inesperadas maneras, impulsa el desarrollo de nuestro pensamiento y nos ayuda a conocer mejor lo que es propio de cada país y, a la vez, a cobrar conciencia de la dimensión latinoamericana de las tareas fundamentales a acometer.

Pero los acontecimientos más importantes de los últimos

⁵⁰ Salvador Allende. *Discursos*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1975. pp. 592 a 594.

años son, por un lado el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, la consolidación del movimiento revolucionario en El Salvador, la resistencia y la unificación de las fuerzas revolucionarias guatemaltecas y colombianas, la derrota de las dictaduras militares en varios países y los recientes movimientos populares que afloran sobre todo en Panamá, México, Brasil y Venezuela, y desde luego el generoso aporte internacionalista de la revolución cubana, tan importante para consolidar el gobierno popular de Angola y para hacer posible, después de la histórica victoria de Cuito Canavale sobre las tropas sudafricanas, la independencia de Namibia.

Ante la imposibilidad de detenernos y destacar siquiera lo más importante de tales hechos al menos recordaré, en sólo unos párrafos, lo que significa la revolución nicaragüense.

La lucha de los pueblos centroamericanos se intensifica en los últimos decenios. Ello ocurre sobre todo en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, en respuesta a las duras condiciones económicas que impone el atraso y el subdesarrollo y a las no menos duras formas de dominación propias de los regímenes, casi siempre autoritarios y a menudo tiránicos, que se suceden en el poder.

El triunfo concretamente, de la revolución en Nicaragua, toma por sorpresa al enemigo. Aún en vísperas de que se produzca, aquél considera que las fuerzas revolucionarias son militarmente débiles, que están divididas, que carecen de preparación y que el gobierno somocista cuenta no sólo con el ejército sino con una base social de apoyo suficientemente amplia.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional que dirige el movimiento revolucionario desde principios de los años sesenta, forja una estrategia y una línea de acción que desborda a los grupos liberal-conservadores tradicionales. Durante esos años consolida su organización política y militar, y, como dice Humberto Ortega, "... acumula fundamentalmente autoridad moral, abnegación, ejemplo, tenacidad, para

poder llegar con ello a las masas y ...organizarlas, para que las masas tengan confianza en su vanguardia...’’⁵¹

El Frente Sandinista tiene profundas raíces nacionales. Así como la revolución cubana, y concretamente Fidel, descubren la riqueza revolucionaria y la vigencia del pensamiento de Martí, el Frente y Carlos Fonseca advierten que Augusto Cesar Sandino no es sólo un precursor sino en cierto modo el punto de partida y un singular ejemplo de la lucha de liberación del pueblo nicaragüense, un hombre cuyo valor y decisión se hacen presentes muchas veces, como aquella en que al pedirle el almirante norteamericano D.F. Sellers que si quiere servir a su patria abandone la lucha, Sandino responde: “el ...patriotismo a que usted apela es el que me ha mantenido repeliendo la fuerza con la fuerza, desconociendo en absoluto toda intromisión del gobierno de usted en los asuntos interiores de nuestra nación, y demostrando que la soberanía de un pueblo no se discute sino que se defiende con las armas en las manos.”⁵²

Sandino es un hombre sencillo del pueblo, al decir de Fonseca: un “obrero de procedencia campesina”. Pero su posición revela que comprende los complejos problemas que plantea la lucha revolucionaria. “El ejemplo estratégico sandinista, como observa Fernando Carmona, está lleno de enseñanzas para los pueblos hermanos de nuestra América, en la acción sobre las contradicciones objetivas, el tratamiento de las contradicciones de las fuerzas revolucionarias, la relación con el pueblo católico, la formación de alianzas... la conjugación de lo político, lo ideológico y lo militar y de la actividad local, nacional e internacional.”⁵³

Bastaría recordar algunos aspectos de su ideario para com-

⁵¹ Augusto C. Sandino, Carlos Fonseca, FSLN. *Nicaragua: la estrategia de la victoria*. México, 1980.

⁵² *Ibid.* p. 65

⁵³ *Ibid.* p. 8

probarlo. Por ejemplo Carlos Fonseca destaca, entre otras, estas ideas:

- La libertad no se conquista con flores, sino a balazos;
- Estamos solos... Nuestros enemigos no serán de hoy en adelante las fuerzas del tirano, sino los marinos del imperio más poderoso que la historia ha conocido...
- El dinero norteamericano... compra gentes e impone influencias...
- (Que) sepan los yanquis el respeto que se debe a la libertad de los pueblos;
- A los campesinos nada les hemos quitado... Si fuésemos bandidos toda Nicaragua estaría en nuestra contra...
- En nuestra propia casa estamos luchando por nuestros derechos inalienables...
- (Es necesario)... conseguir la alianza entre nuestros hermanos de Hispanoamérica;
- Para destruir a la injusticia ha sido necesario atacarla...
- ...que cada uno dé lo que tenga. Que cada hombre sea hermano y no lobo;
- No obedezcáis una sola orden de los marinos en la farsa de las elecciones. Nadie tiene obligación de ir a las urnas ni hay ley que compela a eso. Hacedos dignos de la libertad y merecedores de ella.
- Mientras Nicaragua tenga hijos que la amen, Nicaragua será libre;
- No abandonaré mis montañas mientras quede un gringo en Nicaragua... Mi causa es la causa de mi pueblo, la causa de América, la causa de todos los pueblos oprimidos;
- Los hombres dignos de la América Latina debemos imitar a Bolívar, Hidalgo, San Martín y los niños mexicanos que el 13 de septiembre de 1847 cayeron acri-

billados por las balas yanquis en Chapultepec y sucumbieron en defensa de la patria y de la raza antes que aceptar sumisos una vida llena de oprobio y de vergüenza. . . .”

“ . . . el gran sueño de Bolívar está todavía en perspectiva. Las grandes ideas, las ideas todas, tienen sus etapas de concepción y perfeccionamiento. Yo no se cuando podrá realizarse esto. Pero nosotros iremos poniendo las piedras. Tengo la convicción de que este siglo verá cosas extraordinarias.”

“ . . . yo creí, al meterme en esta empresa, que no saldría nunca de ella sino muerto. Consideré que eso era necesario para la libertad de Nicaragua y para levantar la bandera de la dignidad de nuestros pueblos indohispánicos.”⁵⁴

Tomás Borge recuerda que en alguna ocasión, Carlos Fonseca, decía: “Sandino es una especie de camino. Sería una ligereza reducirlo a la categoría de una efemérides más . . . Creo que es importante estudiar su pensamiento . . .” Y Víctor Tirado, escribe: “Sandino era una fuente valiosísima de experiencias políticas y militares. Había dejado muchas enseñanzas, entre otras la de que era preciso, indispensable, construir una vanguardia revolucionaria, una corriente independiente de las oligarquías nativas que se agrupaban en los llamados partidos históricos . . .” “Creo y estoy plenamente convencido . . . —añadía— que al convertir al sandinismo en la doctrina del Frente, Carlos (Fonseca) dio con la clave y la originalidad de la revolución nicaragüense . . .”

El intento de dar vida a una nueva Nicaragua está, en efecto, ligado estrechamente a la lucha y al pensamiento político de Sandino. Tan sólo este último deja, sin duda una rica herencia, de la que uno de los dirigentes del FSLN muerto en

⁵⁴ Carlos Fonseca Amador. Ideario Político del general Augusto César Sandino, en Nicaragua: la estrategia de la victoria... pp. 82 a 100.

combate en 1978, José Benito Escobar, destaca como algunas de sus principales contribuciones:

1. El establecimiento de un gobierno popular e independiente;
2. La cooperativización de la tierra en beneficio de quien la trabaja;
3. La supresión de los trabajos lesivos a la soberanía nacional;
4. La integración de organismos continentales que velen por los intereses latinoamericanos, sin la intromisión norteamericana ni de ninguna otra potencia extranjera;
5. El rescate de las riquezas y recursos naturales en beneficio de las grandes masas;
6. El respeto a los valores nacionales;
7. El mantenimiento de un ejército del pueblo.⁵⁵

Escribo estas páginas unos meses después de que el FSLN sufrió una inesperada y dramática derrota electoral, y cuando las fuerzas conservadoras apoyadas por los Estados Unidos encabezan el gobierno y retoman importantes posiciones en la nueva estructura de poder. Pese a los grandes avances que la revolución hizo posibles, la penosa situación creada por la intervención extranjera por casi diez años de una guerra que llevó la muerte a millares de familias nicaragüenses, por el sabotaje, la inevitable y profunda crisis económica, la inflación incontenible, el deterioro en el nivel de vida y aun la miseria del pueblo, y por la propaganda insidiosa y diaria del enemigo, acabó por imponerse, y la mayoría de los electores votaron en favor de un cambio, pensando quizás que en tales condiciones sólo sería posible si apoyaban a quienes podían restablecer la paz e incluso obtener ayuda de Estados Unidos y otros países.

⁵⁵ *Nicaragua: la estrategia de la victoria...* pp. 104, 124-25, 73 y 74.

Los sandinistas, en las elecciones de febrero, perdieron una importante batalla. Pero siguen siendo una fuerza política de primer orden, en más de un sentido incluso la principal, la más conciente y mejor organizada. Y la revolución, pese a las graves limitaciones y obstáculos a que tuvo que hacer frente, lejos de ser sólo un hecho del pasado, es parte fundamental de la Nicaragua de hoy, esto es de un país pequeño, pobre y golpeado por la adversidad, pero que desde luego no es la Nicaragua tiránica de Anastasio Somoza.

Seguramente muchos ven a la revolución nicaragüense como un fracaso, como un intento fallido y aun como demostración de que los cambios fundamentales a que se aspiraba no pudieron, a la postre, realizarse. Lo cierto es que, pese a todo, lo hecho fue importante y, en su conjunto, la experiencia vivida sumamente rica y una que aporta al resto de Latinoamérica valiosas enseñanzas.

El investigador Xabier Goroztiaga, que vive en Nicaragua desde hace años y que conoció de cerca el proceso, en un artículo publicado en vísperas de las elecciones de febrero, destaca cinco legados del sandinismo, sin duda significativos.

El primero: "La posibilidad del cambio en el tercer mundo existe, incluso en los países más pequeños de la periferia. . . , el cambio es posible, pero sumamente costoso y difícil.

El segundo: "El proyecto original . . . tuvo que enfrentarse a realidades no previstas . . . , que se impusieron a la ideología y al diseño revolucionarios . . ."

El tercer legado: ". . . los principios de no intervención y autodeterminación, han ganado mayor vigencia después de su constante violación en Nuestra América . . ."

El cuarto: La agresión norteamericana ". . . provocó una mayor hegemonía popular en Nicaragua, (así como) . . . un aumento de la legitimidad . . . por su proyecto de autonomización y cambio . . ."

Y el quinto legado consiste en que "Nicaragua ha provocado la solidaridad . . . (y) se ha convertido en una de las pla-

taformas de pensamiento . . . tercermundista en medio de la guerra y de la penuria . . .”⁵⁶

En cuanto a los componentes ideológicos del sandinismo, el propio autor señala, como los principales, los que siguen:

1) La lógica de las mayorías contra la del capital y del crecimiento; 2) Un nuevo sujeto histórico: las grandes masas oprimidas y empobrecidas, pero organizadas y movilizadas, que comprenden toda clase de trabajadores y pequeños productores y comerciantes, campesinos, jóvenes y mujeres; 3) La capacidad para hacer trabajar conjuntamente a quienes tienen ideologías diferentes. “La convergencia entre nacionalismo, cristianismo y marxismo es un típico aporte sandinista.”

Y como elementos estructurales de la revolución, Goroztiaga menciona la economía mixta, el pluralismo político, el no alineamiento y la democracia participativa, que desde luego tiene un mayor alcance que la democracia meramente electoral y sienta las bases para movilizar y organizar a la población “en un país históricamente sometido y subdesarrollado . . .” Todo lo cual lo lleva a concluir que “La revolución sandinista no es sólo una revolución sociopolítica: es una revolución cultural donde no sólo Nicaragua sino Centroamérica, ha recuperado su dignidad e identidad de pueblo propio . . .”⁵⁷

Creemos que, aun después de la derrota sufrida por el sandinismo en las últimas elecciones, es válida la afirmación anterior. Pero también es cierto que lo ocurrido en Nicaragua, en Panamá y la forma en que en otros países se expresa la actual crisis y se lesiona la soberanía de nuestros pueblos, comprueban que nos enfrentamos a una situación excepcionalmente difícil y en la que el enemigo, actuando casi siempre

⁵⁶ Xabier Goroztiaga. “Legados, retos y perspectivas del sandinismo”. *Nueva Sociedad*, No. 104. Noviembre-diciembre de 1989, Caracas, pp. 24, 25, 26 y 27.

⁵⁷ *Ibid.* pp. 28, 29 y 38.

al margen de la ley, ha logrado triunfos significativos. Esta es la realidad, el nuevo y complejo escenario en el que se desenvuelve nuestra vida. Y a ella y a sus exigencias insoslayables tenemos que enfrentarnos.

LA REALIDAD DE HOY

La situación a estas horas, o sea al abrirse el último decenio del siglo y del milenio, no es siquiera la de hace unos meses. Las cosas están cambiando con rapidez inusitada y desconcertante. Este es el primer desafío al que es preciso responder.

Subestimar los cambios recientes; restarles significación y creer que no alteran el estado de cosas hasta aquí prevaiente sería un grave error. Y si bien no debieran tampoco exagerarse, lejos de repetir lo que hasta aquí podamos haber pensado, a nuestro juicio es necesario partir de tales cambios y no de las situaciones previas, tratar de entender su verdadero alcance, su naturaleza, sus causas, la dirección en que se desenvuelven, los obstáculos con que tropiezan y sus perspectivas.

Pues bien, ¿qué aspectos fundamentales de la realidad debemos examinar y comprender a fondo? Podrían mencionarse decenas de cuestiones de innegable interés. Pero me limitaré a señalar sólo unas cuantas que, en verdad, parecen esenciales.

El proceso de globalización y modernización

Una primera que es preciso esclarecer se refiere a la verdadera naturaleza y alcance de este proceso de "globalización" mundial de que tanto se habla, de si están o no en acción nuevas leyes y en su caso, cómo operan; si en efecto quedan atrás la dependencia y la dominación ante el empuje de una

nueva interdependencia, y si la modernización a la que, se dice, nadie puede sustraerse, debe desenvolverse en la dirección en que lo ha hecho hasta ahora porque así lo exigen la historia, la ciencia y la tecnología, o más bien porque eso conviene a los países dominantes y al capital trasnacional, en cuyo caso sería legítimo y hasta impostergable pensar en una división internacional de trabajo diferente, en un nuevo orden de cosas y en una estrategia de modernización alternativa, de la que, en rigor, todavía carecemos.

Sin intención de debatir aquí tan complejas cuestiones que sin duda reclaman reflexión profunda y estudios rigurosos, podría decirse que parece indudable que está en marcha un proceso de "globalización" o "mundialización" cuya intensidad supera todo lo que hasta aquí conocimos.

Quienes con más entusiasmo subrayan la importancia y el carácter esencialmente positivo de tal proceso, aseguran que el mundo, hasta aquí dividido y parcelado, se dispone a ser uno solo en el que las partes se integren armoniosamente al todo; a abrir las fronteras a un intercambio verdaderamente libre en el que mercancías, fuerza de trabajo, capitales y servicios se trasladen de un país a otro sin restricción alguna. De lo que se trata es de romper el aislamiento, entender que los espacios nacionales son ya estrechos e insuficientes, y que al amparo de la libre competencia lograremos conquistar nuevos mercados, modernizarnos tecnológicamente, elevar nuestra eficiencia y acercarnos así, por fin, a los niveles de ingreso y de vida de los países industrializados, con los que nos separa una brecha que se antojaba inzanjable.

A nuestro juicio, lejos de que las más estrechas relaciones entre los países que forman la comunidad internacional sean fruto de una creciente capacidad colectiva para abrir paso a nuevas, equitativas y racionales formas de intercambio y aun de desarrollo e integración nacional y regional, resultan sobre todo de la internacionalización de capital, fenómeno ya presente en las postrimerías del siglo XIX, que se acentúa en

los años de la primera guerra mundial y que después de la Segunda Guerra y especialmente en los últimos dos decenios de crisis y rápidos cambios tecnológicos, cobra un impulso sin precedente.

Debido a ello, en realidad no estamos frente a una situación en la que incluso los países económicamente más débiles, o siquiera en conjunto los del llamado Tercer Mundo tengan fácil acceso a otros mercados y en particular al de las grandes naciones industriales. Lo cierto es que son unos cuantos países subdesarrollados aquellos que pueden aprovechar parcialmente la supuesta globalización, y ello porque el despliegue del capital trasnacional y su extensión hacia las nuevas plataformas de exportación del Tercer Mundo, hacen que desde ahí se pueda impulsar la producción maquiladora y el intercambio comercial, y porque algunos grupos monopolistas locales —casi siempre los más poderosos y a menudo también asociados a capital extranjero—, consolidan su dominio en diversas actividades y se convierten en exportadores e importadores de significación.

O sea que, curiosamente, más que una situación en la que los numerosos países antes relativamente aislados se integren con obvias ventajas a una nueva fuerza dinamizadora que los lance a navegar en los siete mares, como otras veces en que los países más fuertes enarbolaron la bandera de la libertad comercial, ahora vuelven a ser también sus intereses los dominantes, y la internacionalización consiste, sobre todo, en el propósito del capital trasnacional y de los grandes imperios de los que procede, de remover barreras, cubrir mayores espacios, conquistar nuevos mercados, promover intercambios que les son favorables, invertir capitales en busca de crecientes ganancias y reestructurar la economía internacional y el mercado mundial como más les convenga.

En tales condiciones, la globalización de que tanto y tan apologeticamente se habla, más que superar la dependencia y la dominación, las consolida y afirma, pues bajo cierta in-

terdependencia los países más poderosos, a través de sus grandes empresas transnacionales, sus gobiernos, sus bancos y otros mecanismos que, en un momento dado no excluyen el uso de la violencia, mantienen una injusta división internacional del trabajo, en la que sin importarles la soberanía de los países económicamente más débiles, unilateralmente determinan la forma en que éstos deban insertarse en la economía internacional y el nuevo y siempre subordinado papel que les corresponde jugar en ella. Tal situación supone y exige cambios. La economía internacional de hoy no es, desde luego, la de antes. La respuesta, en particular de los países subdesarrollados, a los nuevos retos, no puede tampoco ser la misma. La internacionalización, vista como capacidad cada vez mayor del capital transnacional para, a partir de un gran poder económico y una nueva y costosa tecnología moverse a grandes distancias, establecerse en nuevos sitios, reorganizar y aun romper la unidad geográfica de los procesos de trabajo, reubicándolos y fragmentándolos como resulte mejor para obtener más altas tasas de ganancias, sin duda es un proceso al que, concretamente en países como México —tan cerca de los Estados Unidos—, no es fácil enfrentarse, y menos ahora en que la apertura hacia el exterior y el otorgamiento de crecientes facilidades al capital extranjero se señalan como necesarias para que nuestra economía se modernice.

El propio proceso de modernización, cuyo alcance exagera la clase en el poder, es un hecho que requiere un serio examen. Porque si bien es cierto que la crisis y el bajo nivel de las tasas de acumulación lo limitan, también lo es que la propia crisis y el intento de salir de ella impulsan la reestructuración del capital, ciertos avances tecnológicos y la reorganización de la producción.

La modernización, desde luego, no se lleva a cabo con la facilidad y rapidez que algunos sugieren. En el caso, por ejemplo, de México se realiza de manera desigual; se concentra, sobre todo, en ciertas actividades; de hecho sólo está al al-

cance de las grandes empresas y de los grupos más poderosos; con frecuencia no se expresa en la rápida incorporación de nueva tecnología sino más bien en reajustes corporativos que fundamentalmente tienden a desemplear trabajadores y a elevar las tasas de explotación y de ganancia, y desde luego, el grueso de las empresas medianas y pequeñas queda al margen de ella o sólo moderniza aspectos parciales y secundarios. Lo que quiere decir que la modernización se lleva a cabo en condiciones muy desiguales y exhibiendo grandes contrastes.

Las actividades controladas por el capital monopolista sobre todo extranjero se modernizan, en general, mucho más que las nacionales y las no monopolizadas, tanto en la industria como en el comercio y los servicios, destacando en particular aquéllas que hacen cuantiosas nuevas inversiones y se orientan hacia la exportación. La modernización se advierte sobre todo en las grandes ciudades y también en algunas intermedias que crecen de prisa, situación que contrasta con el atraso del campo, y aun el rezago de las zonas de riego más importantes. En las propias ciudades, junto a ciertos signos de avance no es difícil notar la insuficiencia y las condiciones del todo insatisfactorias de múltiples servicios urbanos, lo que resulta de las políticas fiscales en boga, empeñadas desde hace años en buscar la reducción del déficit presupuestal a través, sobre todo, de un menor gasto público y en particular, social. Lo que por cierto no sólo afecta la prestación de servicios básicos tanto urbanos como rurales sino que pone de relieve que, en plena modernización se reduce el gasto en educación, investigación científica y tecnológica y desarrollo del sistema universitario. Para ilustrar lo que aquí acontece bastaría recordar que disminuye el gasto sensiblemente en proporción al PIB así como el gasto per cápita y el salario real de investigadores y profesores, en los centros de educación media y superior.

En fin, la modernización de que tanto se habla en la eco-

nomía, no se expresa en aspectos fundamentales de la vida política, social y cultural. Y aunque el gobierno actual de México, por ejemplo, se instaló prometiendo una política "moderna", lo cierto es que el sistema político del país se antoja ya del todo anacrónico. En efecto, entre otros rasgos le distinguen un presidencialismo autoritario que permite incluso que sea el presidente de la República —y no el pueblo— el que elija y de hecho imponga a su sucesor; un poder legislativo sin independencia e incluso sin capacidad para cumplir sus principales funciones; un partido de Estado que opera en condiciones privilegiadas y aun contrarias a la Constitución; un régimen electoral antidemocrático, que en la práctica favorece al gobierno y al partido oficial, que adolece de serias fallas y en el que, en una dosis difícil de precisar pero innegable, se recurre a la arbitrariedad y aun el fraude; un control gubernamental de buena parte del movimiento sindical y de otras organizaciones de masas y un régimen en el que las decisiones se toman burocráticamente y el pueblo ni siquiera participa al menos en aquellas que más le afectan, mientras los empresarios más poderosos e influyentes, que gustan repetir que son ajenos a la política, intevienen, en cambio, en asuntos de especial importancia que los altos funcionarios públicos se han acostumbrado a consultar con ellos.

Pese a esas y otras limitaciones, la modernización, que desde luego no es privativa de este momento, está presente, y aun con las restricciones de los últimos años ha sido la causa principal de múltiples cambios en las telecomunicaciones, en la microelectrónica y la computación, en la automatización y, en general, en el proceso de trabajo, que a su vez afectan y modifican la estructura del capital y del empleo, el nivel y la composición de la producción y el uso de materiales y fuentes de energía.

Pero lo que también es cierto es que la modernización ha contribuido a acentuar la dependencia y a desnacionalizar, sobre todo a los países económicamente atrasados; a una ma-

yor concentración de la riqueza y el ingreso que tiene como contraparte el creciente empobrecimiento de millones de trabajadores; a fortalecer a los monopolios y a debilitar la vida democrática. Y si bien se repite a cada rato que la globalización modernizadora significa el reconocimiento de que el mercado "libre" es el nuevo mecanismo regulador, reasignador de los recursos productivos, impulsor del crecimiento; mecanismo que asegura la racionalidad y que en el marco de la libre competencia permite elevar la productividad y la eficiencia de todos los participantes en la economía mundial, cada día es más claro que en la batalla de la productividad triunfan casi siempre los más fuertes y que el mercado, al que se asignan virtudes excepcionales, lejos de ser algo así como el retorno al régimen de libre competencia propio de la fase premonopolista del capitalismo, es más bien un nuevo periodo o momento del desarrollo del capital monopolista, más complejo y de mayor alcance que los previos, en el que los dictados de las potencias imperiales se imponen no ya sólo al mundo capitalista subdesarrollado sino incluso a países hasta hace poco tiempo socialistas, cuyas formaciones sociales se consideraban superiores y definitivamente consolidadas.

La libre competencia llevó, históricamente, a la concentración y el monopolio. Tal fue la dialéctica del desarrollo capitalista en un momento dado. Lo que en cambio es insostenible es que, como hoy aseguran los defensores del sistema, el monopolio haya vuelto a dar vida, a través de la globalización e internacionalización del capital, al mercado libre y la libre competencia. Explicar así las cosas no es científico o siquiera medianamente serio sino meramente demagógico.

El capitalismo latinoamericano en la apreciación de la realidad de hoy

Un segundo asunto de gran monta es ahondar en el conocimiento del capitalismo latinoamericano, y calibrar objetiva-

mente las perspectivas que abre o no al desarrollo independiente de nuestros países, lo que entre otras cosas supone entender a fondo la verdadera dimensión de la actual crisis, la reestructuración del capital en proceso, el papel del capital monopolista nacional y extranjero, el nuevo régimen de relaciones entre uno y otro y de ambos con el Estado, la reforma de éste así como la posibilidad de un gran avance tecnológico y su impacto sobre los trabajadores, y en general de toda esta estrategia monopolista sobre la acumulación de capital, los niveles de ingreso y de vida de la mayoría de la población, y las perspectivas.

Respecto a la presente crisis, o sea el marco en que desde hace años vive el capitalismo y en particular el de América Latina, en nuestro concepto no acaba de comprenderse que, a diferencia de crisis previas, ésta es mucho más persistente, profunda y compleja, en verdad una crisis económica, social y política cuyas contradicciones más graves siguen sin resolverse, y cuyos desajustes desbordan con mucho y exhiben la ineficiencia de los programas monetaristas de "ajuste" con los que, desde posiciones ultraconservadoras, pretende superarse la crisis. Pero el advertir esto no significa, desde luego, que baste repetir que la crisis persiste y sugerir que no hay cambios dignos de tomarse en cuenta.

La recomposición del capital monopolista nacional, el fortalecimiento de ciertos grupos privados que se orientan crecientemente hacia el exterior, a costa de otros que han perdido significación y desde luego del capital no monopolista, señala un cambio que no debiera pasar inadvertido, y lo mismo acontece con la cada vez más estrecha relación de algunos de esos grupos con el capital extranjero, la creciente importancia y las nuevas formas de funcionamiento de éste, el que, ante el repliegue del Estado, la venta de empresas públicas y aun el abandono de campos fundamentales que ahora se dejan a la empresa privada, empieza a operar incluso en áreas

estratégicas que hasta hace poco estuvieron vedadas a los extranjeros.

O sea que si bien la crisis sigue siendo un tenaz obstáculo al desarrollo latinoamericano, las condiciones en que se expresa suelen ser muy diversas de un país a otro, como es también desigual el grado de desarrollo en la región y la medida en que la propia crisis y la política en boga contribuyen a crear situaciones nuevas, que si bien no logran cristalizar en altas tasas de acumulación de capital y rápidos y más estables ritmos de crecimiento de las economías, entrañan cambios, y al menos en ciertos países crean situaciones que es necesario comprender a fondo y tomar en cuenta como expresión de una nueva realidad que obliga a responder a ella también de nuevas maneras.

En otras palabras, a estas horas no basta decir que el crecimiento es lento, inestable, anárquico, subordinado al exterior y carente de una sólida articulación interna; y desde luego es erróneo, en vez de tratar de entender los cambios más importantes, negarles significación y sugerir que en el fondo todo sigue como antes. Lo que ahora se requiere es conocer mejor la realidad, entender cuáles son los nuevos ejes en torno a los que se producen los principales cambios y qué contradicciones expresan, y sin negar que en ciertos casos empiezan a lograrse algunos avances económicos, también se agravan viejos y nuevos problemas sociales, se vuelve más desigual el reparto de la riqueza y el ingreso y no se ve cómo, de esa manera y a partir de la política "neoliberal" de corte fondomonetarista, puedan nuestros países fortalecer sus bases nacionales, preservar su soberanía y afirmar su independencia, hacer posible su integración regional y asegurar a sus pueblos un nivel de vida digno.

Y si ello es realmente así, tendríamos que entender también a qué obedece que una situación tan adversa y una política tan perjudicial a los intereses nacionales y populares, incluso en países en los que cayeron viejas dictaduras milita-

res y se han hecho ciertos avances democráticos, los pueblos no hayan sido hasta ahora capaces no sólo de forjar líneas de acción alternativas y de contribuir de otras maneras a que las cosas cambien, sino incluso de oponerse eficazmente al desplome de sus niveles de vida a consecuencia de la inflación, el desempleo, la mayor explotación, las llamadas políticas de "choque"; los conservadores, parciales y extranjerizantes programas de "ajuste" y la creciente dosis de ilegalidad y violencia en nuestras sociedades.

Agresividad imperialista

Otro hecho de obligada reflexión es el imperialismo, sobre todo norteamericano, el momento que vive y lo que sus nuevas formas de funcionamiento significan para nuestra América, lo que supone reapreciar tal fenómeno en perspectiva histórica, entender su verdadera dimensión, su desarrollo y por tanto sus contradicciones internas; la naturaleza de la crisis que hoy sufre, el peligro de una recesión, la razón por la cual los países capitalistas industrializados siguen creciendo y modernizándose tecnológicamente, las nuevas más complejas formas de integración de esas economías y el papel de los mercados comunes y los bloques en América del Norte, la Comunidad Económica Europea y la llamada Cuencz del Pacífico; las nuevas manifestaciones de las rivalidades interimperialistas y la intensidad de la contradicción capitalismo, y concretamente imperialismo-socialismo y en general las luchas revolucionarias, así como la perspectiva de la distensión, el desarme y la paz.

Sabemos que, a estas horas, incluso mencionar al imperialismo puede parecer extraño, y que acaso no falte por ahí un tecnócrata modernizador que alegue que nuestro planteo es anacrónico. Pero, de nuestra parte, convencidos de que se trata de una categoría propiamente histórica y de una rea-

lidad concreta de la que no podemos desentendernos, a menos que demos la espalda a los hechos, hablaremos, así sea brevemente, del imperialismo.

Un rasgo específico del imperialismo norteamericano, a nuestro juicio no meramente coyuntural sino de alcance estratégico y cuya gravedad es difícil exagerar, consiste en la violenta ofensiva que hoy lanza contra nuestros pueblos, y que hace unos meses desenlazó trágicamente en la invasión a Panamá.

Si bien creíamos tener nuestra soberanía relativamente a salvo, la intervención ilegal y arbitraria en Honduras; la invasión mercenaria, la guerra sucia, la acción abierta de Estados Unidos en la última campaña presidencial y el financiamiento directo de la oposición en Nicaragua; las recientes presiones sobre Colombia y México; el reforzamiento de la "contra" en El Salvador, el crimen que entraña la invasión y la ocupación militar de Panamá, y la creciente agresividad hacia la revolución cubana, todo ello muestra que estamos ante una muy peligrosa situación, y que para enfrentarnos exitosamente a ella tenemos que pensar y ser capaces de organizar nuestra lucha de otra manera.

Y lo que es todavía más grave, Latinoamérica ha sido literalmente saqueada en los últimos años, tanto por las grandes potencias capitalistas como por los ricos de cada uno de nuestros países. La carga ruinososa de la deuda externa, el alto precio que cobra el intercambio desigual, la transferencia tecnológica y la fuga de capitales no son sino algunos de los signos de ese saqueo, que a estas alturas ha obligado ya a nuestros países a trasladar al extranjero buena parte de su potencial de inversión, y que sin duda contribuye a mantenernos en el atraso y el subdesarrollo.

Y como si todo ello fuera poco, desde los Estados Unidos, el presidente Bush lanza ahora su "Iniciativa para las Américas", que pretende nada menos que la integración continental bajo el dominio norteamericano y cuyo punto de

partida sería suscribir bilateralmente, con la potencia del norte, acuerdos de libre comercio del tipo del que está por negociarse con México. En el papel y en la forma, el propósito de tal iniciativa es liberar a los países del continente de trabas y obstáculos artificiales e innecesarios, para formar una nueva gran unidad económica. Con base en tales acuerdos, los Estados Unidos tendrían manos libres en nuestros países e influirían decisivamente —o sea incluso más que hasta hoy— en ellos; pero éstos podrían, a su vez, concurrir libremente al gran mercado estadounidense y hacerlo no sólo con sus materias primas tradicionales sino con sus manufacturas, su tecnología, sus capitales y sus servicios. Y tal derecho lo tendrían todos: Brasil, México y Argentina, es decir los países más grandes de Latinoamérica, al igual que los más pequeños, esto es Haití, Honduras, El Salvador o la República Dominicana. Lo que equivale a no perdonar ni la burla.

Queda claro, pues, que de tener éxito la iniciativa de Bush, en vez de las dos Américas de que hablaba Martí: la nuestra y la otra, la mestiza y la anglosajona, habría una sola: la dominada y ahora sometida directamente a los Estados Unidos. Y en vez de la unidad de nuestros pueblos, con la que soñaba Bolívar, estaríamos frente al triunfo definitivo del monroísmo y la realización del viejo afán expansionista que se resume en la consigna que de hecho siempre significó: América para los norteamericanos.

Decir que vincularnos estrechamente a los nuevos grandes bloques económicos internacionales y aun aceptar en condiciones subordinadas el libre comercio con los Estados Unidos no excluye la posibilidad de integrarnos regionalmente en América Latina, no riñe con tal propósito, nos parece no sólo discutible sino del todo inaceptable.

La integración regional

La integración regional latinoamericana no es, como todos sabemos, fácil, y la mera reiteración retórica del ideal bo-

livariano no nos permitirá, es obvio, llevarla adelante. Contra esa integración atentan el subdesarrollo, el bajo nivel de las fuerzas productivas; la debilidad, incluso en los países de mayor desarrollo relativo de la industria de bienes de capital; la falta de una base científico-tecnológica propia, la escasa significación histórica de nuestro intercambio comercial, la insuficiencia de las comunicaciones y transportes, la desinformación sobre lo que ocurre en nuestros países y aun la tendencia a menospreciar las posibilidades comerciales y de complementación industrial.

Los obstáculos a nuestra integración regional son, sin duda, múltiples, y difíciles de rebasar sobre todo si se piensa en una integración no sólo económica sino, al menos en ciertos aspectos, también jurídica, política y cultural. Pero como la integración regional no es, al propio tiempo, algo que pueda decretarse de arriba abajo y de la noche a la mañana, sino un proceso complejo y de largo plazo, que necesariamente debe recorrer fases sucesivas en las que se realicen desde los cambios más sencillos hasta los más complejos y profundos, si de veras empezáramos a plantearnos y a tratar de resolver conjuntamente los problemas fundamentales, partiendo de la reapreciación crítica de lo hecho en los últimos treinta años, o sea desde que se suscribió el Tratado de Montevideo y se fundó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, y si en nuestra estrategia de desarrollo incluyéramos como uno de sus componentes y a la vez de sus soportes principales la integración regional y la necesidad de apoyarnos mutuamente en ese esfuerzo, seguramente en poco tiempo lograríamos avances que no conseguimos después de centenares de reuniones burocráticas y protocolarias, en las que probablemente prevalecieron intereses particulares a los del conjunto de nuestra América, y en que las cuestiones de fondo nunca estuvieron en el primer plano.

De lo que ahora se trata es de romper esa inercia; de plantearnos en serio el problema de la integración regional y de

entender que, no obstante las dificultades que sin duda están y estarán presentes, la integración no es sólo un ideal de nuestros pueblos — y de incluso como tal debiéramos rescatar— sino una forma práctica y concreta de fortalecer, articular y hacer avanzar nuestras economías, para lograr niveles satisfactorios de desarrollo y condiciones de vida dignas.

La integración es un reto insoslayable para nuestra América. Divididos y dispersos como hasta ahora, actuando cada quien por su lado, dándonos la espalda unos a otros y creyendo que solos podremos resolver problemas que a estas horas requieren la unidad y la acción conjunta, nos debilitaremos cada vez más, dejaremos de hacer lo que si nos decidimos a actuar resueltamente y de nuevas maneras, está ya a nuestro alcance y, paradójicamente, seremos arrastrados a esquemas de integración ajenos que no sólo no responden a nuestros mejores intereses sino que nos impongan los bloques internacionales dominantes y, en tratándose de nuestros países, concretamente los Estados Unidos, con grave menoscabo de nuestra soberanía.

Pero el avance en el proceso de integración regional requiere una nueva estrategia y otra política de desarrollo. En el estrecho y conservador marco fondomonetarista en que actualmente se mueven los gobiernos y los empresarios latinoamericanos, seguirán ausentes las condiciones necesarias para la integración. Por ejemplo, sin una moderna industria de bienes de capital que resulte del acuerdo sobre todo de los países latinoamericanos con mayor desarrollo y que más pueden contribuir en tal sentido, que sea genuinamente multinacional, que no excluya a países de menor desarrollo que puedan también contribuir a ello, y que se apoye en una activa promoción estatal que no menosprecie el concurso de la empresa privada, careceremos de capacidad para articular nuestros esfuerzos, seguiremos dependiendo del extranjero y el capital trasnacional continuará apoderándose de nuestras industrias fundamentales, e incluso impedirá su desarrollo pa-

ra que nos mantengamos subordinados a las decisiones de los grandes consorcios internacionales.

Las fuerzas democráticas y nacionalistas

La siguiente cuestión a considerar es el estado que guardan las fuerzas democráticas y progresistas capaces de defender los mejores intereses de nuestros pueblos. El imperialismo no es sino el extremo de una contradicción; el otro está dado por nuestra capacidad para enfrentarnos a él, en cada país y a nivel regional.

La primera cuestión a considerar al respecto es que el imperialismo, en general, se siente triunfante. Esto se aprecia claramente en Alemania después de la exitosa e inesperada anexión de la ex RDA, en donde incluso vuelven a oírse viejas y amenazantes voces fascistas que muchos creían definitivamente superadas; y se advierte también en los planteos de la Europa unida del 92; en la confianza de Japón de seguir fortaleciéndose y en la agresividad del gobierno norteamericano de Bush, que celebra como una gran victoria el resquebrajamiento y la profunda crisis del socialismo y que, en América, tras vencer a la revolución sandinista, derrocar por la fuerza al gobierno y ocupar militarmente a Panamá, e imponer a casi todos nuestros países una política monetarista restrictiva que los obliga a aceptar la pesada carga que impone la deuda externa y de hecho a renunciar a un desarrollo independiente, decide proponer una iniciativa para las Américas, en la que sólo cuentan la iniciativa y los intereses norteamericanos.

El hecho mismo de que el gobierno de los Estados Unidos proceda así, es revelador e inquietante. Sugiere que en el país del norte se piensa hoy que las condiciones para esta nueva acción imperial han madurado y son ya propicias para llevar adelante con éxito una nueva y más eficaz forma de domina-

ción. Y en verdad no debiéramos menospreciar el peligro que esto entraña. Los Estados Unidos confían en su fuerza, en la colaboración de gobiernos complacientes y débiles; en que nuestros países —fuertemente endeudados— dependen ya en gran medida, de ellos, y en que hasta ahora han aceptado que su estrategia de desarrollo se ajuste y ceda a las presiones de los organismos financieros internacionales, en que muchos de los grupos nacionales más poderosos están de un modo u otro asociados y aun subordinados al capital extranjero y, quizás sobre todo, en que la difícil e importantísima batalla ideológica, dada la enorme influencia que ejercen en los más modernos e influyentes medios de comunicación, la han ganado.

Tras largos años de trabajar empeñosamente en ese sentido, los dirigentes norteamericanos confían en que cada vez más latinoamericanos desconocen y aun menosprecian su cultura y su historia, no tienen conciencia de la necesidad de preservar su soberanía e incluso consideran que la lucha por su plena independencia no sólo es difícil sino ya anacrónica y de hecho imposible ante el poderío de los Estados Unidos. Y simultáneamente, muchos han sido ganados además por los supuestos valores de la propaganda imperialista, esto es por el individualismo, el consumismo, la ilusión de las tarjetas de crédito, la engañosa y mercantilista idea de que el bienestar significa poder comprar hasta lo que no se necesita; ganados por el anticomunismo como rechazo a cualquier intento de cambio revolucionario, y que a los graves problemas de nuestros pueblos ofrecen como respuesta y solución definitiva el “modelo” estadounidense, al que se presenta no como es en realidad sino como el símbolo mismo del éxito, de la libertad, la democracia, el respeto a los derechos humanos, la justicia y la bondad, y como el mayor y más importante logro —inclusive el símbolo— de la civilización cristiana.

Subestimar la enorme influencia que esa propaganda ejerce en nuestros países sería un grave error. Incluso lo sería ver tal problema sólo como expresión de una ideología de la

dominación, y no como rasgo de una realidad socioeconómica, política y cultural, en la que el papel que se asigna a muchos latinoamericanos es el de piezas aisladas, pequeñas y pasivas, en complicados engranajes en los que el peso de los intereses extranjeros, es cada vez mayor. Pero también sería erróneo pensar, en actitud fatalista, que las cosas que lamentamos no pueden ser diferentes y que, por tanto, lo único realista es aceptarlas tales como son, así nos impongan sacrificios desmedidos.

Un hecho nuevo y fundamental al respecto consiste, creemos nosotros, en que tras largos años de crisis e inflación, de semiestancamiento económico, de caída de la inversión y acentuación del rezago tecnológico, de desocupación y deterioro del nivel de vida de nuestros pueblos, la inconformidad empieza a extenderse y asume nuevas formas.

Pese a todo lo que hacen las clases en el poder para lograr que los trabajadores acepten condiciones que les son desfavorables, éstos no ocultan su descontento, sobre todo ante hechos que les afectan gravemente como son el desempleo, los cada vez más bajos salarios reales, la restricción y aun cancelación de derechos y prestaciones laborales cuya legitimidad y vigencia ya nadie discutía, la forma brutal en que la inflación los despoja de un ya mermado poder de compra y la falta o insuficiencia de servicios fundamentales, que incluso condena a la miseria a millones de personas.

Sabemos que la inconformidad no se convierte fácil ni menos todavía automáticamente en acción; que ésta suele ser aún aislada y dispersa y que la organización es muy difícil de lograr. Pero lo ocurrido en las últimas elecciones presidenciales de México y Brasil, la inesperada movilización popular y los millones de votos obtenidos por candidatos progresistas independientes, al margen de los partidos tradicionales, nos parece importante. Incluso lo sucedido en Perú, y en cierto modo en Venezuela y Colombia, revela que al menos grandes contingentes populares empiezan a actuar de nue-

vas maneras; empiezan a protestar, a votar en contra de los intereses creados, a reclamar una genuina democracia y mejores condiciones de trabajo y de vida. Y esta exigencia de una democracia real, no sólo formal, que desborde el plano meramente electoral y tenga un contenido más rico, sin duda constituye otro nuevo y significativo hecho político que influye en el proceso de desarrollo latinoamericano.

Lo anterior no significa que estemos ante un vuelco cualitativo irreversible ni tampoco desde luego, como a menudo parecen pensar los más optimistas, a un paso del poder o si quiera del gobierno. Los movimientos y acciones de masas son todavía muy desiguales, heterogéneos, en gran parte espontáneos y reveladores de bajos niveles de organización y de conciencia. En ciertos casos, tras rápidos y alentadores avances se producen explicables reflujos; en otros la acción es inestable, carece de continuidad y se realiza de manera esporádica, y en casi todos responde a demandas concretas de ciertos grupos que, pese a lo que tienen de común con los reclamos de otros, aún están lejos de articularse, fundirse y volverse planteos políticos unitarios de mayor alcance. Lo que por cierto no debiera sorprender, en tratándose de movimientos populares que si bien tienen causas profundas y a veces viejos antecedentes de lucha, a la vez surgen y aun sorpresivamente suelen estallar de manera espontánea y explosiva; carecen propiamente de organización, se limitan con frecuencia a reivindicaciones muy precisas e inmediatas, desconfían de ciertos métodos y prácticas tradicionales en los que se tiende a decidir a espaldas de la gente, de arriba abajo y de manera antidemocrática aun las cosas más importantes, y en los que inclusive se cree a menudo que, lejos de que la acción propiamente política sea una de las condiciones del éxito, éste al contrario, depende de la medida en que no se rebasen los planos sindicales, gremiales, profesionales, o en su caso meramente cívicos, culturales o de otro tipo, que correspondan a cada esfuerzo aislado.

O sea que si bien el potencial nacionalista, democrático y antimperialista latinoamericano no es en modo alguno deleznable, ello no significa que sea fácil movilizarlo, acuerparlo, organizarlo, unirlo y encauzarlo en las mejores direcciones. Si la gran tarea de la liberación se ve como exclusiva de uno o unos cuantos partidos políticos, menospreciando el caudal de fuerzas patrióticas heterogéneas, dispersas, organizadas en múltiples formas y aun no organizadas, se incurrirá en un grave error y se angostará y debilitará la lucha, en beneficio solamente del enemigo.

Ese riesgo es tanto mayor si se tiene presente que, favorecidos por los cambios internacionales y a veces también por factores internos, los grupos más conservadores, lo que podría denominarse la derecha, se han fortalecido en años recientes. Hemos dicho, por ejemplo, que en Brasil y México cobraron importancia en las últimas elecciones presidenciales movimientos populares que atrajeron a una proporción sustancial del electorado; pero a la vez habría que recordar que, en ambos países, triunfaron a la postre fuerzas que incluso ven con simpatía la cruzada neoliberal norteamericana y mantienen estrechas relaciones con los grupos industrial-financieros internos más poderosos. Y en el caso concreto de México no debiera olvidarse, además, que al menos electoralmente, en tanto que los partidos democráticos de oposición se han debilitado, el partido oficial ha recuperado parte del terreno perdido y el PAN, o sea el más conservador, ha logrado triunfos significativos.

A estas horas, si bien el esfuerzo propio de cada pueblo será —como siempre— decisivo, no debiera subestimarse lo que, en términos de apoyo y solidaridad, cada uno puede dar también a otros y recibir de los demás. La lucha revolucionaria latinoamericana en su conjunto, de la revolución cubana y sandinista; de El Salvador, Guatemala y Colombia; la perspectiva que abrió el *no* a Pinochet y el triunfo de un gobierno democrático en Chile, el legado progresista del Fren-

te Amplio en Uruguay y los movimientos populares hoy en proceso en países como Brasil y México, son sin duda no sólo un valioso activo de cada uno de esos pueblos sino parte de un rico patrimonio político y cultural colectivo, esto es propiamente latinoamericano y caribeño. Y si bien el aporte que a la causa común hacen los movimientos y luchas que legítimamente han conquistado posiciones de vanguardia, es especialmente importante, también puede tener significación económica, política y cultural el apoyo y la solidaridad de países que aun no siendo hoy de los más combativos ni de aquellos en los que recientemente se hayan logrado grandes victorias populares, son sin embargo países con economías más desarrolladas y mayores posibilidades de ayuda a quienes defienden el derecho a su autodeterminación en condiciones sumamente difíciles y ante enemigos muy poderosos. La solidaridad, pues, puede ser muy importante, sobre todo si es amplia y se expresa en nuevas y más eficaces formas de ayuda mutua.

Pero aun así, si a los nuevos y desafiantes retos nos enfrentamos con viejos métodos, bajos niveles de organización y de conciercia, acciones improvisadas, coyunturales y dispersas, posiciones estrechas que sólo aislen y debiliten, o actitudes dogmáticas que nos divorcien de la realidad, será imposible salir adelante y triunfar. En respuesta a los cambios que hoy presenciamos, tenemos que ser capaces de modificar también las formas y modalidades de nuestra lucha: conocer a fondo el terreno en el que se libra, las nuevas posiciones del enemigo, las condiciones de los posibles aliados, y, en fin, la cambiante correlación de fuerzas en que nos movemos; crear nuevos frentes de lucha, que como el de la defensa hoy decisiva de la soberanía nacional y popular, o sea de la independencia y la democracia, abran nuevos cauces a la acción popular en los planos más diversos, respondan a las inquietudes y demandas más sentidas y contribuyan a movilizar a amplios segmentos de la población.

La sola necesidad de conocer a fondo la realidad en que actuamos entraña un serio problema y una meta ambiciosa. Con frecuencia sustituimos esa realidad por simplificaciones y buenos deseos, no vemos las cosas tales como son, no advertimos la verdadera dimensión de los obstáculos por superar, no reparamos en nuestras fuerzas con objetividad.

A menudo, asimismo, menospreciamos la capacidad de acción del adversario. Tendemos no solamente a objetar sus posiciones sino a no reconocer sus éxitos. En parte ello ocurre porque nos negamos a admitir que, así sea parcial y temporalmente logra ciertos avances, a partir de cambios que nosotros desdeñamos pero que suelen responder a los intereses y aun satisfacer a buen número de gentes cuyas decisiones son importantes y que ejercen influencia en amplios círculos. A veces suponemos que el papel de los grupos más conservadores, de dentro y de fuera es comprendido por el pueblo, y que éste sabe que en realidad se oponen a cualquier cambio importante porque esperan así preservar sus privilegios. Mas lo cierto es que incluso, demagógicamente, y a menudo no sin éxito se hacen pasar como los principales promotores del cambio, del progreso y la modernidad. Y gracias al control de los medios de comunicación masiva, convencen a millones de personas y se dan el lujo de repetir que quienes se oponen a tales cambios y en general a la libertad y al avance económico y social son las fuerzas genuinamente democráticas y progresistas.

Todo ello revela que la tendencia a creer que las posiciones de la clase en el poder son en realidad minoritarias y no compartidas por el pueblo, en tanto que las de las fuerzas democráticas son mayoritarias y aceptadas por el grueso de la población, en cierto modo no corresponde a la realidad, pues la verdad es que aun pretendiendo honestamente estas últimas responder a los intereses populares y siendo las primeras, en el fondo contrarias a ellos, el grueso de la gente está

todavía lejos de comprenderlo y, sobre todo, de actuar en consecuencia.

Como no se comprende tampoco con claridad la correlación de fuerzas en la que nos movemos. En este aspecto fundamental, de cuya correcta calibración suele depender el éxito de la lucha, no pocas veces se cae en actitudes triunfalistas superficiales que a la postre llevan a la derrota, o a la inversa, en posiciones débiles y negativas, que de hecho se dan por vencidas antes de librar cualquier batalla, y que desenlazan también en derrotas que podrían evitarse.

En el momento actual, la lucha de nuestros pueblos se realiza en condiciones difíciles y en el marco de una correlación internacional de fuerzas desfavorable. La sola persistencia de la crisis, la decisión de los grandes imperios de hacer prevalecer sus intereses, la orientación antinacional y antipopular de las políticas en vigor; la tendencia a restringir, violar y aun cancelar derechos fundamentales; la grave lesión de nuestra soberanía que entraña el drenaje incontenible de recursos de nuestros países hacia los Estados Unidos y otras naciones capitalistas industrializadas y las ahora frecuentes intervenciones extranjeras ilegales en nuestros asuntos internos, son sólo algunos de los hechos que confirman lo anterior. Y a ello habría que añadir que las condiciones del Tercer Mundo en su conjunto son muy adversas y que la crisis del socialismo es un nuevo hecho de significación histórica que también nos afecta.

Para avanzar en tales condiciones se requiere, como hemos dicho, actuar a partir de líneas políticas que permitan movilizar, y en mayor medida organizar y unir, en cada país, a las amplias y heterogéneas fuerzas populares susceptibles de incorporarse a esa lucha; se requiere asimismo fortalecer la solidaridad latinoamericana e incluso intentar alianzas de mayor alcance que se proyecten, en primer lugar, hacia otros países del Tercer Mundo.

En México, y probablemente en otras naciones de Améri-

ca Latina y el Caribe, si bien se plantean a menudo demandas concretas muy diversas que casi siempre giran en torno a problemas de aquellos que en forma más directa, inmediata y grave afectan a la gente, la defensa de la soberanía nacional y popular es quizá el frente de lucha que más podría movilizar a amplios sectores populares. Sabemos que algunas organizaciones políticas, y sobre todo ciertos partidos, subrayan la importancia y aun centran su acción en la lucha por la democracia, especialmente electoral; otras, en cambio, ante la creciente dependencia de nuestros países, la agresividad norteamericana y el impulso desnacionalizador de las políticas en acción, señalan a su vez que lo esencial a estas horas es luchar por la plena independencia. Unos y otros tienen razón. Y por fortuna, lejos de que tales posiciones sean excluyentes, son complementarias y susceptibles de apoyarse mutuamente. Lo que a nuestro juicio las eslabona y refuerza es, precisamente, la defensa de la soberanía, si ésta se ve como algo que no sólo afecta a la nación en su conjunto sino al pueblo, es decir a cada hombre y mujer, en su vida cotidiana.

La soberanía nacional y la popular son hoy indivisibles. La segunda no es sólo la fuente y la base de aquélla sino la condición de la que depende. O en otras palabras, sin soberanía popular, sin la capacidad del pueblo para ejercer y hacer valer sus derechos, la soberanía nacional queda como un principio sin vigencia real. Y si bien la plena soberanía del pueblo consiste en que éste ejerza realmente el poder, en la lucha en tal dirección se conquistan posiciones y logran avances democráticos que amplían las posibilidades de defender, en la práctica, tanto la soberanía nacional como la del pueblo. Lo que quiere decir que la soberanía no es un concepto abstracto, sino una situación concreta ligada estrechamente y aun fruto de la lucha popular y las múltiples formas que ésta adopta, y en un sentido más amplio y de mayor alcance, un aspecto fundamental del proceso de liberación nacional.

Solidaridad con el Tercer Mundo

La acción de las fuerzas democráticas y nacionalistas latinoamericanas no se circunscribe hoy, como ya vimos, a cada país. La unidad y aun la integración regional son también fundamentales, y muy importante es además la cooperación y la solidaridad del conjunto de países del llamado Tercer Mundo.

La situación de estos países es grave. En el último decenio sufrieron un deterioro realmente dramático en sus niveles de vida y un obvio desgaste de las estrategias y métodos con los que, hasta entonces, intentaron impulsar el desarrollo. En muchos de esos países, en los que cayó tanto la inversión productiva como el consumo, grandes masas viven hoy en condiciones de miseria debido al muy lento y aun ningún crecimiento económico y a que, pese a tan difícil situación, tuvieron que transferir buena parte de su excedente al extranjero.

Durante varios años, el Tercer Mundo, con el apoyo entonces de la comunidad socialista y la comprensión inclusive de varios países capitalistas industrializados, defendió en múltiples foros y a la postre logró que se aprobara en las Naciones Unidas el programa y plan de acción de un Nuevo Orden Económico Internacional. Pero, a 16 años de entonces, lo cierto es que las cosas no son como se esperaba. Y no sólo eso. En realidad, en vez de un Nuevo Orden en las relaciones internacionales, lo que se impuso fue una todavía más injusta división internacional del trabajo que ha colocado a los países del Tercer Mundo en condiciones sumamente desventajosas.

Replantear, a estas horas, la demanda de un nuevo Orden Económico a la manera digamos tradicional, parecería no ser lo más aconsejable. Incluso no tendría mucho sentido defender estrategias que resultaron inviables o que fracasaron. Sin perjuicio, desde luego, de reivindicar ciertas demandas aun

plenamente legítimas, lo fundamental a nuestro juicio sería reapreciar las condiciones de los países del Tercer Mundo, a partir sobre todo de los cambios recientes de mayor importancia y que sin duda los han afectado gravemente.

La cooperación sur-sur, a la que declarativamente se alude con frecuencia, debe ahora cobrar mayor importancia y adoptar nuevas formas; y también podría avanzarse, en tal sentido, en las relaciones con el Norte y con Europa del Este.

Las condiciones de los países del Tercer Mundo no son, desde luego, las mismas. De uno a otro suele haber sensibles diferencias. Pero a la vez hay problemas comunes que podrían abordarse conjuntamente.

La llamada globalización, los avances tecnológicos y las nuevas formas de internacionalización de la vida económica, los afectan de manera similar. Y si bien se reitera a menudo que todo ello está volviendo al mundo más interdependiente y libre, y que ésta es la nueva condición del desarrollo, la verdad es que las estrategias que en otros momentos parecieron funcionar adecuadamente han dejado de hacerlo, y las conservadoras políticas de ajuste, que se reproducen incluso mecánicamente desde los organismos financieros internacionales más influyentes, en general sólo reparan en tres o cuatro desajustes internos, por cierto no de los más graves, sin tomar en cuenta siquiera la forma en que el sistema económico internacional lesiona y empobrece a los países subdesarrollados, en los que hoy, más que reclamarse asistencia tecnológica y financiera de otros, lo que se pide es que al menos no tengan que enviar tales países a las grandes potencias los enormes recursos que les transfieren.

En las actuales negociaciones y búsquedas de acuerdo se admite en general que, en particular los países económicamente atrasados no pueden resolver sus problemas aislándose, sustrayéndose a los cambios o dejando de integrarse en la economía internacional. Se admite, asimismo, que la estrategia y la política de desarrollo tienen que cambiar en res-

puesta a las nuevas condiciones internacionales. Lo que no se acepta es que el nuevo "modelo" esté funcionando como dicen sus defensores, o que la interdependencia y el "libre" comercio basten para zanjar la brecha entre el desarrollo y el subdesarrollo; que lo que resulta bien en los países industriales deba hacerlo también en los del Tercer Mundo e incluso que, en éstos, tras el fracaso de las políticas de corte keynesiano, tenga siquiera sentido tratar de restablecer los viejos postulados de la economía neoclásica tradicional, que siempre fueron inoperantes.

Las relaciones entre los países se están estrechando a consecuencia del avance tecnológico y de la creciente internacionalización. Pero lejos de que tales relaciones se desenvuelvan en condiciones de igualdad, lo cierto es que lo hacen a partir de una cada vez mayor desigualdad. Y el factor que dentro de las actuales estrategias más influye en tal dirección es el capital trasnacional.

Las empresas trasnacionales son el nuevo gran protagonista en el escenario internacional. De los principales organismos financieros y de otros grandes consorcios, y aun de los gobiernos de las grandes potencias proceden en lo fundamental las líneas centrales propias de esa estrategia.

En nombre del globalismo se propone dejar el desarrollo a las leyes del mercado, optar por la apertura irrestricta hacia el exterior, limitar la intervención económica del Estado en la economía y aun acabar con las fronteras nacionales de otros países, pero claro, en tanto no sean las propias.

En la búsqueda de una nueva estrategia de desarrollo, asunto en que la cooperación y solidaridad de los países del Tercer Mundo es fundamental, estos países no debieran, desde luego, tratar de resolver sus graves problemas volviendo atrás, intentando esterilmente reconstruir lo que la realidad demostró que no era defendible ni eficaz. La tendencia, por ejemplo, a defender lo que hizo el Estado en ciertos países, aun en aquellos casos en que su acción adoleció de múltiples fa-

llas, tuvo un alto costo social, y a la postre no logró impulsar el desarrollo ni elevar la productividad, es tan ociosa como la no menos apologética actitud de quienes, sin fundamento alguno, pretenden que la empresa privada es signo de racionalidad y eficiencia.

La inversión estatal y la privada no son excluyentes ni necesariamente competitivas; son más bien complementarias. Una y otra se requieren en los países subdesarrollados. Pero a la vez la mera privatización, como la estatización *per se*, no conduce al desarrollo. La privatización no es simplemente un capricho inexplicable; es una línea de acción del capital monopolista sobre todo trasnacional, que ante la sobreacumulación de capital, las presiones inflacionarias y los fuertes desequilibrios presupuestales de los gobiernos, concretamente en los países industriales y en parte también en los económicamente atrasados, trata de abrir nuevos campos de inversión y valorización y nuevos mercados para la empresa privada. Y como tales campos y mercados no se ofrecen a las nuevas empresas, sino de preferencia a las más poderosas que ya operan en cada rama, lo que la privatización significa en la práctica es un gran impulso al proceso de concentración y centralización del capital, y a la postre, de monopolización de la economía.

La inversión privada, como se sabe, se hace en busca de utilidades, y en los países subdesarrollados abundan las actividades que, siendo necesarias y aun fundamentales suponen grandes riesgos y no ofrecen perspectivas de cuantiosas ganancias y lo que ocurre con frecuencia es que, en realidad, buena parte de la inversión privada no va a la producción sino a los mercados financieros, al comercio y los servicios e incluso a la especulación, o sea que deja campos económica y socialmente muy importantes sin atender y en los que sólo el Estado puede intervenir, y tiende en cambio a concentrarse en otros que agravan las deformaciones propias del subdesarrollo.

El control que el capital trasnacional ejerce hoy de la ciencia y la tecnología, los recursos financieros y el costo del dinero, los precios, el comercio exterior y los principales mercados, es cada vez mayor. Las posibilidades y aun la independencia real de los países subdesarrollados, en cambio, son cada vez menores. De hecho la soberanía de tales países y pueblos está siendo gravemente vulnerada, lo que se expresa no sólo en los dramáticamente bajos niveles de vida de millones de personas, y en las pesadas e injustas cargas que se les impone sino en el papel inaceptable que se les asigna en la división internacional del trabajo, y en la imposibilidad de optar por la estrategia de desarrollo que más les convenga.

El trazo de una estrategia de desarrollo no es un asunto meramente técnico, en realidad es político; es uno que interesa a la comunidad internacional en su conjunto y supone que cada pueblo escoja libremente el sistema social y político que prefiera.

Oponerse responsablemente a la acción de las empresas trasnacionales no significa sustraerse a los cambios que la ciencia y la historia imponen; significa solamente no aceptar el orden injusto que aquéllas pretenden imponer. Claro que hacer valer los mejores y más legítimos intereses de los países del Tercer Mundo es una tarea de gran envergadura y complejidad. El desarrollo no es posible, concretamente en las condiciones actuales, si no se realizan profundos y rápidos cambios no sólo institucionales del tipo de los que ya se han registrado, sino otros, propiamente sociales y políticos mucho más profundos y a menudo inclusive revolucionarios. La dirección del desarrollo está siendo decidida en gran parte por el capital trasnacional, cuya influencia en la producción, la inversión, el consumo y el intercambio es enorme. Lo que quiere decir que si en verdad han de ejercer su soberanía y contar con alguna independencia real, aquellos países tienen que desplegar nuevos y grandes esfuerzos para lograr que al menos en materia de comercio, transferencia de tecnología,

financiamiento externo y división del trabajo, a escala internacional, los rígidos y desfavorables esquemas actuales se modifiquen de manera significativa. En todos estos campos y otros similares es preciso y posible dialogar, negociar sobre nuevas bases y convertir en acuerdos iniciales lo que hoy es motivo de explicables y hasta ahora inzanjables discrepancias. La acción política conjunta de los países del Tercer Mundo para que los países más poderosos, los organismos internacionales y el capital transnacional cambien sus métodos y operen en condiciones que sean mutuamente ventajosas para el primero y el Tercer Mundo, es hoy una de las condiciones más importantes a satisfacer.⁵⁸

Incluso no debiéramos dejar de considerar el posible aporte, la comprensión y la solidaridad de diferentes elementos en los países capitalistas industrializados, sobre todo ahora que sus contradicciones internas tienden a agravarse con motivo de la crisis y la conformación de nuevos bloques regionales y, desde luego, la significación que como aliado e incluso como meta a alcanzar, toca al socialismo en el proceso de nuestra liberación.

Respecto a los primeros países, todo lo que sea diversificar nuestras relaciones, será en principio ventajoso. Y la creciente iniciativa que están desplegando sobre todo los países que encabezan los principales bloques nos abre mayores posibilidades, aunque desde luego no exentas de riesgos. El hecho, además, de que en cada uno de ellos se adviertan posiciones diferentes en cuanto a la estrategia a seguir sobre América Latina, y en general el Tercer Mundo, nos permite estrechar relaciones y aun buscar el apoyo de corrientes y grupos que, aun no siendo los dominantes, vean con respeto y comprendan la razón de ser de nuestras más legítimas demandas.

⁵⁸ Varias de las reflexiones anteriores recogen inquietudes y opiniones expresadas en un reciente coloquio: *International Workshop on Economic and Political Pluralism*. El Cairo, 23-24 de mayo de 1990.

Ante una correlación de fuerzas tan desfavorable como la actual, la confrontación abierta no parece ofrecer perspectivas a corto plazo. La búsqueda del diálogo y la concertación es un mejor camino aunque, desde luego, tampoco fácil. Y para avanzar en este sentido es preciso, entre otras cosas, partir de posiciones claras, precisas y bien meditadas, que expresen la capacidad de nuestros pueblos para pensar por sí mismos y para distinguir la realidad de la cortina de humo y la cascada de palabras sin contenido con que la ideología dominante se empeña en ocultarla. Lo que en otras palabras significa que el esfuerzo por combatir la enajenación, por conquistar una genuina libertad y por afirmar nuestra identidad cultural es un aspecto central de la lucha de hoy.

CRISIS DEL SOCIALISMO

Quienes piensan que el socialismo ha muerto o que al menos vive una crisis definitiva sin posible solución, considerarán que si hemos de ser realistas, debiéramos admitir que el capitalismo no es sólo el mejor sino el único de los mundos posibles. Desde luego yo no comparto esta posición catastrofista, según la cual el futuro sólo nos reserva capitalismo, explotación y desigualdad. Creo inclusive que más que ante el fin de la historia, entendido como el fracaso y la inviabilidad del socialismo y la demostración de que el capitalismo, el capitalismo de carne y hueso que hoy padecemos es lo único viable y aun la estación terminal de la historia, nos acercamos, aunque desde luego no fácil, rápida ni linealmente sino de manera accidentada, lenta y aun penosa, al fin de la prehistoria, o sea de los regímenes brutales cuya prosperidad se basa esencialmente en la opresión, la miseria de las grandes masas y la violación a los derechos y libertades que una comunidad internacional civilizada y democrática debiera respetar.

La comprensión de la crisis que vive el socialismo es algo que sin duda, nos importa, pues es parte de la realidad. A nuestro juicio no tienen razón quienes piensan que lo que ahí ha acontecido es ajeno a nuestros problemas o que sólo debiera interesarnos en la medida en que los países de Europa del Este puedan ser ahora centros que atraigan a la inversión extranjera privada y que, por tanto, compitan con Latinoamérica. Y tampoco tienen razón quienes creen que la desaparición y el debilitamiento del socialismo en varios países frenarán y aun harán imposible nuestro desarrollo.

Lo primero a entender es el alcance de lo que ha pasado en los países socialistas. En nuestra opinión se trata de una profunda crisis, de una crisis de significación histórica indudable, cuyo saldo hasta ahora ha sido nada menos que la desaparición de un estado como fue la RDA y su anexión —más que unificación— a la República Federal Alemana, la caída de regímenes dictatoriales como en Rumania, la presencia de fuerzas no sólo antisocialistas sino que incluso no ocultan su interés en volver al capitalismo, sobre todo en Polonia y Hungría, pero que se advierten también en otros países, y el profundo cambio que la perestroika, la gestión encabezada por Mijail Gorbachov y las posiciones y reclamos de otros grupos hicieron posibles en la URSS, y que si bien pueden significar importantes avances en el intento de dar vida a posiciones y prácticas revolucionarias, pueden también implicar nuevas desviaciones, graves problemas y serios retrocesos. O sea que aun rechazando explicaciones simplistas como la de que en tales países nunca hubo socialismo o si lo hubo, fracasó y ha sido destruido, lo cierto es que tales países no son ya lo que fueron y están viviendo procesos de cambio de tal magnitud, que no sería exagerado decir que incluso son el fin de una etapa histórica y, a la vez, el inicio de una nueva.

Lo que sin embargo no debiera hacernos olvidar que, pese a las crecientes dificultades con que tropieza el socialismo en Europa, y aun aceptando que no será fácil para otros países

escapar a ellas, las cosas en China, Vietnam y Cuba son diferentes, están experimentando también importantes cambios y reclaman examinarse con otros criterios, desde otras perspectivas y a partir de sus propias realidades.

Desbordaría, desde luego, lo que aquí pretendemos y lo que está a nuestro alcance intentar, explicar que fue lo que determinó la difícil situación de lo que, hasta hace muy poco se consideró la comunidad socialista. Pero, brevemente, podrían señalarse tres tipos de factores que influyeron en la crisis del socialismo y que por haber sido, a la vez, hechos y fuerzas políticas en acción, forman parte de la realidad que tratamos de entender y que querámoslo o no, condicionará el desarrollo latinoamericano y del Tercer Mundo en su conjunto.

Confrontación, anticomunismo y guerra fría

El primero está estrechamente ligado a la confrontación entre los dos sistemas, a la guerra fría y a las múltiples presiones que las grandes potencias ejercieron para impedir el avance del socialismo.

Desde el momento mismo en que triunfa en Rusia la revolución de octubre, el capitalismo responde con una abierta hostilidad, que va desde la constante tergiversación y la insidiosa propaganda anticomunista de todo tipo, hasta el sabotaje, las acciones terroristas y aun la invasión armada. Y a medida que, pese a los enormes obstáculos a superar, avanza la URSS, para los grandes imperios occidentales se convierte en el principal enemigo a combatir, estrategia que en la Segunda Guerra culmina en la invasión del nazismo alemán y el propósito de destruir, en definitiva, al nuevo sistema.

Los daños causados en la Unión Soviética por cuatro años de guerra tanto en riquezas materiales como en vidas humanas, fueron enormes. De hecho destruyeron buena parte de

lo que, en un proceso ejemplarmente rápido y en lo fundamental exitoso de industrialización, se había construido. Y apenas terminado el conflicto, la guerra fría encabezada por Churchill y Truman obligó a hacer cuantiosos gastos militares que a menudo impidieron atender necesidades sociales y económicas básicas y afectaron negativamente el proceso de desarrollo.

La carrera armamentista significó una carga especialmente pesada para la economía soviética, y la hostilidad imperialista nunca dejó de estar presente, aunque sus formas de expresión cambiaran. Lo que quiere decir que antes de la Segunda Guerra, durante y después de ella, los países socialistas vivieron de manera ininterrumpida una desgastante confrontación —económica, ideológica, política y militar— con las potencias capitalistas, que constituyó un escollo de mayor dimensión y mucho más difícil de superar, que lo que se creía.

Ahora es claro que no se comprendió la medida en que tal confrontación, y concretamente el gasto en armamentos afectarían a la Unión Soviética. El hecho de que, en un momento dado las fuerzas militares de ese país y de los Estados Unidos alcanzaran niveles similares, se vio como expresión de que la URSS había logrado un desarrollo económico y tecnológico que le permitía mantener esa posición. Pero los hechos empezaron a mostrar que ello no era así; que en tanto la carrera armamentista —cuya irracionalidad nunca estuvo en duda— para el capitalismo sobre todo norteamericano era en cierto modo un estímulo a la demanda y un factor de impulso al crecimiento, para la Unión Soviética fue una exigencia y un elemento de presión que obligaba a sustraer cuantiosos recursos que se requerían tanto para aumentar la inversión productiva como, sobre todo, para elevar y diversificar la producción de bienes de consumo que la población reclamaba.

Y probablemente tampoco se comprendió el verdadero al-

cance de otros aspectos de la confrontación, y en un sentido más profundo, de la contradicción capitalismo-socialismo. Se menospreció, por ejemplo, la capacidad del capitalismo para incorporar los nuevos aportes de la ciencia y la tecnología, para internacionalizar la vida económica y para actuar conjuntamente los países industrializados, pese a sus desacuerdos y contradicciones secundarias; se menospreció, además, la capacidad del viejo sistema para difundir y hacer valer su ideología y para confundir, desorientar y aun ganar a posiciones antisocialistas a millones de personas, inclusive en los propios países de Europa del Este; y debido a un incorrecto análisis de la crisis capitalista, y desde luego de la problemática y las limitaciones reales del socialismo, se tendió a pensar que dicha crisis debilitaría a tal punto al capitalismo, que éste sería rápidamente rebasado por el socialismo, que a su vez se volvería el hecho de mayor influencia en el desarrollo de la sociedad. Lo que, a la postre, no fue así y dejó ver problemas del socialismo que no fueron oportuna y seriamente examinados, ni menos resueltos.

Algunos piensan que, por fortuna, la guerra fría ha concluido, que el capitalismo resultó la parte triunfante y que, a partir de aquí cambia totalmente la situación internacional, gana terreno la distensión y pierde sentido la confrontación Este-Oeste. A nuestro juicio tal posición es incorrecta. Y si bien no es deleznable que surja un clima más propicio para el desarme y la paz, y es comprensible que donde el socialismo desaparezca o se debilite grandemente, el imperialismo tenga una posición menos beligerante, donde, en cambio, el socialismo se refuerce o la lucha revolucionaria incluso no socialista, cobre impulso, la contradicción capitalismo y sobre todo imperialismo-revolución, que en rigor fue siempre la dominante en la estrategia de la confrontación y de la guerra fría, seguirá presente y aun se acentuará, sin importar el punto cardinal en que se produzcan tales hechos.

Limitaciones, fallas y errores

El segundo conjunto de factores que explica la crisis del socialismo tiene que ver con limitaciones, fallas y errores propios de las condiciones históricas en que surge y se desenvuelve el socialismo, a partir de 1917. La revolución no triunfó en los países capitalistas más industrializados sino en uno grande y potencialmente rico, pero a la vez relativamente atrasado y sin tradición democrática, como Rusia. Aun después de ese triunfo la revolución no se extendió, como en un momento dado pareció ocurriría, concretamente en Alemania. Y a consecuencia de ello la etapa en la que el socialismo se implanta y desenvuelve en un solo país, asediado por un poderoso enemigo, resulta larga y muy accidentada.

La democracia, que siempre se supuso inseparable del socialismo, tropezó con grandes dificultades y aun fue a menudo sacrificada. La relación democracia-socialismo nunca fue, como pensaba Lenin, fácil; y más desarrollo no significó en la práctica, necesariamente más democracia, sino a veces al contrario. Esto desde luego no quiere decir que, como asegura el enemigo, en la URSS y otros países sólo hubiera regímenes totalitarios. Si bien el stalinismo fue en muchos aspectos evidentemente antidemocrático y aun responsable de disposiciones, abusos y crímenes que hoy causan una explicable consternación, no sólo en la URSS sino en otros países en donde la transformación social fue también profunda, el socialismo propició, en más de un sentido, grandes avances democráticos e hizo posible el acceso de nuevas fuerzas sociales al poder, a la educación, a la salud y, en resumen, a la dirección de la economía y a mejores niveles de vida. Y todo eso fue democrático, como incluso lo fue el clima en que se producen los inesperados cambios del último año en Europa del Este, y en el último quinquenio en la URSS, que se realizaron con mínimas y aun prácticamente ninguna dosis de violencia. Pero en cambio faltó democracia en el manejo de la

información; se limitaron con frecuencia gravemente las libertades de pensamiento, de expresión, de prensa y para viajar; se redujo, fue débil o de hecho no estuvo presente la base democrática de la planificación y se concentró la toma de importantes decisiones en cúpulas burocráticas partidarias y del gobierno, o sea de funcionarios que se alejaron de las bases y aun se opusieron obstinadamente a los cambios que el pueblo reclamaba.

Después de la Segunda Guerra, si bien siempre se reconoció que cada país haría valiosos aportes al proceso socialista, de hecho concretamente en Europa del Este se impuso o al menos ejerció gran influencia el llamado "modelo soviético", lo que fue comprensible y en cierto modo hasta inevitable, dado que ningún otro país contaba con una experiencia propia que ofrecer. Y tanto ese hecho como el que, de acuerdo con los tratados de paz fuerzas militares soviéticas permanecieran en esos países, aunque fue un apoyo para los nuevos regímenes antinazis surgidos después de la guerra, seguramente fue también causa de inconformidad, desacuerdos y fricciones.

Varios de esos países, desde luego la RDA y Checoslovaquia e incluso Polonia y Rumania habían tenido estrechas relaciones con Alemania, Francia y en general con el occidente europeo. Después de la guerra, en cambio, se vincularon muy de cerca a la URSS y, dadas las condiciones impuestas por su transformación socialista y por la guerra fría se alejaron de aquellos países, lo que sin duda afectó su vida socioeconómica, cultural y política. El caso del llamado "muro" de Berlín, que al levantarse en 1961 pudo haber sido una forma adecuada de responder a la acción ilegal y las provocaciones del enemigo, y concretamente de un Estado alemán capitalista empeñado en no reconocer la soberanía de la RDA, muchos años después se volvió una manera negativa y aun insostenible de proceder, y ante la incapacidad del gobierno de la RDA para desplegar nuevas iniciativas y resolver un viejo

problema de otro modo, llevó al estallido que a la postre derribó el muro, y que aun cuando no desprovisto de buena dosis de propaganda anticomunista, dejó ver al mismo tiempo un sentimiento popular que reclamaba libertad en la relación de las dos mitades de Berlín y de las dos Alemanias.

En fin, si bien en ciertas etapas los países socialistas lograron rápidos ritmos de crecimiento económico y profundos cambios en las estructuras de su economía y en su proceso de desarrollo, en años recientes empezaron a aflorar serios problemas, tal dinámica perdió impulso, la introducción de nuevos avances tecnológicos se rezagó, la productividad aumentó muy lentamente, la economía cayó incluso en cierto estancamiento y la distorsión en el sistema de precios relativos se acentuó y contribuyó a hacer surgir y agravar desajustes y problemas, aun de aquellos que a veces se suponían ya resueltos. Todo lo cual reveló que, bajo el socialismo, el desarrollo que por mucho tiempo se consideró debía ser estable, rápido y autosostenido tropezaba con crecientes dificultades, que ciertos nuevos obstáculos no eran fáciles de superar y que la racionalidad en la asignación de los recursos que se asociaba a la planificación y al correcto manejo de las relaciones monetario-mercantiles, había llevado a una situación que exhibía contradicciones no resueltas y deformaciones que sólo podrían superarse a partir de una profunda reestructuración.

La sola experiencia en materia de planificación económica, ahora dejaba ver claramente que si bien gracias a ella se lograron avances sin precedente, su desarrollo mostró a la vez que se trata de una compleja categoría histórica cuya racionalidad y eficiencia, lejos de ser inherentes a ella, dependen de la acción humana, de la dirección en que se actué, del nivel de organización y de la capacidad para resolver en la práctica la contradicción centralización-descentralización, ambas necesarias y aun susceptibles de apoyarse mutuamente pero difíciles de realizar y sobre todo de conjugar, y de la medida

en que se lograra romper con una burocracia con frecuencia excesiva y rígida y dar a la acción estatal en esa materia una base realmente democrática y participativa, que hiciera posible que los trabajadores intervengan directamente e influyan en la conducción del proceso productivo.

La perestroika

Para hacer frente a esos y otros problemas, y para reestructurar y democratizar el funcionamiento de la sociedad soviética, desde 1985 se acordó y empezó a poner en práctica una nueva estrategia de desarrollo: lo que hoy se conoce mundialmente como la perestroika.

¿Qué significa y cuál ha sido el alcance de esta nueva estrategia? Según algunos, la perestroika es una desviación, un signo de debilidad, un retroceso e incluso la causa de los graves problemas que hoy aquejan a la Unión Soviética. Con frecuencia se señala que la actual inflación, el desempleo, la escasez de productos básicos, el deterioro de los servicios sociales y la proliferación de una economía "subterránea" son el resultado de esa nueva política que no se justifica y que está llamada a fracasar. Según sus defensores, en cambio, la perestroika es un profundo quiebre revolucionario, "una revolución dentro de la revolución". "Al modelo staliniano de socialismo —decía Mijail Gorbachov en el XXVIII Congreso del PCUS— lo está sustituyendo una sociedad civil de hombres libres".

¿Por qué los resultados de la perestroika no han sido los esperados? Por que "... nos encontramos —explica el secretario General del PCUS— en un periodo de transición, cuando no ha terminado el desmontaje del sistema anterior ni menos aún la construcción del nuevo...", y porque la nueva política afecta intereses creados, que "se aferran al pasa-

do (y) frenan la renovación de la sociedad. . . ”⁵⁹ Según los conservadores, lo que ocurre es que los cambios en marcha son apresurados e inconsistentes; en tanto otros sostienen que la principal falla consiste en que se avanza muy lentamente.

“La perestroika —observa Alexander Yakovlev— es una gigantesca negación de la negación que se ha hecho necesaria y difícil a la vez, precisamente porque a lo largo de decenios se acumuló un fardo de problemas ocultados y no resueltos, teorizaciones simplistas y especulaciones metodológicas. Pero no se niega en absoluto, como quisieran algunos, la idea socialista. . . ”⁶⁰

Lo que se pretende es crear las condiciones que hagan posible el rápido desarrollo de la economía soviética sobre bases más racionales, que permitan producir e incorporar nuevas tecnologías y elevar la productividad y la eficiencia así como el nivel de consumo y de vida, o en otras palabras dejar atrás la etapa de un desarrollo extensivo económico y socialmente muy costoso, que reclamó enormes recursos y que no sólo permitió sino incluso fomentó el desaprovechamiento de parte de esos recursos.

Según Gorbachov, “se trata de conformar un modelo esencialmente nuevo de economía, de una economía pluriestructural, con formas diversas de propiedad y de gestión y con una moderna infraestructura de mercado. . . ”⁶¹ Cuando se habla del mercado, se tiende sobre todo en los países capitalistas a creer que ello significa restablecer el capitalismo. Y si bien hay el peligro de que ello sea así e incluso algunos dirigentes y numerosos intelectuales abiertamente sugieren restablecer la propiedad privada en múltiples campos y hacerla

⁵⁹ Informe Político del Comité Central del PCUS al XVIII Congreso y Tareas del Partido. Moscú, julio de 1990.

⁶⁰ Revista *Socialismo*. Revista de Teoría y Política. Año II. No. 5 México, mayo de 1990.

⁶¹ Ibid. p. 16

funcionar a partir del móvil de lucro, otros, por su parte, insisten en que mercado y socialismo no son incompatibles, sino que al contrario, aquél es un mecanismo que puede y debe ser aprovechado de nuevas maneras. “. . . No consideramos el mercado —afirma Gorbachov— como un fin en sí, sino como un medio que permite elevar la eficiencia de la economía y el nivel de vida de la gente. El mercado debe ayudarnos a imprimir a nuestra economía una orientación social más neta. . . ”

“Dentro de la interpretación moderna del concepto — agrega—, el mercado niega el monopolio a una determinada forma de propiedad, exige su pluralidad y la igualdad de derechos de las diversas formas en el campo económico y político.” Y subraya: “. . . al avanzar hacia el mercado no nos apartamos del socialismo, sino que avanzamos hacia una realización más cabal de las posibilidades de la sociedad”

“Claro está, no debemos abandonar a merced del mercado la ejecución de grandes proyectos científico-técnicos a largo plazo, el desarrollo de las ciencias fundamentales y de la cultura ni los programas sociales y ecológicos de dimensión estatal. Pero esto tampoco debe realizarse por medio de una brutal presión administrativa. . . Para que la política económica del Estado sea eficaz, hay que aprender a manejar todo el conjunto de instrumentos de la gestión económica. . . ”⁶²

Creí útil hacer estas largas transcripciones porque el papel del mercado y su relación con la planificación son esenciales en la reestructuración de la economía soviética, y porque a menudo no se comprenden tales cuestiones, acaso porque tampoco se comprende que el mercado es una categoría histórica milenaria, anterior y posterior al capitalismo, y que sus formas de funcionamiento cambian grandemente de una formación social a otra.

“Creo que el mercado es algo imprescindible y, de hecho,

⁶² Informe ya citado, pp. 16, 19 y 20.

lo tenemos —comenta el ya mencionado Yakovlev. Pero el acoso ideológico y burocrático contra el mercado ha hecho que éste no funcione en beneficio sino en perjuicio de la sociedad y del hombre. . . . El mercado es un instrumento regulador de la actividad económica. No es un invento del capitalismo. . . ., es un medio y no una plataforma ideológica ni un principio político. . . .”⁶³

Aun así, el problema del mercado es muy complejo y delicado y, como la dirección del PCUS lo ha reconocido a menudo, debe abordarse con extrema prudencia. Para aprovechar este mecanismo es necesario, entre otras cosas, redefinir el ámbito de la planificación y saber qué es propio de ésta y qué, en cambio, susceptible de descentralizarse; cuál es el alcance de la propiedad socialista en sus múltiples formas y en su caso, de la propiedad privada de medios de producción, que en ciertas regiones no parece ser un problema, pero en otras empieza a verse como un serio peligro; cuál es, en cada momento del proceso de desarrollo la mejor forma de repartir el ingreso de uno y otro, que permita conciliar la necesidad del desarrollo con la de asegurar un mejor nivel de vida a la población, que desde luego no entrañe la anarquía, el desperdicio y el enorme costo social que caracterizan al consumismo en una sociedad capitalista.

Para llevar a cabo la reestructuración a que se aspira en la Unión Soviética será preciso realizar profundos cambios: mejorar, por ejemplo, la distribución del ingreso y retribuir a cada quien, en razón de lo que realmente produzca con su esfuerzo; apoyar la autogestión y afirmar la soberanía real de las repúblicas que integran la Unión; aumentar la productividad del trabajo, a partir de un proceso de modernización que permita incorporar con rapidez la nueva tecnología; modernizar y mejorar, concretamente, las condiciones del campo; reforzar los nuevos órganos del poder popular y, desde

⁶³ *Socialismo*. p. 36.

luego, romper con viejos moldes y lograr una profunda renovación ideológica.

Entre otros dirigentes soviéticos, Gorbachov ha reiterado a menudo que la perestroika requiere una “revolución en la mentalidad”, pues antes de ella la gente estaba sometida a “tenazas ideológicas”, a dogmas y concepciones obsoletas. “Había que empezar, por tanto, por dar libertad al pensamiento, por emancipar las mentes. . .” Y también ha reiterado que ello no supone restar significación a lo que, después de la revolución de octubre, hizo el pueblo inspirado en el ideario socialista.

Los hechos dirán si las nuevas líneas teóricas-políticas puestas en marcha en la Unión Soviética demuestran ser las más certeras y adecuadas. A estas horas ya hay muchos críticos de la perestroika, y muchos también que la apoyan y confían en ella. Algunos insisten en que pretende rescatar lo mejor del leninismo, después de años en que tales principios y guías de gran valor para la revolución y el socialismo fueron desprovistos de su contenido, de su método y su creatividad, y convertidos a menudo en palabras vacías que se repetían tediosa y dogmáticamente.

“A mi juicio —escribe al respecto un autor—, la canonización dogmática de la teoría de Marx y la de Lenin ha causado más daño que toda la propaganda contra las mismas. El pensamiento quedó paralizado. . .”, “. . .la etapa actual requiere repensar la herencia de los grandes maestros y dar pasos adelante en el desarrollo de las ciencias sociales. . . La doctrina revolucionaria tendrá mayor capacidad de persuasión si nos volcamos a investigar con rigor científico los procesos de fondo que transcurren en la sociedad. . .”⁶⁴

Y ello sólo podrá hacerse en un ambiente de libertad y democracia —pero de la libertad y la democracia propios del socialismo—, en el que la crítica y la autocrítica contribuyan

⁶⁴ Yakovlev (ya citado).

a enriquecer la investigación y a conocer mejor la realidad en que se actúa.

La opinión hoy muy extendida, de que el socialismo no fracasó porque en rigor nunca lo hubo hasta ahora, concretamente en la Unión Soviética y menos en otros países, nos parece muy discutible. Decidir, de un plumazo que la rica experiencia de la URSS e incluso de otros países a partir de la revolución de octubre y otras grandes transformaciones, no fue socialista, se antoja una expresión más del dogmatismo de que es preciso librarnos, a menos que tal opinión se fundamente con seriedad. A estas horas es obvio que el socialismo real se apartó a menudo, incluso grandemente, del ideal socialista, y de lo que los fundadores de tal doctrina pensaron de la nueva sociedad. Seguramente en el curso del proceso hubo fallas, desviaciones, errores, y en síntesis, situaciones imprevistas que en más de un caso riñeron con lo que pudiera considerarse propio del socialismo. Pero al mismo tiempo tendría que aclararse si ciertas revoluciones fueron o no socialistas o avanzaron en esta dirección; y si lo fueron o no, a su vez, la liquidación de la propiedad privada de los medios de producción, la profunda transformación de la estructura de clases y de las relaciones de producción, la desaparición de la explotación capitalista, la democratización que significa repartir con mucha menor inequidad la riqueza social, acortar las diferencias en los niveles de salarios y retribuciones, asegurar la plena ocupación de la fuerza de trabajo y la estabilidad en el empleo, y garantizar el acceso de los trabajadores a la educación, la salud, a condiciones de vivienda cada vez mejores, a la cultura e incluso la recreación y el descanso, y dar a la mujer una protección y estímulo desconocidos bajo el capitalismo, y a los pueblos en lucha por su liberación un apoyo y solidaridad sin precedentes.

La historia y la complejidad de la transición

Y un tercer tipo de factores que en nuestro concepto explican la crisis del socialismo, se relaciona con hechos aun mas complejos y de mayor alcance, como los siguientes:

Quienes pontificalmente condenan a la historia por tomar caminos inesperados o por desenvolverse de manera distinta a como suponen debiera hacerlo, se apresuran a declarar que el socialismo ha fracasado y que ello no debiera sorprendernos. Olvidan que el propio desarrollo del capitalismo nunca fue fácil y que aun los más serios investigadores se equivocaron muchas veces e incluso no advirtieron siquiera su presencia y menos pudieron prever su curso, el que a menudo no fue el que se esperaba. Aún después de la revolución industrial inglesa de la segunda mitad del siglo XVIII, el papel de la economía clásica inglesa y su relación, por ejemplo con el fenómeno capitalista en ascenso, no fueron comprendidos. Y en cuanto a Francia, quien hubiese pensado que el avance social sería fácil tras una revolución tan profunda como la que se inicia en 1789, difícilmente podría entender los altibajos y los retrocesos de los siguientes decenios.

¿Por qué sorprendernos, entonces, de que al abrirse la época del socialismo, sin contar con experiencias previas y teniendo que dar vida a esa nueva sociedad ante tremendos obstáculos, las cosas hayan sido mucho más difíciles de lo que se pensaba? Probablemente muchos tendimos a idealizar la revolución y el socialismo, a creer que se abría una nueva fase en la que el hombre empezaría, en mayor medida que nunca antes, a hacer su propia historia y a decidir racional y libremente su destino; en que podría avanzar más de prisa y hacer en unos decenios, lo que bajo formaciones sociales previas requirió siglos. Pero los hechos demostraron que si bien el ritmo de desarrollo se aceleró como nunca antes, a la vez se subestimó la capacidad del viejo sistema y de las clases

en el poder en cada país para oponerse al cambio y tratar de cerrar el paso y aun hacer fracasar a esa nueva sociedad.

A sabiendas de que se iniciaba un complejo y nuevo proceso histórico sin contar con una práctica en la que pudiera apoyarse, acaso se tendió también a exagerar el valor de la teoría, sin reparar en que esta sólo era un bosquejo, no más que una guía inicial —pues sus autores no fueron ni pretendieron ser profetas— que tendría que irse modificando, actualizando y enriqueciendo a partir de nuevas realidades, lo que con frecuencia, sin embargo, no ocurrió.

Ahora advertimos que el proceso de transición es más largo, más difícil y penoso de lo que pensábamos, que incluso los más importantes avances no son permanentes ni irreversibles, y que, sin menospreciar su significación, a la luz de los hechos y de los graves problemas hoy presentes tenemos que reformular y enriquecer la teoría socialista de la transición.

Se sabía, desde luego, que ésta apenas había empezado a formularse en los escritos de algunos autores clásicos, y que por tanto era sólo el punto de partida de un proceso hasta entonces desconocido. Sería sobre todo la práctica la que, en adelante, aportaría los nuevos elementos que permitieran teorizar, sobre bases más sólidas, en torno a una nueva fase de la historia.

Pero la falta de un examen riguroso, sistemático y crítico de la realidad concreta, de sus problemas y sus cambios, derivó no pocas veces en el debilitamiento de la teoría y en la tendencia al esquematismo y aun la complacencia. El aporte leninista en torno a la viabilidad del socialismo en un país como la URSS, aun si la revolución no triunfaba de momento en otros, se convirtió a menudo de una hipótesis a comprobar incluso en una literatura apologética que sugería que lo hecho no adolecía de serias fallas, limitaciones y explicables errores. El complejo y accidentado tránsito del socialismo soviético a la implantación y desarrollo de un sistema

socialista internacional se vió en ocasiones como un proceso sencillo, inclusive casi lineal y en contínuo ascenso, en que el socialismo marchaba con rapidez y se acercaba, sin tener que vencer obstáculos mayores, al comunismo. Todo lo cual resultaba en una parcial y aun errónea apreciación de la contradicción capitalismo-socialismo, pues mientras la importancia y los avances de éste se exageraban, al capitalismo se le suponía un sistema en franco declive e inevitable descomposición que rápidamente era desplazado por el nuevo sistema e incapaz, en tal virtud, de influir en el curso del proceso social. La influencia, en particular, que ejerció el anticomunismo en múltiples planos tendió a menospreciarse, y se le vió como una mera ideología amañada y sin fundamento ni validez algunas, y no como la expresión de un poderoso complejo de fuerzas dispuestas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, a impedir o al menos estorbar cualquier cambio revolucionario que debilitara al capitalismo.

En torno a otros problemas cabría una reflexión similar. Ante lo ocurrido uno podría preguntarse sí, concretamente en los países de Europa del Este, era y es hoy viable el socialismo; si en el momento en que éste se implantó había condiciones objetivas y subjetivas que hicieran posible y diesen una sólida base y estabilidad al nuevo sistema, o si más bién éste resultaba del triunfo de la URSS sobre el nazismo, de la ocupación soviética y de la convicción de que a partir de tales hechos, aunque en esos países no hubiese habido una revolución propia suficientemente profunda y que incorporara a las grandes masas, podría realizarse exitosamente dicha transformación.

Y, a la vez, en el necesario reexamen de la problemática de la transición tendría también que llevarse al primer plano el hecho de que, a diferencia y aun en contra de lo que, en un momento dado se pensó ocurriría —o sea que el socialismo triunfaría primero en ciertos países capitalistas industrializados—, la revolución se abriera paso en China, Cuba,

Vietnam y otros países económicamente atrasados, en donde la clase obrera era en general débil, pero en los que había una tradición antimperialista que, sin duda contribuyó a movilizar, organizar y unir al pueblo en la lucha por su liberación nacional y social.

La incapacidad del socialismo, sobre todo en los últimos años, para crecer rápidamente y en particular para impulsar un proceso de desarrollo intensivo y ganar la batalla de la productividad, parecería mostrar, entre otras cosas, que no sólo la planificación exhibió serias fallas como mecanismo regulador e impulsor del desarrollo económico, sino que el sistema de incentivos y estímulos no funcionó como, según la teoría, debía hacerlo. Lo cierto es que a menudo los estímulos materiales mostraron serias limitaciones y, lejos de contribuir a afirmar y hacer funcionar mejor el sistema de distribución socialista (a cada quien según su trabajo), resultaron insuficientes e inadecuados y aun contribuyeron a desestimular a quienes trabajaban con mayor intensidad, iniciativa y eficiencia. Y en cuanto a los estímulos morales, dado el descuido del trabajo ideológico y los bajos niveles de conciencia propiamente revolucionaria, a menudo tampoco funcionaron como era de esperarse.

Lo ocurrido en tales países en el último año y la fascinación que el consumismo capitalista, la abundancia real de ciertos bienes y aun la engañosa idea difundida sobre todo por una hábil propaganda, de que bajo el capitalismo incluso el lujo está al alcance de todos parecen haber ejercido sobre mucha gente, invita a pensar que, lejos de revelar tal situación la presencia de una nueva moral revolucionaria del nuevo tipo de hombre de que hablaba el Che, lo que exhibió fue más bien la persistencia y el peso de viejos valores mercantiles, de viejas ideas y prejuicios, de una moral convencional y aun del móvil de lucro y los mecanismos a través de los cuales funciona.

Un punto más, de obligada reflexión a nuestro juicio, es

que el énfasis en las formas y métodos de acción colectiva quizá contribuyó a que no se prestara la debida atención al individuo y la iniciativa individual, sin duda muy importantes, y a que la proyección internacionalista que desde un principio quiso darse al socialismo y aun la insistencia en ciertas líneas ideológicas generales, ayudaron a menospreciar o dejar de lado el problema nacional y a no darle la máxima atención que, como los hechos lo han demostrado, reclamaba.

Aun reconociendo que la contribución leninista para crear un nuevo Estado multinacional como la Unión de Repúblicas Soviéticas fue extraordinaria, y significó un gran avance en la solución del problema nacional, ahora se advierte que el desarrollo de ese nuevo Estado se alejó, en realidad, y no aseguró en la práctica la vigencia de principios fundamentales que hicieran de la Unión, una de Estados verdaderamente soberanos que de manera voluntaria se asociaban e integraban, para conjugar esfuerzos, apoyarse mutuamente y hacer frente juntos a problemas comunes.

El caso de Alemania, en particular, revela que el problema nacional no se comprendió en toda su complejidad, y que se subestimó la importancia política de la posición adoptada y sostenida por la RFA hasta el final, de que Alemania era una sola nación cuyas fronteras eran las establecidas en 1937, o sea nada menos que en tiempos de Hitler. En la RDA, en cambio, se tendió a ver la cuestión nacional como algo ya superado y secundario frente al carácter socialista e internacionalista del nuevo estado alemán. Pero en un momento de aguda crisis no fue difícil advertir que el interés nacional seguía presente, que el apoyo de mucha gente al socialismo era menor de lo que se pensaba y que incluso posiciones chovinistas que se creían liquidadas, empezaran a expresarse abiertamente y a cobrar fuerza al amparo de la intervención abierta e ilegal, pero a la postre políticamente decisiva del gobierno de la RFA, en los asuntos internos de la otra Alemania.

Lo acontecido en Polonia, en Hungría y en otros países has-

ta hace poco socialistas dejó ver claramente que el problema nacional no había sido adecuadamente resuelto; que la contradicción nacionalismo-internacionalismo no se manejó a menudo correctamente, y que en vez de que, desde posiciones nacionalistas revolucionarias y a partir de altos niveles de conciencia se avanzara hacia un genuino internacionalismo humanista y socialista, éste fuera visto en ciertos casos como algo artificial, que a menudo no tomaba debidamente en cuenta y aun reñía con el interés nacional.

Una última cuestión. Si bien siempre se aceptó que el socialismo debía reivindicar y hacer suyos los avances logrados bajo el capitalismo e incluso aprovechar lo mejor de su legado cultural, la contradicción entre continuidad y ruptura revolucionaria, o sea entre lo que era conveniente y aun necesario preservar y rescatar y lo que era indispensable destruir y rehacer, no fue fácilmente resuelta. Con frecuencia persistieron situaciones e intereses que a la postre fueron un obstáculo al desarrollo y que debieron haber sido removidos, y a la vez se acabó con mecanismos y formas de organización que en el fondo no reñían con el propósito de impulsar el socialismo. Lo que se había previsto como una dictadura revolucionaria, o sea como un expediente transitorio necesario para preservar el poder de los trabajadores ante enemigos poderosos y dispuestos a emplear la fuerza para reconquistarlo, careció de la calidad revolucionaria que la era esencial y dejó de ser en la práctica una nueva y más profunda forma de democracia, y lo que debió haber sido participación directa y conciente de las masas, a menudo fue sustituido por la intervención burocrática del aparato estatal.

Inclusive las libertades que el capitalismo había hecho posibles, y que desde luego en los países de Europa Oriental y Central nunca fueron tan importantes como en algunos países de Europa Occidental, en vez de tomarse en ciertos casos como punto de partida de un proceso que debía ampliarlas y enriquecerlas, se menospreciaron, se restringieron, se can-

celaron y se vieron a veces con prejuicios, reserva y hasta antipatía, sin comprender la significación que, desde luego a partir de la ruptura con las posiciones propiamente burguesas, pudieron haber tenido en la lucha por enriquecer la vida democrática. Ejemplos claros de ello se advirtieron en la forma de actuar y en la práctica de ciertos partidos.

Con frecuencia se procedió en la actitud de dar por supuesto que, por definición, el partido actuaba en nombre de los trabajadores y expresaba sus mejores intereses. La relación partido-masas y en particular la vinculación con la clase obrera se manejaban como algo obligado y obvio; pero en la práctica las cosas fueron a menudo muy diferentes. Las iniciativas de las masas no se estimularon y lo que a veces se presentaba como fruto de ellas, fueron decisiones estatales que se tomaban al margen de la participación de los trabajadores. La independencia del partido se daba, también, por supuesta, mas lo cierto es que en donde el partido se alejó de las masas, se burocratizó y empezó a admitir como parte de su línea lo que en realidad eran decisiones gubernamentales, que se adoptaban por separado, la independencia se fue perdiendo, y con ella la posibilidad de mantener posiciones revolucionarias necesarias para encarar críticamente ciertos problemas y hacer cambiar las cosas de manera positiva. Y en donde el partido fue convirtiéndose en parte integrante del aparato estatal y en rigor dejando de ser una organización de los trabajadores, explicablemente sus dirigentes perdieron autoridad política y moral ante las bases.

La respuesta a esos y otros problemas no fue, en general, oportuna ni adecuada. Para comprender su verdadero alcance y contribuir a resolverlos era necesario, entre otras cosas, encarar la realidad y reconocer autocríticamente incluso los problemas más graves y las fallas más serias. Mas en no pocos casos ni siquiera se examinó la situación con el rigor con que era preciso hacerlo. Podría decirse que faltó el análisis concreto de la situación concreta, y en no pocos casos el marxis-

mo “oficial” se volvió un marxismo sin “alma”, dogmático y apologético. “. . . (T)oda la tradición marxista —como dice Althusser— está marcada por la exigencia del análisis concreto. . . Y esta exigencia responde a una necesidad política. . .”⁶⁵

Sin ese análisis “. . . no es posible definir la línea de acción correcta que permita alcanzar los objetivos de la lucha”.⁶⁶ Y tal análisis exigía un examen riguroso de la estructura social y de clases, de la medida en que los trabajadores estaban o no participando realmente en el proceso político, del alcance real de ciertos avances, y sobre todo, de los tropiezos y fallas, del estado de ánimo de las masas y de la razón por la cual reclamaban cambios que, no pocas veces, los dirigentes vieron con reserva y aun se negaron a realizar.

Esa actitud contribuyó explícitamente a que, con frecuencia, la “teoría” se repitiera dogmáticamente e incluso se manejara de manera apologética, lo que a la postre resultó negativo y empobrecedor, y afectó no sólo ciertos planteos sino el desarrollo todo de la ciencia social e incluso de la lucha revolucionaria. La teoría dejó de confrontarse, de ser puesta a prueba frente a los hechos, y a veces se redujo —comenta Althusser respecto al partido francés— a la reiteración de una “línea” política que se consideraba “justa”. “La ideología, la “teoría”; el análisis se reducen así a la condición de instrumentos, de medios de manipulación para convencer a los militantes a que se comprometan “libremente” a adoptar una línea y práctica establecidas al margen de ellos.” Lo que en definitiva —agrega el autor antes citado— subyace a tales cuestiones es “la relación del partido con las masas a través de su práctica política.”⁶⁷

⁶⁵ Louis Althusser. *Ce qui ne peut plus durer dans le parti communiste*. París, 1978. p. 95.

⁶⁶ Ibid. p. 96.

⁶⁷ Ibidem. p. 102.

A la luz de lo ocurrido en los países socialistas, ahora es claro que esa práctica no fue la adecuada; incluso no fue revolucionaria; subordinó a los trabajadores a las decisiones estatales, no supo distinguir entre lo que era propio del partido y del gobierno; tendió a suponer que los trabajadores y en particular la clase obrera eran la clave del proceso y actuaban en la dirección y de la manera correcta, descuidando la necesidad de ganar a otras fuerzas que, pese a exhibir discrepancias, no constituían el enemigo, y, como los hechos lo demuestran, a la hora de las pruebas decisivas, dejó ver que en amplios segmentos de la propia clase obrera no había la conciencia revolucionaria de que se hablaba, o sea faltaba la condición fundamental para que las cosas marcharan en una dirección revolucionaria.

RESPONSABILIDAD DE LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS

Es tal la dimensión y complejidad de los cambios ocurridos recientemente, que si siempre fue difícil entender la realidad concreta y no quedar rezagado ante los hechos, ahora esa dificultad se extrema como nunca antes y se vuelve un verdadero desafío, un reto insoslayable para la ciencia social que acepte que su principal responsabilidad es plantearse, tratar de comprender y contribuir a resolver los problemas fundamentales que nos aquejan. Para quienes trabajamos en América Latina en el campo de las ciencias sociales, ésta es además una hora de prueba que obliga a asumir nuevas responsabilidades y a tomar importantes decisiones.

Según algunos, la teoría no nos ayudará a entender las nuevas realidades, y menos ahora, o sea cuando los hechos demuestran que aun planteos que creímos válidos y científicamente relevantes, están siendo desmentidos y puestos en evidencia, como erróneos. Lo que hoy importa —se nos

dice— es que tengamos sentido práctico, que seamos “realistas”, “pragmáticos”, o en otras palabras, que prescindamos de la teoría y nos conformemos con un empirismo elemental, que en rigor nos deje desarmados frente a un montón de hechos aislados e inexplicables, y nos reduzca a un tecnocratismo vistoso pero superficial, inconducente e incapaz de explicar lo que acontece.

Según otros, dada la gravedad de los problemas a que nos enfrentamos, se requiere un instrumental teórico para entender lo que sucede y para salir adelante. Y por fortuna, disponemos de ese instrumental, o sea de una teoría que, en opinión de tales personas ha demostrado su validez. Se refieren, desde luego, a la teoría social burguesa en sus diversas variantes y que hoy se expresa en las explicaciones monetaristas y neoliberales en boga, y tres de cuyos principales —y falsos— axiomas, como señala Samir Amin, son: 1) que el mercado, *per se*, significa racionalidad económica, y que sin él sólo puede haber caos; 2) que democracia es igual a capitalismo, y que sin éste, aquélla es imposible, y 3) que abrir las puertas al sistema económico mundial es la condición del progreso, o, dicho en otras palabras, que sin libre comercio no hay desarrollo.⁶⁸

Según esa y otras versiones de la teoría burguesa del desarrollo, éste sólo es viable en el marco capitalista —que es el fin de la historia— y en tanto los países subdesarrollados acepten la subordinación al capital transnacional y a los intereses y decisiones de los grandes imperios. Lo que quiere decir que el ampararnos en esa u otra variante de la teoría burguesa nos coloca en la débil e inaceptable posición de utilizar acríticamente ciertos limitados y parciales enfoques y verdades a medias, cuyo propósito es defender, casi siempre apologéticamente, el orden de cosas establecido.

⁶⁸ Samir Amin. The future of socialism. *Monthly Review*, julio-agosto de 1990. pp. 11 y 14.

Quienes se mueven en el marco de la teoría burguesa, se colocan hoy con frecuencia en la endeble e inaceptable posición de no reparar siquiera en, o al menos dejar de lado, las contribuciones más significativas hechas por diversos autores y corrientes de pensamiento. Así por ejemplo, en el caso de la economía se menosprecia a la economía política propiamente dicha, en tanto que se exhibe una clara preferencia por las versiones más subjetivistas, convencionales y apologéticas. De hecho se olvida a los clásicos, y sobre todo los valiosos aportes de Ricardo y aun de Smith, mientras se exagera la importancia de las teorías neoclásicas. Incluso se menosprecian ciertos planteos macroeconómicos de Schumpeter, Keynes, Joan Robinson, Kalecki y otros autores, y se pretende que la microeconomía monetarista de moda, ahora con el auxilio de la microcomputadora, resolverá todos nuestros problemas. Y a menudo, en realidad, se prescinde de la teoría y procede como si la ciencia social poco o nada pudiera aportar al desarrollo, pues éste es función de la tecnología, incluida en ella la capacidad para emplear ciertas técnicas en el conocimiento de la realidad y el intento de responder a sus exigencias.

Una tercera posición que también se advierte estos días es la de quienes, sin examinar rigurosamente los nuevos hechos y aun tendiendo a restarles significación, sostienen que lo ocurrido bajo el capitalismo y la crisis del socialismo no invalidan los planteos esenciales hechos hasta aquí desde una perspectiva marxista, lo que parecería significar que la práctica no resultó como se esperaba, pero que la teoría no fue gravemente afectada.

De nuestra parte, consideramos que si bien la tarea central a acometer es reapreciar y tratar de entender a fondo la realidad concreta en que nos movemos, a partir de los cambios y aun profundos quiebres que ha sufrido, ello no puede lograrse sin una guía teórica que nos permita ver las cosas en su justa perspectiva. Si no afinamos el instrumental con

que trabajamos, pensamos de prisa y respondemos sin demora a los nuevos retos, nos quedaremos atrás y aun al margen de los hechos más importantes. Y la realidad de hoy, aparte de ser muy compleja, está oscurecida y a la vez se desenvuelve bajo la influencia de la ideología dominante y la desinformación sistemática.

Sin una teoría rigurosa es imposible comprender lo que acontece y actuar en consecuencia. Pero ¿contamos con esa teoría? En medio de la actual ofensiva imperialista contra el socialismo ciertos voceros del *stablishment* —como los belicosos intelectuales de Televisa— repiten entusiastas que el marxismo-leninismo ha muerto, que está liquidado y que ha demostrado su invalidez. ¿Querrá esto decir que, en adelante tendremos que prescindir de la teoría y conformarnos con un pragmatismo raso? ¿Tendremos que desenterrar viejas teorías burguesas, o incluso limitarnos a repetir las recetas tecnocráticas del Fondo Monetario o la seudociencia superficial que nos llega de algunas universidades extranjeras?

Para nosotros, a riesgo de parecer obstinados, la ciencia social, el materialismo histórico y dialéctico, y desde luego la historia, o sea la vida y la necesidad de pensar seriamente en los problemas que más nos afectan, no han muerto.

Lo que ocurre es que, una vez más, la realidad está demostrando que quienes intenten apresarla dogmáticamente en esquemas prefabricados, no podrán comprenderla.

Como bien dice un autor, “. . . lo que ha entrado en crisis no es el marxismo, sino una cierta interpretación, una cierta lectura del marxismo. Lo que ha entrado en crisis es el marxismo dogmático, el marxismo entendido como sistema de fórmulas fijas, establecidas de una vez y para siempre; el marxismo de la autocomplacencia y el dogma. . . ”⁶⁹

Compartimos la opinión de Frey Beto al decir que “cuando un marxista pretende sacar de la teoría marxista tal como

⁶⁹ Revista Casa. Casa de las Américas. La Habana.

se encuentra elaborada hasta ahora, un conjunto globalizante de verdades absolutas, incuestionables y perennes, está negando el marxismo.”⁷⁰ Y la verdad es que eso es lo que a menudo se ha hecho por quienes repiten libresca y aun sacramentalmente lo escrito por Marx.

Por fortuna, empero, “Al fin comienza a abrirse paso la noción de que el socialismo —y el marxismo— tiene historia. Es imprescindible apoderarse de ella, sacudir el fardo pesado de las grandes palabras vacías y de las realidades trocadas en enunciados siempre iguales a sí mismos. El formidable logro que significa asumir la historia del movimiento y de la teoría revolucionaria como parte y como modo de su conocimiento es característico de las etapas de auge de la acción revolucionaria: quizás sea buen augurio. . . .”⁷¹

Esta es —repetimos— una hora de duras pruebas, un momento que reclama replantear, reapreciar y quizás reformular críticamente lo que hasta aquí pensamos, a la luz de una nueva realidad, de romper viejos moldes y de cotejar nuestras ideas con los hechos y no de acomodar éstos a posiciones ideológicas prefabricadas que en actitud ingenua y aun deshonesta pretendamos legitimar. Ahora más que nunca tenemos que pensar por nosotros mismos y hacerlo resueltamente, desde luego a riesgo de equivocarnos, posibilidad que, por lo demás siempre está presente en quien se decide a pensar y a actuar. Y no sólo admitir la posibilidad de cometer errores sino reconocer honradamente aquellos que hayamos cometido y que sea preciso corregir. O sea que no se trata solamente de rechazar el dogmatismo y la tendencia a aplicar rígidamente ciertas ideas, a veces prefabricadas al margen de la realidad, sino de reapreciar crítica y autocríticamente

⁷⁰ Fernando Martínez. “Transición socialista y cultura: problemas actuales, p. 28.

⁷¹ *Ibid.* Fernando Martínez, p. 28.

todos aquellos planteos que, en su caso, los hechos estén demostrando que carecen de fundamento. Tan sólo en este sentido tenemos que actuar con gran responsabilidad, porque seguramente muchas de nuestras opiniones fueron hasta aquí insuficientes y aun erróneas.

Tenemos, además, que fundir lo mejor del pensamiento y los avances logrados por la ciencia social en otros países y aun otros tiempos, con nuestro propio pensamiento, y volverlo uno solo, articulado y coherente, que explique nuestra realidad y contribuya a transformarla. Sólo así podremos latinoamericanizar el marxismo y hacerlo un elemento fundamental de nuestra cultura. Como proponía Mariátegui desde hace muchos años: "...tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indioamericano."⁷²

O como decía recientemente Armando Hart: "Ha llegado, pues, para nuestra América, la hora de pensar con cabeza propia y de enfrentarse a su enemigo histórico y a su antagonismo irreconciliable, es decir, a las intenciones hegemónicas que sobre todo este hemisferio tienen los grupos reaccionarios y conservadores de Estados Unidos..."

"...No son fórmulas europeas las que hoy pueden esclarecer nuestros caminos. De Europa y de otros continentes le llegaron a América enriquecedoras ideas, en nuestras tierras se fertilizaron, se combinaron y adquirieron formas propias..." Ahora es preciso que "...se incite al pensamiento latinoamericano partiendo de aquel enunciado bolivariano de que 'los Estados Unidos parecen destinados por la providencia a plagar a la América de miserias en nombre de la libertad'. Y que se le incite también a "...no aceptar, como sacrosanta verdad, como inmutable dogma, la invencibilidad

⁷² Citado por Adolfo Sánchez Vázquez, en "El marxismo en América Latina." Revista Casa de las Américas, No. 178. Enero-febrero de 1990, La Habana, p. 13.

yanqui en nuestras tierras de indígenas, negros, blancos y mulatos, a la que Martí llamó América mestiza.”⁷³

Sobre todo después del masivo y brutal ataque aéreo yanqui contra Irak, acaso sin precedente en la historia, de dos mil bombardeos en sólo el primer día de guerra incluyendo vuelos de aviones de gran poder y lanzamiento de proyectiles teledirigidos, que representaron la descarga de más de 36 mil toneladas de explosivos, muchos latinoamericanos ganados por el escepticismo, por el temor, por el menosprecio a nuestros pueblos y su verdadera fuerza, tenderán, ahora más que nunca, a pontificar, a hacer gala de un “realismo” oportunista, a asegurar que nuestra libertad e independencia se han vuelto, definitivamente, imposibles, y a sugerir en actitud derrotista y cobarde que nuestra única perspectiva es la sumisión.

Y, a la vez, si hasta antes de esta criminal e innecesaria agresión estábamos convencidos de que al imperialismo de hoy no se le puede combatir exitosamente con los métodos de ayer, a partir de esta nueva y trágica experiencia debiéramos aprender las nuevas enseñanzas que nos deja. La tarea de defender nuestra soberanía e independencia, nuestra identidad y aun nuestra integridad física y territorial se enfrenta a enormes obstáculos, y obliga a conocer el terreno en que nos movemos y a hacer acopio de todas nuestras fuerzas, a pensar con inteligencia y extrema sensibilidad, a proceder con responsabilidad e incluso a echar a volar nuestra imaginación, a fin de ser capaces de crear los instrumentos y contar con los medios que hagan posible organizar y llevar hasta la victoria el tipo de lucha en la que hoy se juega nada menos que nuestro destino.

Sin duda hemos hecho avances significativos en el conocimiento de nuestros problemas. “. . . el marxismo —observa

⁷³ Armando Hart Dávalos. Carta a Darcy Ribeiro. Revista *Casa de las Américas*, No. 180. Mayo-junio de 1990, pp. 116 y 117.

Sánchez Vázquez— se ha esforzado en la América Latina, en las últimas décadas, por entender las realidades nacionales específicas. . .” ha abordado con seriedad el examen de múltiples problemas. Y “una de las aportaciones vigorosas de los científicos sociales latinoamericanos ha estado en sus análisis de las situaciones de dependencia, que no se reducen a los planteamientos muy discutidos de la escuela o teoría de la dependencia. . .”⁷⁴

En efecto, en torno a ese y otros importantes aspectos del funcionamiento del capitalismo, se ha avanzado. Pero todavía es mucho lo que no conocemos. Y el marxismo no puede ser la llave maestra y mucho menos la respuesta mágica a todo aquello que ignoramos. Como bien dice Frey Beto: “La ciencia de hoy descubre que toda explicación de la realidad es una explicación parcial. Nadie puede pretender abarcar la totalidad de la realidad, porque eso es suponer que la realidad, en un momento dado, se paraliza, cesa en su movimiento. . .”⁷⁵

Si alguien no pretendió explicar todo, ése fue precisamente Marx, quien nunca fue un marxista dogmático. Y no obstante los avances logrados hasta ahora, en rigor sigue siendo cierto lo que decía Lenin: “No consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo perfecto e intangible: estamos convencidos, por el contrario, de que no ha hecho sino colocar la piedra angular de la ciencia que los socialistas *deben* desarrollar en todas direcciones, si es que no quieren quedar rezagados en la vida. . .”⁷⁶

O sea que nos queda mucho por hacer. Y pese a sus limitaciones, la ciencia social puede ayudarnos grandemente a avanzar. Lo que requerimos sin embargo es una ciencia so-

⁷⁴ Ibid. p. 13.

⁷⁵ Frey Beto. Debate sobre Marxismo. Revista Casa de las Américas. No. 176. Septiembre-octubre de 1989. p. 119.

⁷⁶ V.I. Lenin. *Obras Completas*, tomo IV, p. 215.

cial comprometida con los mejores intereses de la humanidad, no meramente contemplativa y supuestamente neutral, una ciencia que a partir no de conceptos abstractos que se pretendan hacer valer universal y eternamente sino del examen riguroso y crítico de la realidad, descubra qué leyes rigen el proceso histórico y cómo operan concretamente en nuestros países hoy, o sea en un espacio y un tiempo histórico determinados.

En el desarrollo de esa ciencia social creemos que es fundamental el respeto a la libertad de creación intelectual, el respeto inclusive a otros esfuerzos, con los que incluso tengamos discrepancias; el reconocimiento de aportes significativos que estudiosos no marxistas hagan al conocimiento de la realidad, y la práctica seria y honesta de la crítica, lo que supone no limitar ésta a las posiciones propiamente burguesas sino practicarla también —en cierto modo a manera de auto-crítica—, entre nosotros mismos, esto es entre quienes aspiramos a expresar las posiciones políticamente más avanzadas.

En la medida en que conozcamos más a fondo la realidad y hagamos algo por cambiarla, podremos, a partir de la práctica misma, enriquecer nuestros análisis teóricos. Teoría y práctica deberán relacionarse estrechamente, pues desde luego no se trata de que unos hagan la teoría desde el gabinete y al margen de la lucha revolucionaria, y otros se encarguen de ésta, a riesgo de su libertad y aun de su vida.

La teoría, en tanto se enriquezca con los aportes de la lucha revolucionaria, será una guía inestimable para nuevas acciones. Y la contribución que en conjunto han hecho los pueblos del Tercer Mundo a la transformación de la sociedad es muy importante, y digna, desde luego, de que la ciencia social repare en ella.

Necesitamos una nueva manera de pensar acerca del socialismo; ver a éste como una compleja y heterogénea realidad en proceso de cambio —con serios problemas y obvias limitaciones— y no como un concepto abstracto y menos aún

como un supuesto “modelo” que valga ante cualquier realidad y aun al margen de ella. Tenemos que actualizar y renovar la visión del socialismo frente a hechos imprevistos, graves problemas y situaciones que demuestran que las cosas no se desarrollaron a menudo como se esperaba; pero que a la vez no significan que el socialismo sea imposible.

La transformación profunda, revolucionaria de la sociedad —ahor? lo comprendemos mejor—, es un proceso histórico de largo alcance, que no se da con la rapidez que algunos anticipaban. Los cambios en la economía suelen ser menos difíciles que en el resto de la sociedad y, sobre todo, que en la esfera ideológica, en la que muchas viejas ideas siguen presentes aun largo tiempo después de que triunfa una revolución. Lo que quiere decir que para que la teoría revolucionaria se convierta en una fuerza política real, porque las masas la hacen suya, es un proceso de enorme complejidad.

El camino aparentemente fácil y corto de querer imponer una ideología determinada a los trabajadores, lo demuestra ya la historia, no resuelve el problema. La aceptación de una posición revolucionaria tiene que ser fruto de un acuerdo consciente y libre, y éste solo puede lograrlo una organización que, en la lucha misma y con los trabajadores, demuestre su capacidad para forjar y conquistar el derecho a ser parte de una vanguardia genuinamente revolucionaria.

Así es como el socialismo puede convertirse en el “reino de la libertad”, y en una sociedad en la que imperen la igualdad, la justicia, la independencia y la dignidad.

Que esto es sólo una utopía; quizás.

“No hay una muralla —escribe Sánchez Vázquez—, que separe a la realidad y la utopía; una conduce a la otra. La percepción de lo que se lleva a la visión de lo que debe ser, y en lo que debe ser está la razón de que se critique lo que es...”

El que ciertas aventuras, como ocurre con las de Don Quijote en la obra de Cervantes, no logren sus propósitos, no sig-

nifica que la utopía sea necesariamente inviable y esté destinada al fracaso, y que por tanto hoy se pueda hablar no sólo del fin de la historia, sino incluso del fin de las utopías. Como dice el autor antes citado "...no se puede vivir sin metas, sin sueños, ilusiones o ideales; o sea, sin tratar de rebasar o trascender lo realmente existente..."⁷⁷

Pero, a la vez, para tener éxito en el intento de convertir una utopía en realidad se requiere de decisión, entrega, acciones colectivas concientes y sólidamente organizadas, en verdad propiamente revolucionarias, y que rebasen con mucho cualquier esfuerzo individual, así sea éste heroico.

⁷⁷ Adolfo Sánchez Vázquez. La Utopía de Don Quijote. *La Jornada Semanal*. No. 76. México, 25 de noviembre de 1990. p. 25.